

clv

Wolfgang Bühne

Eliseo

– portador de la bendición de Dios



Christliche Literatur-Verbreitung e.V.
Ravensberger Bleiche 6 · 33649 Bielefeld · Alemania

Autor: Wolfgang Bühne
Título original en alemán: «Elisa»

Primera Edición 2018 (CLV)

© 2018 por la editorial CLV
Ravensberger Bleiche 6
33649 Bielefeld
Internet: www.clv.de

Traducción del alemán: Elisabet Ingold-González, Leonberg, Alemania
Revisión: Jorge Luis Rodríguez Acosta, Cuba
Edición: EDV- und Typoservice Dörwald, Steinhagen, Alemania
Portada: Lucian Binder, Marienheide, Alemania
Impreso por: GGP Media GmbH, Pößneck, Alemania

256376
ISBN 978-3-86699-376-1

Contenido

Introducción	9
Capítulo 1	
El sabio cuidado de Dios por nuestra vida espiritual	18
Capítulo 2	
La preparación del sucesor	27
Capítulo 3	
El secreto de la fuerza espiritual	35
Capítulo 4	
Los primeros pasos con la nueva ropa	43
Capítulo 5	
¡Dios no puede ser burlado!	51
Capítulo 6	
El peligro de alianzas profanas	59
Capítulo 7	
La calamidad de una viuda	68
Capítulo 8	
Eliseo y la sunamita	77
Capítulo 9	
La fe puesta a prueba	86
Capítulo 10	
Cómo resucitar a los muertos	95
Capítulo 11	
¡Hay muerte en la olla!	103

Capítulo 12	
La zambullida del general	111
Capítulo 13	
Los frutos de la nueva vida	119
Capítulo 14	
La hipocresía – el pecado de los piadosos	126
Capítulo 15	
El hacha perdida	134
Capítulo 16	
De lo que hay que «cuidarse»...	144
Capítulo 17	
Ojos abiertos y ojos ciegos	151
Capítulo 18	
Pecado desbordante y gracia sobreabundante	159
Capítulo 19	
Si callamos nos alcanzará nuestra maldad	167
Capítulo 20	
Familiarizado con Dios	177
Capítulo 21	
El último viaje...	184
Capítulo 22	
El acorde final de una vida bendecida	190
El autor	205

*«En los últimos años Dios ha obrado
en muchos jóvenes hermanos y hermanas
de Alemania, Asia Oriental,
Centroamérica y América del Sur
que quieren seguir de todo corazón a nuestro Señor Jesús
y estudian la Biblia con gran entusiasmo y alegría.
Muchas veces su entrega, su amor al Señor y su celo
me han avergonzado y animado a la vez.
Les dedico a ellos estas consideraciones
sobre la vida de Eliseo».*

Wolfgang Bühne
En la primavera del año 2018

Introducción

Estas reflexiones se van a centrar en el profeta Eliseo cuya vida hallamos descrita con gran detalle en el Antiguo Testamento. Desde su llamamiento en su juventud hasta su muerte es impresionante la vida de este hombre de Dios. Sin embargo, Eliseo es poco conocido, exceptuando unas pocas escenas, y para muchos creyentes está como un poco a la sombra de su padre espiritual Elías.

Como ningún otro profeta – aparte de Moisés quizás – se nos describe su vida, su carácter y su servicio con todo detalle y muy vivamente. Son aproximadamente 19 escenas de su vida, las que podemos leer y estudiar en el primer y segundo libro de los Reyes. Contienen muchas lecciones prácticas y valiosas para aquellos que seguimos al Señor Jesucristo.

Eliseo no llama la atención por haber pronunciado potentes y largos discursos como p. ej. Isaías, Jeremías o Ezequiel, por medio de los cuales Dios anunció sus planes para con el pueblo de Israel y el resto de las naciones. No, su cometido era decir la Palabra de Dios en numerosas circunstancias de la vida cotidiana, indicando la dirección correcta en cada situación. Esto es precisamente lo que hace que su vida sea tan accesible para nosotros y tan digna de ser imitada. Y al mismo tiempo nos duele ver que en nuestros días es este importante aspecto precisamente el que falta en gran parte del ministerio profético.

Con «santa naturalidad»

Heinrich Kemner (1903–1993) fue un pastor muy original en Alemania. Durante décadas buscó ayudar a los creyentes con necesidades y problemas espirituales. Muchos acudían a él para

hablar a solas con este hombre de Dios. Y de su experiencia en este campo surgió el dicho ya famoso: «*La santidad, que sea natural, y la naturalidad que sea santa.*»

Esta «naturalidad santa» es lo que salta a la vista de cualquier lector que esté estudiando la vida de Eliseo. Sin darnos cuenta nos recuerda al Señor Jesús quien vivió perfectamente esta virtud. De su «bondad y amor para con los hombres» leemos en Tito 3:4-5: «*Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia...*»

La aparición de Elías, su precursor, casi siempre atemorizaba a la gente. Su carácter se caracterizaba por el «fuego» y el «torbellino» – los elementos que acompañaron su ministerio y también su «ascensión al cielo». El carácter de Eliseo, por lo contrario, equivale más bien al «silbo apacible y delicado» (1 Reyes 19:12).

La aparición de Elías personificaba y predicaba la santidad y justicia de Dios. Era como la llamada al arrepentimiento con voz de trueno. Eliseo, sin embargo, casi siempre personificaba y predicaba el «evangelio» de la gracia y misericordia de Dios. Voy a decirlo de manera más concisa: Cuando aparecía Elías, los israelitas se refugiaban donde podían y se mantenían a distancia. Pero cuando aparecía Eliseo, su sucesor, la gente le salía al encuentro, buscaba estar cerca de él y le exponían sus problemas y necesidades.

Consejería entrañable

Mientras que de Elías leemos largos monólogos, de Eliseo leemos casi siempre diálogos, breves conversaciones con personas de todas las clases sociales. Estas conversaciones comienzan casi siempre con una breve y precisa pregunta y vemos en ello una sabiduría y un don para la consejería espiritual, que son un ejem-

plo para cualquier creyente que practique la ayuda espiritual. *«Aquel que quiera ayudar espiritualmente a otros tiene que ser de una confianza tal, que sea posible enterrar la propia honra en su presencia.»* Esta advertencia es también de Heinrich Kemner y el ministerio de Eliseo es una ilustración adecuada y alentadora de este hecho. La gente podía confiar en él y encomendarle sus preocupaciones, penas y deseos más secretos, incluso podían decirselo a gritos, como veremos más adelante.

Un hombre de Dios intachable

Eliseo es uno de los pocos hombres de la Biblia cuya vida es narrada ampliamente sin darnos a conocer un solo pecado suyo. Esto es extraordinario. Ni siquiera leemos de alguna debilidad por su parte.

Mientras que hombres como Isaac, Moisés, Samuel, David, Salomón e incluso el mismo Elías muestran en su vejez una disminución de su sabiduría y un desfallecimiento de su fuerza espiritual y decisión, hallamos en Eliseo una lucidez y firmeza espiritual inquebrantable desde el primer momento hasta la última escena en su lecho de muerte. Su vida fue una vida sin roturas, sin parches – íntegra.

Por supuesto que no fue sin pecado, pero Dios no permitió que se registrara algún pecado o debilidad suyos.

El profeta de los milagros

A pesar de que Eliseo vivió en los tiempos más oscuros de Israel en cuanto a la política, la moral y la espiritualidad, Dios obró por medio de él milagros extraordinarios. No vemos nada comparable en otros períodos del pueblo de Dios: muertos fueron resu-

citados, un leproso fue sanado, una fuente envenenada fue limpiada, hubo leyes naturales que perdieron su vigencia, ojos cegados que fueron abiertos, aceite multiplicado, etc.

Esto debería infundirnos valor y animarnos a contar con la gracia e intervención de Dios aún en nuestra cristiandad tan espiritualmente pobre y moralmente descuidada.

Por otra parte, veremos también que al lado de los muchos milagros de la gracia, Eliseo obró también cuatro milagros que fueron juicios.

Es interesante que Eliseo – al igual que Elías – viviera y obrara en el reino apóstata de las diez tribus con Samaria como capital. Allí los líderes políticos y también los sacerdotes practicaban la impiedad, idolatría e inmoralidad de forma casi insuperable, con lo que hacían que el pueblo de Dios se fuera arrastrado al abismo.

Justamente en esta parte del pueblo, Dios llamó a un Eliseo obrando por él milagros desconocidos en la parte fiel de las tribus de Israel con su culto en Jerusalén.

Este hecho debería dar que pensar también a aquellos que piensan ser la única iglesia fiel y bíblica, creyendo basarse únicamente en el fundamento de la Palabra de Dios, o al menos profesando ser el único grupo que representa la iglesia de Dios en la tierra según el modelo bíblico.

Evidentemente, a Dios le place a veces suscitar profetas como Elías que testifiquen de la santidad y justicia de Dios aún allí, donde la Biblia es rechazada como única y firme autoridad, o que testifiquen de Su gracia y misericordia como Eliseo.

Basta echar un vistazo a la historia de la iglesia en los últimos siglos y también en el tiempo presente para ver confirmada esta observación. Humildemente y con gozo deberíamos reconocerlo, pero sin sacar conclusiones equivocadas y entregarnos ciegos al ecumenismo.

A lo mejor a veces nos preguntamos: ¿Cómo pudieron aguantar en la iglesia anglicana de Inglaterra esos grandes predicado-

res del avivamiento George Whitefield y Juan Wesley? ¿O C. H. Spurgeon con los bautistas? ¿O en Alemania Heinrich Kemner, Wilhelm y Johannes Busch en la iglesia evangélica estatal?

Demos gracias a Dios de que ha llamado y capacitado a estos hombres para tocar claramente la trompeta del evangelio y llamar a miles al arrepentimiento y a entregarse a nuestro Señor. Aprendamos a maravillarnos ante la soberanía de Dios que a veces nos cuesta tanto comprender...

Ni asceta, ni vividor

Cuando pienso en Elías me imagino un hombre flaco, ascético y poco acogedor, con *facciones agudas* – como p. ej. Girolamo Savonarola, Juan Calvino o también Juan Wesley. Elías, evidentemente amaba la soledad y se encontraba cómodo en el desierto. Fue alimentado por los cuervos junto al arroyo de Querit y después le sustentó una pobre viuda.

Eliseo, por lo contrario, me recuerda más bien a un Martín Lutero, al Conde de Zinzendorf o también a George Whitefield, que siempre buscaban estar cerca de las personas, y no tenían problemas a la hora de comer con políticos e intelectuales de alto rango, así como con sencillos obreros.

En efecto, hallamos a Eliseo hablando con capitanes del ejército y reyes, hospedándose donde la mujer sunamita pudiente – pero en otras ocasiones donde una pobre viuda y en compañía con los hijos de los profetas que estaban pasando hambre y que tenían «la muerte en la olla». El expositor bíblico Hamilton Smith describe el carácter de Eliseo muy acertadamente:

«Trajo misericordia a los culpables, pero caminó apartado de su culpa. Enriqueció a muchos con la bendición del cielo, mientras que él mismo se conformó con ser un hombre pobre. Fue rico, pero no para sí mismo... Sin provisiones alimentó ejércitos enteros; cosas con efecto

*mortal las transformó en inofensivas; sin pan alimentó a una multitud; sin medicina sanó a enfermos; sin soldados venció a los enemigos; aun estando muerto dio vida.» (Hamilton Smith, *Elías y Eliseo*)*

A la sombra de uno mayor que él...

Después de esta cita no es difícil ver la similitud con nuestro Señor Jesucristo. El nombre hebreo de Eliseo significa «Mi Dios es salvación» y el nombre griego de nuestro Señor «Jesús» significa «Dios es salvación».

Así como las vidas de Elías y Eliseo por algún tiempo se cruzaron, también las vidas de Juan el Bautista y de nuestro Señor Jesucristo se cruzaron por cierto tiempo.

Aquí sólo una breve comparación:

Elías predicó arrepentimiento y juicio

– Eliseo predicó la gracia y misericordia de Dios.

Juan el Bautista predicó el «arrepentimiento»

– Jesús predicó «palabras de gracia».

Elías vivió en el desierto y la soledad

– Eliseo vivía entre los hombres.

Juan vivió y predicó en el desierto

– Jesús vivió y predicó donde vivía la gente.

Elías vivió de forma ascética y apartado exteriormente

– Eliseo siempre se halló entre las personas, pero interiormente vivió separado.

Juan se alimentaba de langostas y miel salvaje

– Jesús se alimentaba como las demás personas.

Él mismo dijo de Juan y de sí mismo: *«Vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores» (Mt 11:18-19).*

El carácter de Elías fue áspero y basto

– el carácter de Eliseo, por lo contrario fue apacible, bondadoso y atrayente.

El carácter de Juan: provocador y severo

– el carácter de Jesús: manso e inspirando confianza.

Después de ser encarcelado Juan el Bautista, Jesús dijo sobre él: «*él es aquel Elías que había de venir*» (Mt 11:14). Esta comparación sólo esbozada, podríamos ampliarla fácilmente. Sólo queríamos apuntar que durante el estudio bíblico podemos ver en las diferentes etapas de la vida de Eliseo correspondencias con el carácter y el ministerio del Señor Jesucristo. Y esto es lo que hace tan valiosa y desafiante la meditación y reflexión sobre este hombre de Dios, pues descubriremos en él mucho parecido con nuestro Señor.

El ambiente de entonces y las semejanzas con nuestro tiempo presente

Ya hemos señalado la impiedad y la idolatría de los líderes políticos y religiosos de aquel entonces, y no es difícil descubrir desarrollos parecidos en nuestro tiempo.

Acab, el rey de entonces, se había vendido «*para hacer lo malo ante los ojos del Señor; porque Jezabel su mujer lo incitaba*» (1 Reyes 21:25). O sea, un líder en el pueblo de Dios que era una marioneta en manos de su mujer.

La feminización de la iglesia evidentemente no es nada nuevo y me hace pensar en una afirmación del presidente de la alianza evangélica alemana que dijo: «¡Más feminidad en nuestras filas!».

El «culto» de entonces lo dirigían 850 sacerdotes y profetas que comían «*a la mesa de Jezabel*» – y que eran, por lo tanto, aduladores y zalameros pagados, que predicaban y profetizaban lo

que la mayoría quería oír, conforme a sus concupiscencias. En Betel y Dan había dos suntuosos becerros de oro a los que sacrificaban sacerdotes de todas las tribus. Ya no era necesario ser de la descendencia de Aarón para poder hacerlo. Ahí vemos que ya entonces había cultos «modernos», «vanguardistas», enfocados a los de afuera, agradables para los visitantes. Los cultos eran según el gusto y las ideas del pueblo. Hoy también muchas congregaciones hacen cosas para ser más atractivas a aquellos que no conocen al Señor. Su estrategia es tomar prestado lo que ven en la cultura e incorporarlo en la vida de la iglesia para que así la gente no experimente un shock total de lo que ven y oyen en el mundo secular comparado con lo que ven en el culto a Dios. No hubo que esperar el juicio de Dios anunciado con respecto a esta apostasía (Dt. 28). Comenzó pronto. Vemos, por lo tanto, un número sorprendente de viudas, hambrunas, esterilidad, pobreza, opresión y asedios en los tiempos de Elías y Eliseo. No es difícil ver circunstancias parecidas en las iglesias actuales: poco alimento espiritual en la predicación, pocas conversiones, poco fruto para Dios, iglesias en extinción, creyentes solitarios y numerosas influencias, ataques y asedios de parte del mundo de las religiones, la esotérica, la psicología y del postmodernismo.

Pero también vemos cosas positivas que nos saltan a la vista: mientras que los hombres en aquellos tiempos eran débiles y pálidos, sin convicciones ni valor o interés espiritual, hubo, sin embargo, mujeres que llamaron la atención positivamente: La viuda de Sarepta en 1 Reyes 17, la pobre viuda de 2 Reyes 4, la rica sunamita en 2 Reyes 4 y también la muchacha que servía a la mujer de Naamán (2 Reyes 5). Estas observaciones también las vemos reflejadas en la actualidad: ¿No son más las mujeres que visitan las reuniones de oración?

¿Quiénes buscan y cuidan sus contactos evangélicos?

¿Quién participa en la misión?

¿Quién se interesa por temas espirituales y libros?

La mayoría de las editoriales cristianas y librerías tendrían que cerrar; las misiones y las reuniones de oración se extinguirían si Dios no hubiese despertado en nuestros días hermanas fieles y entregadas, cuyo celo y temor de Dios deberían avergonzarnos a los hombres y poner en evidencia nuestra mundanalidad insípida.

Variantes de la interpretación

1. Como ya hemos indicado, descubriremos en la vida de Eliseo alusiones admirables que apuntan a nuestro Señor Jesucristo.
2. Pero Eliseo es también un ejemplo impresionante para todos aquellos que quieran servir al Señor y al pueblo de Dios y que quieran crecer en su vida espiritual. Esto también podemos aprenderlo aquí.
3. Las relaciones entre Elías y Eliseo, como también entre Eliseo y los «hijos de los profetas» nos proveen de ejemplos sumamente prácticos y dignos de ser imitados en cuanto a la comunión entre dos creyentes y la bendición de una colaboración armónica y complementaria, donde uno suple la falta del otro y donde el joven trabaja junto con el mayor.
4. Algunos comentaristas ven e interpretan los relatos históricos como indicios acerca del futuro del pueblo de Israel en el marco de la historia de la salvación.

Pido la comprensión del lector, ya que quiero centrarme solamente en los tres primeros niveles, ya que responden a mi horizonte limitado y son más que suficientes para dar lugar a examinarnos a nosotros mismos e inspirarnos a vivir una vida dedicada a Dios, vivida con «una naturalidad santa».

Con la ayuda de Dios vamos a comenzar con ello en los próximos capítulos.

Capítulo 1

El sabio cuidado de Dios por nuestra vida espiritual

Partiendo él de allí, halló a Eliseo hijo de Safat, que araba con doce yuntas delante de sí, y él tenía la última. Y pasando Elías por delante de él, echó sobre él su manto. Entonces dejando él los bueyes, vino corriendo en pos de Elías, y dijo: Te ruego que me dejes besar a mi padre y a mi madre, y luego te seguiré. Y él le dijo: Ve, vuelve; ¿qué te he hecho yo? Y se volvió, y tomó un par de bueyes y los mató, y con el arado de los bueyes coció la carne, y la dio al pueblo para que comiesen. Después se levantó y fue tras Elías, y le servía (1 Reyes 19:19-21).

Elías, este poderoso profeta, había caído en una profunda depresión después de su triunfo sobre los sacerdotes de Baal sobre el monte Carmelo. Jezabel, la mujer del rey impío Acab, le había enviado una amenaza de muerte rotunda. Y el profeta, que hacía pocos días había tenido el valor de ponerse él solo del lado de Dios, en contra de todos, poco después huyó al desierto ante las amenazas de esta mujer, deseando la muerte allí.

Pero Dios tenía aún importantes tareas para su profeta humillado y sin ganas de vivir. Después de que Dios le hubiese dado a Elías sobre el monte de Horeb una profunda muestra de Su gracia y verdad, le envió otra vez de vuelta con la misión de ungir a Eliseo, el hijo de Safat como profeta y al mismo tiempo como su sucesor.

Parece como si Elías conociera a Eliseo, el joven hijo granjero – posiblemente era uno de los «hijos de los profetas» – pero

lo que sí está claro es que era uno de los siete mil en Israel «cuyas rodillas no se doblaron ante Baal.»

Es conmovedor observar el sabio cuidado de Dios en este suceso. En la última etapa de su vida, Elías – este luchador solitario – recibe un compañero, un joven amigo, «el que vertía agua en las manos de Elías», según leemos en 2 Reyes 3:11; dicho de otro modo: Eliseo fue para el anciano profeta de mucho refrigerio y aliento.

«Dios conocía los peligros que conlleva el pasar frío al ser grande y solitario en el pueblo de Dios!», así lo explica acertadamente un comentarista.

Un encuentro con serias consecuencias

Mientras que Elías se puso en marcha obedientemente para llegar en varios días a Abel-mehola, Eliseo estaba arando allí con doce yuntas de bueyes delante de sí. No podemos suponer que sospechara con qué mandato venía Elías, pero la breve narración del primer encuentro nos hace pensar que de alguna manera Eliseo estaba ya preparado por Dios para ese momento. En su comportamiento podemos reconocer varios rasgos de carácter que son una condición necesaria para todo aquel que quiera seguir al Señor y servirle.

Fiel y trabajador en la vida cotidiana

Los hombres y mujeres que Dios llamó a su servicio no eran holgazanes, ni los que encontramos en la Biblia ni los que conocemos de la historia de la iglesia. Todo lo contrario, era gente activa y diligente. Casi siempre fueron llamados mientras estaban

trabajando, pensemos por ejemplo en Moisés, Gedeón, David, Pedro, Juan, Santiago y Leví.

Diligencia es trabajar solícitamente y con gusto. En nuestra historia vemos que el joven Eliseo evidentemente había aprendido a trabajar consciente de su responsabilidad. Delante de sí tenía 11 yuntas de bueyes llevadas cada una por un siervo, y él como último observaba responsablemente cómo se hacía todo el trabajo.

El sabio Salomón meditó mucho sobre la diligencia:

«El indolente ni aun asará lo que ha cazado; pero la diligencia es un tesoro para el hombre» (Prov. 12:27)

Sus comparaciones con la hormiga nos son familiares desde niños y las muchas biografías de la Biblia nos muestran que Dios comienza la preparación para el ministerio en el trabajo diario y a menudo también en circunstancias difíciles. Es allí donde se forma el carácter que Dios busca y no en las escuelas bíblicas o en los seminarios. Las plantas de invernaderos suelen crecer con más rapidez, pero luego no resisten las situaciones adversas al aire libre.

Una situación familiar difícil, colegas desagradables, condiciones de trabajo frustrantes, jefes injustos y corruptos, y circunstancias que no nos gustan en absoluto son a menudo las piedras de afilar que Dios usa para formar nuestro carácter. La humildad, por ejemplo, la aprenderemos solamente mediante las humillaciones y no a través de conferencias académicas sobre este importante tema.

Ningún individualista

Contrastando con Elías, Eliseo fue educado para trabajar en equipo en su trabajo cotidiano. Arar derecho con doce yuntas de bueyes y un montón de siervos solo es posible cuando uno

ha aprendido a trabajar en equipo y tener consideración con los demás. Los hijos únicos a menudo tienen muchas dificultades en la vida.

Los que se han criado en una familia numerosa ya de muy pequeños han aprendido lecciones dolorosas que más adelante pueden evitarles muchos problemas y golpes en la convivencia con otras personas.

Aquellos que tienen experiencia en los campos misioneros saben muy bien que los mayores retos de los misioneros son sus colegas misioneros que a veces les hacen la vida imposible y dificultan su ministerio. Los individualistas a menudo tienen que hacer pronto sus maletas.

El servicio posterior de Eliseo como profeta y su forma de comportarse con los «hijos de los profetas» muestra que había aprendido a trabajar en equipo, a tener paciencia con los colaboradores y a ser moderado y comedido.

Capaz de tomar decisiones y preparado

La pasividad, el no comprometerse, la pereza para tomar decisiones, son algo característico en nuestra sociedad actual, especialmente en la generación más joven. Este problema también lo describió Salomón ya en sus tiempos: *«Como las puertas giran sobre sus bisagras, así también el perezoso en su cama.»* Pr 26:14

Es como si viéramos a un hombre bostezando que se echa de un lado para otro en su cama inventándose mil razones para justificar la locura de apagar el despertador y levantarse inmediatamente.

A mí me parece que la pereza y la falta de capacidad para decidirse son parientes cercanos.

En nuestra historia vemos como Elías se acerca a Eliseo de repente e inesperadamente, echando sobre él su manto y

siguiendo adelante. Eliseo comprendió de inmediato el profundo significado simbólico de este acto y reaccionó inmediatamente: Abandonó los bueyes y el arado, siguió a Eliseo y le pidió que le permitiera despedirse de sus padres.

No vemos ningún titubeo ni que pidiera tiempo para pensárselo. Eliseo reconoció de inmediato que tenía que reaccionar inmediatamente, para no perderse la oportunidad y tomar la decisión más importante de su vida.

En los últimos mundiales de fútbol hemos podido aprender que los equipos que dominaban el arte de cambiar rápidamente la estrategia de juego, casi eran invencibles. Comprender la situación en un segundo y reaccionar inmediatamente de forma correcta, eso también es una buena receta para el éxito en la vida espiritual.

- Eliseo mostró interés espiritual – conocía al profeta Elías.
- Conocía el significado del manto.
- Parece ser que estaba preparado y dispuesto a ser llamado por Dios.
- Hacía tiempo que había echado cuentas y sabía lo que costaba obedecer al llamamiento de Dios. Estaba dispuesto a renunciar a una vida asegurada.

Cuando dejó sus bueyes para seguir a Elías había tomado la decisión correcta en ese momento tan decisivo de su vida.

La dirección de Dios en nuestras vidas puede ser muy diferente en cada caso. A menudo Dios nos guía por medio de encuentros con personas, a veces por circunstancias inequívocas o por medio de Su Palabra. Pero siempre queda claro lo que Dios espera de nosotros, y entonces lo importante es reaccionar inmediatamente y no perder tiempo alguno.

Una y otra vez vemos jóvenes creyentes que se preguntan cómo reconocer la dirección de Dios al tener en el corazón el deseo de servirle.

Mi consejo es el siguiente: sé fiel y diligente en el lugar donde te encuentres en este momento preciso; ya sea en tu oficio, en tus estudios o donde sea. Prepárate para tus futuras tareas estudiando la Biblia y practicando una vida de oración intensa. Aprovecha las oportunidades en las circunstancias actuales de tu vida, honrando a Dios y siendo una bendición para tu prójimo. No te adelantes para llevar a cabo un ministerio especial en la obra del Señor, pero estate preparado para cuando Él te llame y entonces sé obediente.

«Honra a tu padre y a tu madre...»

Cuando Eliseo le pidió permiso a Elías para despedirse de sus padres, eso no era una puerta trasera para volver quizá otra vez a su vida anterior. Esto le distinguió del hombre en Lucas 9:59 a quien el Señor llamó para que le siguiera y que con palabras similares pidió una prórroga. Evidentemente, a Eliseo le era importante honrar a sus padres con una despedida cariñosa y marcada por el agradecimiento. No sabemos si pidió su bendición. Pero lo que sí podemos ver es que no pusieron obstáculos en su camino, pues le dejaron hacer la fiesta de despedida donde preparó una abundante comida para sus colaboradores antes de despedirse definitivamente.

Es una escena de despedida poco vista y bella: Un joven, llamado a ser profeta, honra a sus padres. Y al otro lado los padres, que en medio del dolor por tener que despedirse de su hijo (y quizá también de aquel que los iba a mantener en su vejez) no se aferraron a él, sino que le dejaron libre para que pudiera seguir a Elías.

Honrar a los padres, a lo cual nos amonesta (Ef 6:2), eso va unido con una bendición especial. Es triste que en nuestra sociedad a penas se aliente o instruya a practicar esta antigua virtud

bíblica. Nuestros días más bien nos hacen pensar en Pr 30:11-14, donde Agur describe una generación que «maldice a su padre y a su madre no bendice... cuyos dientes son espadas.»

Por otro lado, hallamos hoy a menudo a padres creyentes que tienen graves problemas cuando uno de sus hijos decide renunciar a estudios superiores, a una carrera y una vida asegurada para obedecer al llamamiento de Dios de ir a la misión, confiando plenamente en Él.

Contrastando con esto, William MacDonald describe en su pequeño libro «Buscad primeramente...» la siguiente escena conmovedora:

Hace algunas décadas un padre estaba en su cuarto de trabajo, cuando alguien llamó a su puerta. «¿Quién es?», preguntó. «Soy yo, Ed.» – «Entra, Ed.» Ed entró, se sentó y después de algunas palabras introductorias dijo: «Padre, he decidido dejar mis estudios de derecho, porque el Señor me ha mostrado que me quiere usar como misionero.» El padre le contestó: «Ven, oremos sobre esto.»

Allí, sobre sus rodillas, el padre encomendó su hijo a Dios y a la palabra de Su gracia (Hch 20:32). Este padre fue el Dr. T. E. McCully. Su hijo fue a Ecuador y dejó su vida a la orilla del río Curaray...

A menudo, cuando el Dr. McCully contaba esta historia añadió: «Cuán agradecido estoy hoy que no le dije a Ed ninguna palabra que hubiese podido desanimarlo o impedirlo, cuando me contó del llamado a la misión.»

También Elías se comportó de manera ejemplar. No presionó a Eliseo, sino que con su respuesta dejó claro que él tenía que tomar la decisión delante de Dios, frente al cual era responsable.

Una ruptura radical

Hasta ese momento arar era una de las tareas que Eliseo cumplía con fidelidad. Pero después del llamamiento a seguir a Elías, su antigua profesión podía convertirse en un impedimento. En esta situación, Eliseo mostró una radicalidad ejemplar: Puso un punto final a su pasado y al matar a sus bueyes quiso que su antigua profesión no le impidiese de obedecer al llamado de Dios. Derribó todos los puentes y se encomendó al hombre de Dios que había echado su manto sobre él mostrando con este gesto que aparte de llamarle a ser profeta se encargaría también de su bienestar.

Así, Eliseo hizo un fuego con el arado, asó la carne de los animales sobre él y dio de comer a su gente. «*Más bienaventurada cosa es dar que recibir*» (Hch 20:35) – en el futuro esto será una marca del carácter de este hombre que no acumuló provisiones para sí, sino que dio a otros lo que Dios le había encomendado.

Un humilde servicio

Hasta ese momento Eliseo había estado acostumbrado a dar órdenes, sabiendo que sus colaboradores obedecerían. Ahora, en la escuela superior de Dios, *él* tenía que aprender a someterse. Seguramente que no fue una lección fácil para uno que se había criado en un hogar adinerado y que era el responsable de la agricultura.

No sabemos en qué consistieron sus humildes servicios. Ya hemos mencionado que Eliseo después era conocido como uno que «*vertía agua en las manos de Elías*». Desde el punto de vista humano algo que no exigía muchos dones ni esmero, y algo que no prometía mucha honra.

Pero es así como Dios forma a sus siervos. Un sabio dicho reza así: «*Aquel que hace lo pequeño como si fuese algo grande, tam-*

bién hará lo grande como si fuese algo pequeño.» El pastor Theo Lehmann solía decir siempre que las *escuelas superiores* de Dios eran *escuelas inferiores*, o sea que enseñan el camino de abajo, de la humildad y de la abnegación. En la historia de la iglesia es bien conocida la iglesia de los hermanos de Herrnhut cuyo padre espiritual fue Nicolás de Zinzendorf (1700–1760). Antes de formarse la «iglesia en Herrnhut en el este de Alemania, hubo primero una pequeña iglesia casera («ecclesiola») que se había formado en el castillo del Conde en Bethelsdorf. A esta pequeña iglesia pertenecieron algunas personas muy sencillas y originales. Entre ellas la sierva ordeñadora Anna Helene Anders, que era tuerta y fue una de las «primicias» en Bethelsdorf. De ella leemos que *«vivía y se movía en la Palabra de Dios»* y que fue una consejera espiritual con una fuerza y frescura originales. Zinzendorf confesó de ella que *«la fidelidad hacia los animales fue el escalón para subir a un ministerio superior.»*

El simple trabajo en el corral de las vacas, hecho con fidelidad, se convirtió en escalón para entrar en una importante tarea espiritual.

Fidelidad en lo pequeño es una de las lecciones importantes que Eliseo aprendió al vivir en comunión con Elías.

En nuestros días, donde los estudios teológicos en seminarios y escuelas superiores son muy valorados, es importante enfatizar que en la Biblia el aprendizaje espiritual ocurrió casi siempre compartiendo la vida con otra persona; donde un siervo de Dios maduro y con experiencia instruía y formaba a uno o varios jóvenes.

Pensemos por ejemplo en Moisés y Josué; en nuestro Señor Jesús y sus discípulos; en Pablo y sus acompañantes; en Pedro y Marcos; en el matrimonio Aquila y Priscila y Apolos.

«El tiempo que Cristo pasó enseñando a sus discípulos, produjo más fruto duradero que todos los milagros que obró en presencia de las masas» (Arturo Pink).

Capítulo 2

La preparación del sucesor

Aconteció que cuando quiso el Señor alzar a Elías en un torbellino al cielo, Elías venía con Eliseo de Gilgal. y dijo Elías a Eliseo: Quédate ahora aquí, porque el Señor me ha enviado a Bet-el. Y Eliseo dijo: Vive el Señor, y vive tu alma, que no te dejaré. Descendieron, pues, a Bet-el. Y saliendo a Eliseo los hijos de los profetas que estaban en Bet-el, le dijeron: ¿Sabes que el Señor te quitará hoy a tu señor de sobre ti? Y él dijo: Sí, yo lo sé; callad. Y Elías le volvió a decir: Eliseo, quédate aquí ahora, porque el Señor me ha enviado a Jericó. Y él dijo: Vive el Señor, y vive tu alma, que no te dejaré. Vinieron, pues, a Jericó. Y se acercaron a Eliseo los hijos de los profetas que estaban en Jericó, y le dijeron: ¿Sabes que el Señor te quitará hoy a tu señor de sobre ti? El respondió: Sí, yo lo sé; callad. Y Elías le dijo: Te ruego que te quedes aquí, porque el Señor me ha enviado al Jordán. Y él dijo: Vive el Señor, y vive tu alma, que no te dejaré. Fueron, pues, ambos. Y vinieron cincuenta varones de los hijos de los profetas, y se pararon delante a lo lejos; y ellos dos se pararon junto al Jordán. Tomando entonces Elías su manto, lo dobló, y golpeó las aguas, las cuales se apartaron a uno y a otro lado, y pasaron ambos por lo seco. Cuando habían pasado, Elías dijo a Eliseo: Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti. Y dijo Eliseo: Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí (2 Reyes 2:1-9).

En este capítulo tenemos por delante una etapa en la vida de Elías y Eliseo digna de ser considerada con esmero por la gran cantidad de lecciones prácticas para nuestra vida en pos de Cristo.

Podemos aprender mucho al aplicar la relación entre Elías y

Eliseo a nuestra relación con nuestro Señor Jesucristo. Y también podemos ver en esto un ejemplo muy positivo en cuanto a las buenas relaciones entre jóvenes y ancianos; la unión ejemplar entre las generaciones.

Escenas de despedida conmovedoras

En primer lugar reflexionemos brevemente sobre Elías quien se encontraba al final definitivo de su servicio y ante la conclusión triunfal de su vida terrenal. No sabemos cómo, pero Dios le había anunciado a él y también a los «hijos de los profetas» que no iba a morir, sino que semejante a Enoc (Gn 5:24; Heb 11:5) sería arrebatado a la presencia de Dios.

Elías no terminaría su vida en un lecho de enfermo sino que ascendería al cielo *«en un torbellino»*. Hans Dannenbaum lo comentó de esta forma: *Expirar lentamente marcado por la arteriosclerosis – eso no hubiese cuadrado con este hombre. Por eso el final de su vida no es un suave «Andante», sino un enorme «Presto»*.

También en el último día de su vida, Elías fue un hombre que vivía «en la presencia de Dios» y recibe instrucción clara de ir de Gilgal, a Bet-el y de allí a Jericó y finalmente al Jordán.

En estos lugares evocadores de grandes acontecimientos, donde hace siglos Dios se había revelado en su santidad, misericordia y poder – pero que ahora eran conocidos por su idolatría – aparecieron jóvenes denominados *«hijos de los profetas»*. Ellos pertenecían a los siete mil que no habían doblado sus rodillas ante Baal y que evidentemente habían sido enseñados, instruidos y atendidos espiritualmente por Elías.

La expresión calurosa «hijos» hace patente que aquí no se trataba meramente de una relación alumno – maestro, más o menos marcada por la distancia en las clases teológicas – sino que más

bien era una relación muy personal y familiar, en la cual Elías se había formado una cantidad de hijos espirituales.

¿Una generación huérfana de padre?

En tiempos donde padres y madres espirituales serían muy necesarios en el pueblo de Dios, buscados por muchos jóvenes creyentes, este hecho debería representar un reto para los más mayores entre nosotros para plantearse la pregunta: ¿soy yo un padre o una madre espiritual para los creyentes más jóvenes? ¿Trato conscientemente de ejercer influencia sobre los creyentes más jóvenes a mi alrededor, para compartir una parte de mi vida con ellos y mostrar con mi vida lo que es el discipulado en la teoría y en la práctica?

Es interesante que 2 Reyes 1 termina con la muerte del rey Ocozías y la explicación que «... *no tenía hijo*» (2 Reyes 1:17) – mientras que en nuestro capítulo el último día de un profeta es presentado como uno que tenía muchos «*hijos*».

¡Qué consuelo tuvo que haber sido para Elías ver la estima y el amor que estos «hijos» tenían por él, siendo esto un fruto de su vida agitada! Se fue a la eternidad con estas impresiones.

¿Mejor solo que acompañado?

Nos hacemos la idea de lo que motivó a Elías a decir tres veces a su joven amigo que se quedara atrás, porque Dios le había enviado a Bet-el, a Jericó y al Jordán. ¿Quería Elías pasar las últimas horas de su vida terrenal a solas en comunión con Dios?

¿O fue esta exhortación a quedarse meramente una prueba para ver si la fidelidad de Eliseo era genuina? Eliseo había prome-

tido «*te seguiré*» (1 R 19:20), y ahora era el test para ver si lo cumpliría de verdad.

¿Respondería Eliseo como Orfa despidiéndose con muchas lágrimas (Rut 1:14), o respondería como Rut:

«*No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada*» (Rut 1:16-17).

Eliseo da sus primeros pasos solo

No se nos dice mucho sobre el período que Eliseo vivió con Elías. No sabemos cuántos años pasó en la comunión con el profeta. Sólo leemos breves indicios acerca de lo que hacía: «...*le seguía*», «... *le servía*», «...*vertía agua en las manos de Elías*». Aparentemente, este tiempo fue una escuela para Eliseo donde aprendió a obedecer y a someterse. Pero ahora era inminente la despedida y después iba a comenzar una nueva etapa para el discípulo de Elías.

¿Estaba Eliseo ya preparado para tomar decisiones bajo su propia responsabilidad?

Al pedirle Elías «...*quédate ahora aquí*» posiblemente no tenía la intención de darle un mandato, sino quizá era más bien una pregunta examinadora o una petición para ver la lealtad de Eliseo y el estado de su madurez.

Las tres respuestas de Eliseo «*Vive el Señor, y vive tu alma, que no te dejaré*» debieron haber alegrado inmensamente a Elías. Esta confesión mostraba que Eliseo ahora se sentía responsable ante Dios. Y esta creciente seguridad, de que tenía que empezar a actuar con responsabilidad propia no le llevó a distanciarse de Elías, sino todo lo contrario, le hizo buscar más aún la comunión con el anciano profeta.

Exactamente esta actitud sería un gran regalo para nuestros días: una joven generación de hermanos entregados, abnegados y con ganas de aprender, cuya consciencia de tener que responsabilizarse delante de Dios no les lleva a la separación, para actuar como normalmente se comportan los jóvenes, escandalizando y provocando enojo en la generación de los más mayores. Sino un tropel de jóvenes creyentes dispuestos a entrar en acción, llenos de ideas, con ganas de aprender y buscando y apreciando la bendición, el consejo y la corrección de los hermanos mayores con experiencia.

Y vice versa, surge esta pregunta: ¿Dónde hallamos hermanos y hermanas mayores experimentados en el servicio para el Señor, que en su interior sienten un gozo profundo cuando ven a jóvenes que decididamente pero con humildad empiezan a independizarse y a dar sus primeros pasos en la fe en el servicio para el Señor, buscando al mismo tiempo las oraciones, la compañía y el consejo de la generación de los más ancianos?

Comunión bajo la bendición de Dios

En los versículos 6 al 8 se enfatiza tres veces: «... *Descendieron, pues [juntos]*» o «... *Fueron, pues, ambos...*».

Los otros hijos de los profetas en Bet-el y Jericó mostraron sus conocimientos teóricos sobre la ascensión inminente de Elías. Es loable que cincuenta de estos sabios hombres siguieran a Elías y Eliseo hasta el Jordán observando la escena desde lejos, como Elías golpeó el agua con su manto abriendo así el camino a través del río impetuoso. Pero solamente Eliseo permaneció en esa comunión tan estrecha con su maestro y así pudo vivir de cerca el milagro en el Jordán.

La escena es como un triste espejo para nosotros que confesamos creer en la Palabra de Dios y seguir al Señor. Muchos de

nosotros tienen archivado en su mente todo el panorama de la historia de la salvación de Dios con Su iglesia y con el Pueblo de Israel. Incluso son capaces de relatarlo en todo momento sin omisiones, o bien pueden dar mensajes sobre el tema o plasmarlo esquemáticamente en papel. Pero, lamentablemente, los conocimientos sobre los planes futuros de Dios no pasan automáticamente de la cabeza a las manos y los pies – y al corazón, menos todavía.

Es posible acumular conocimientos bíblicos sin vivir en una entrañable comunión con el Señor Jesús y sin vivir para Él.

Un estudio de Warren Wiersbe comenta este punto muy acertadamente: «*La característica de un verdadero alumno de las Sagradas Escrituras es siempre un corazón ardiente y jamás solamente una cabeza llena de conocimientos*» (Lc 24:32).

En los comienzos del movimiento de hermanos en Inglaterra, unos amigos de J.N. Darby acusaron al «apóstol del amor» Roberto C. Chapman, de divulgar enseñanzas falsas. Darby reaccionó con palabras claras y también con palabras de acusación propia: «*¡Dejad en paz a este hombre; pues vive lo que enseña!*» Y más tarde dio el siguiente testimonio sobre Chapman: «*Nosotros hablamos de los lugares celestiales, pero Roberto Chapman vive en ellos.*» (R. C. Peterson: *Robert C. Chapman – der Mann der Christus lebte* [Roberto C. Chapman – el hombre que vivía Cristo]).

«... y pasaron ambos por lo seco» (v. 8). Juntos cruzaron el Jordán, el río de la muerte que tipológicamente simboliza el haber muerto con Cristo (Gá 2:20). Pocas horas después, tras la partida de Elías al cielo, Eliseo volvió solo por el mismo camino. En el poder de Aquel que había llamado a su maestro, hizo que el Jordán se separase y lo atravesó como portador de la bendición de Dios para salir al encuentro de las necesidades del pueblo de Dios en Israel.

El examen final

Poco antes de la ascensión de Elías al cielo hubo una conversación entre estos dos profetas. Ambos sabían que la hora de la despedida había llegado y por eso un silencio solemne y santo acompañó esta última conversación.

«*Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti*» (v. 9). A Eliseo le es concedido pronunciar un último deseo ante Elías, mientras que el anciano profeta estaría en una tensión difícil de imaginar para nosotros, pues esperaba la hora de su arrebatamiento y al mismo tiempo sentía la responsabilidad por su joven amigo y sucesor. Eliseo debía abrir su corazón y expresar con su deseo la actitud que tenía, lo que había aprendido con Elías y qué metas tenía para la vida.

Con qué interés y tensión esperaba Elías la respuesta que le mostraría a este hombre de Dios, preparado para la partida, qué cautivaba el corazón de Eliseo y si aprobaría el examen que revelaría el grado de su madurez.

Los deseos de nuestro corazón – alrededor de los cuales giran nuestros pensamientos, deseos que ceban nuestra imaginación y que a veces se ven reflejados incluso en nuestros sueños – revelan lo que es la meta de nuestra vida, revelan para lo que realmente vivimos.

«*Las flores de nuestros pensamientos, muestran donde están nuestras raíces*» – así solía decir el evangelista Wolfgang Dyck, quien murió en 1970.

Ante un público creyente, expresaremos nuestros más piadosos deseos, claro está: «*Queremos ser una bendición para otros*», «*queremos glorificar al Señor*», «*queremos parecernos más a Cristo*» etc. Pero allí donde nadie nos ve y nadie nos observa, allí es donde se manifiesta lo que llena nuestro corazón y qué deseos secretos ocultamos delante de los hombres.

Como joven rey, una noche a Salomón le fue concedido un

deseo. Dios se le había aparecido en sueños con las asombrosas palabras: «*Pide lo que quieras que yo te dé*» (1 R 3:5). Conocemos bien su respuesta conmovedora que nos deja avergonzados: «*Da, pues, a tu siervo corazón entendido para juzgar a tu pueblo, y para discernir entre lo bueno y lo malo; porque ¿quién podrá gobernar este tu pueblo tan grande?*» (v.9).

Un estudio de los deseos y peticiones dirigidos a Dios o al Señor Jesucristo en la Biblia es sumamente interesante y revelador. Pensemos solamente en la petición de los discípulos Santiago y Juan, que después de preguntarles el Señor «*¿Qué queréis que os haga?*» dicen: «*Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda*» (Mr 10:35-37). Sin darles vergüenza delante de los demás discípulos abrieron su corazón y pidieron tener un lugar de honor en la gloria.

Por otro lado, hallamos en los Salmos una oración conmovedora de David:

«*Una cosa he demandado al Señor, ésta buscaré; que esté yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor, y para inquirir en su templo*» (Sal 27:4) Moisés pidió al Señor: «*Te ruego que me muestres tu gloria*» (Éx 33:18), después de que el pueblo de Israel había pecado al pie del monte Sinaí haciendo el becerro de oro.

Recordemos también a Jim Elliot que en 1948, siendo un joven misionero con 21 años oró así:

«*Dios, te ruego que enciendas las partes ociosas de mi vida para que yo pueda arder por ti. Consume mi vida, mi Dios, porque es tuya. No busco una larga vida, sino una vida plena, como tú, Señor Jesús*».

¿Qué iba a responder Eliseo en esta hora crucial de su vida? ¿Una larga vida? ¿Bienestar material? ¿Una vida familiar feliz? ¿Respeto y reconocimiento en el pueblo de Dios?

En el siguiente capítulo reflexionaremos sobre esto.

Capítulo 3

El secreto de la fuerza espiritual

Cuando habían pasado, Elías dijo a Eliseo: Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti. Y dijo Eliseo: Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí. Él le dijo: Cosa difícil has pedido. Si me vieres cuando fuere quitado de ti, te será hecho así; mas si no, no. Y aconteció que yendo ellos y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos; y Elías subió al cielo en un torbellino. Viéndolo Eliseo, clamaba: !!Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo! Y nunca más le vio; y tomando sus vestidos, los rompió en dos partes. Alzó luego el manto de Elías que se le había caído, y volvió, y se paró a la orilla del Jordán (2 Reyes 2:9-13).

El examen del carácter

Consiente de su inminente partida, Elías había dirigido la pregunta decisiva a su joven amigo y sucesor. La respuesta iba a manifestar las metas, esperanzas y deseos secretos del corazón de Eliseo para su próximo servicio.

En esta seria y solemne situación, sin espectadores, Eliseo no pidió tiempo para pensárselo. Tampoco deseó consultar con sus padres, amigos u otros consejeros. Ya hacía mucho tiempo que había tomado la decisión sobre la meta de su vida, renunciando al valor pasajero y a la posesión de bienes materiales. Dios le había llamado a ser el sucesor de Elías y en los meses pasados en la comunión con este hombre de Dios había conocido valores eternos que habían marcado la dirección que debía tomar su vida.

Y en seguida Elías escuchó la respuesta de su sucesor que seguramente estaba esperando con ansiedad. Lo que escuchó fue un deseo sencillo y breve, pero con un profundo significado: *«Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí»*.

Con esta breve respuesta seguramente causó una inmensa alegría a su padre espiritual, porque con miras a sus tareas futuras, Eliseo había reconocido su propia incapacidad y debilidad. Era consciente de que los conocimientos, formación y talento intelectual no eran suficiente para ser un portador de la bendición de Dios, especialmente en tiempos difíciles. Vio que para este difícil servicio era necesaria una fuerza y una autoridad espiritual.

El expositor bíblico Matthew Henry comenta muy acertadamente al respecto: *«Los más preparados para recibir bendiciones espirituales son aquellos que más sienten el valor de las mismas y al mismo tiempo saben de cierto que no merecen obtenerlas»*.

Una «doble porción»

Considerando este deseo de manera superficial, podríamos tener la impresión de que Eliseo fue inmodesto pidiendo la doble porción de la fuerza espiritual de Elías. Pero el contexto de esta historia y el hecho de que Dios había dado instrucción de que el primogénito siempre debía recibir la doble parte de la heredad del padre (Dt 21:17), muestran que Eliseo podía considerarse como el «primogénito» entre los numerosos «hijos» del profeta.

Frente al peso y seriedad de sus futuras tareas, como «primogénito», Eliseo deseó poseer la doble parte de la fuerza espiritual que Elías iba a dejar como heredad a los hijos de los profetas.

«Cosa difícil has pedido...»

Nos asombra la reacción de Elías ante este deseo sabio y espiritual de su sucesor. Más bien hubiésemos esperado ver al anciano profeta lleno de regocijo, después de manifestarse que Eliseo había aprobado su «examen final» con «sobresaliente». Pero junto al gozo y agradecimiento sobre la actitud tan buena y la madurez espiritual de su sucesor, su respuesta revela algo del peso, significado y responsabilidad de esta «herencia»:

Era «*cosa difícil*», porque la fuerza espiritual no se hereda como los bienes materiales. Nadie tiene la autoridad o capacidad de heredar o transmitir dones espirituales a otras personas. En tiempos de los apóstoles, el mago Simón pensaba que podía comprar con dinero un «*don de Dios*». Pedro tuvo que pronunciar el juicio demoledor sobre este «negocio» (Hch 8:18-21).

Hoy también hay muchos «apóstoles» – según ellos – y tele evangelistas que piensan y proclaman que supuestamente son capaces de transmitir dones espirituales (p. ej. sanidades o profecía) mediante la imposición de manos, por tener una «unción divina especial». Para estos falsos profetas es *algo de lo más fácil* transmitir a otros dones espirituales, con tal de que haya muchos micrófonos, cámaras de televisión, multitudes entusiasmadas y suficientes cubos para recoger las colectas.

No, Elías sabía muy bien que este deseo estaba más allá de las capacidades humanas y que al mismo tiempo no se llevaría bien con nuestra vieja naturaleza no quebrantada.

Wilhelm Busch escribe al respecto:

«Especialmente a los de naturaleza un poco entusiasta quiero decirles que cuando el Espíritu Santo llena un corazón eso es algo duro («cosa difícil») y no conlleva como ellos piensan éxtasis y arrebatos. Estos arrebatos extáticos que hoy pregonan como «plenitud del Espíritu» son más bien de otro espíritu que nada sabe de quebrantamiento y abnegación.»

Pero el deseo de Eliseo era también «*cosa difícil*» porque era «*de peso*», de «*graves consecuencias*». En el Antiguo Testamento leemos a menudo de profetas que hablaban de una «*carga*» que Dios les había dado como mensaje y cometido. El poder espiritual es un valioso regalo y al mismo tiempo una carga de gran responsabilidad.

El secreto de la fuerza espiritual

La segunda parte de la respuesta de Elías deja claro que la bendición deseada está ligada a una condición: «*Si me vieres cuando fuere quitado de ti, te será hecho así.*» Esta condición dejó claro que Eliseo no debía perder de vista al anciano profeta. Esto exigía de él atención y concentración absoluta. Bien podemos imaginarnos que durante la caminata y la conversación que siguieron, Eliseo no apartó los ojos de su maestro para mirar a su alrededor u otras cosas sin importancia. A toda costa buscaría la mirada de Elías para no perderse el momento decisivo de su vida, del cual dependía la bendición.

Esta observación contiene una importante y valiosa lección para todos aquellos que buscan con anhelo tener fuerza espiritual. El que pone la mirada en sí mismo – dependiendo de su carácter – o bien se convierte en arrogante y engreído, o bien caerá en una depresión y se desanimará. La introspección no es abono, sino veneno para el crecimiento espiritual.

Por mucho que valoremos el ejemplo de hermanos en la fe, debemos siempre tener en mente que siempre tendrán sus limitaciones por ser humanos.

Especialmente el poner la mirada en el Señor, en Su ejemplo como hombre en esta tierra y como el Hijo de Dios glorificado en el cielo nos llenará de fuerza y de gozo y al mismo tiempo nos dará más y más de Su parecer.

«Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Co 3:18).

Vivir cada día y cada hora conscientes de la presencia del Señor, tomándole como ejemplo en todos los ámbitos de la vida – esto no es una tarea «fácil». ¡Cuántos deseos, circunstancias y preocupaciones en nuestra vida diaria tratan de ofuscar o apartar nuestra mirada del Señor Jesús! El diablo tratará de poner ante nuestros ojos toda clase de cosas y también las riquezas de este mundo, para que nuestro corazón no se centre en nuestro Señor y los valores eternos. ¡Es cosa difícil!

Una última andadura poco vista y bendecida...

«Y aconteció que yendo ellos y hablando...» Cuatro veces queda enfatizado en los versículos 7 al 11 que iban juntos y conversando. El anciano profeta que sabía que habían llegado los últimos minutos de su atribulada vida sobre esta tierra – se mostró dispuesto a partir sin huella de amargura, para estar con su Dios. Que escasos y preciados son tales hermanos y hermanas que al borde de la eternidad son capaces de tener una comunión de confianza con la generación que les sucederá a ellos. Y cuán valiosos son los hermanos jóvenes que en una situación semejante buscan la comunión con los hermanos más ancianos sin anticipar en sus deseos el relevo como sabelotodos engreídos que piensan que lo harán todo mejor que sus padres...

Una mirada llena de emoción y un grito desesperado...

«Y Eliseo lo vio y clamó: Padre mío, padre mío...»

Había llegado el momento – para nosotros casi imposible de

imaginar – cuando Dios en un torbellino arrebató al cielo a Elías de forma tan inusual, imponente y potente (encajando todo perfectamente con el carácter del profeta), y lo hizo mediante «*carros de fuego*» y «*caballos de fuego*».

Eliseo fue testigo ocular de este arrebatamiento dramático que decidiría sobre su camino futuro.

Eliseo lo vio y «*la doble porción*» del espíritu de Elías la tenía asegurada – pero parece que en ese momento no pensó en ello. Lo cierto es que no es un grito de triunfo o júbilo, sino un grito de duelo y dolor, que mostraba lo que Elías había sido para él: ¡*Padre mío, padre mío!*» Eliseo había perdido a su padre espiritual.

Pero no sintió solamente la pérdida personal. Este grito angustioso: «*carro de Israel y su gente de a caballo*» implicaba también la pregunta acerca del futuro de Israel al haber desaparecido este valiente luchador solitario de los campos de batalla de Israel. ¡Qué actitud más humilde y modesta vemos aquí y qué relación más amistosa y entrañable tuvo que haber unido a estos dos hombres!

También es interesante que décadas más tarde, cuando Eliseo estaba en su lecho de muerte el rey Joás se despidió llorando de él con la misma exclamación: «*Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!*» (2 Rey 13:14).

Eliseo, cuyo padre espiritual fue Elías, por su parte fue después también un padre espiritual para muchos jóvenes. Este hecho debería animarnos a los que somos más mayores o padres, a invertir tiempo, fuerzas y experiencias en la vida de nuestros hijos carnales o espirituales.

«Y nunca más le vio...»

En estas pocas palabras hay nostalgia y dolor. Las relaciones humanas no son eternas y también las relaciones espirituales con-

cluyen alguna vez. Pero cuán bendecidos somos cuando podemos recordar agradecidos a padres y madres espirituales que nos mostraron el camino al Señor y nos acompañaron y animaron en el camino como discípulos de Cristo. Pero la antorcha tiene que pasar a otros.

«¡Poner la mano en el arado y secarse las lágrimas – eso es cristianismo!» – esta cita de Watchman Nee podría caracterizar muy bien las emociones de Eliseo en aquel momento. Elías estaba en la eternidad. No dejó ni corona ni cetro ni otros bienes materiales. Lo que de él quedó fue su manto – la señal inequívoca del hombre de Dios.

De la misma manera, el Señor Jesús tras su ascensión al cielo no dejó riquezas terrenales a los discípulos, sino su ejemplo tal y como está descrito en los evangelios.

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Lc 9:23).

«Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas» (1 P 2:21).

«Y tomando sus vestidos, los rompió en dos partes...»

La reacción de Eliseo es una impresionante ilustración de la exhortación del Señor a negarnos a nosotros mismos y seguirle a Él.

Los vestidos que hasta ese momento le habían dado su identidad, en sus ojos, ahora ya sólo merecían ser rotos. Al hacerlo dio otra señal radical de su negación de sí mismo. Hace años había roto radicalmente con su oficio honrado, para seguir a Elías, y ahora, después de ser arrebatado su maestro, ya no quería ser visto con sus propios vestidos, sino sólo en la ropa del profeta llamado a la presencia de Dios. No pensó en depositar sus vesti-

dos en alguna parte, para ponérselos de nuevo en alguna circunstancia oportuna. Su vida debía ser sin fingimientos y sin tener ocasión para ambigüedad alguna.

«Eliseo rompe sus vestidos en dos partes. Ya no los necesita más, pues posee el manto de Elías y la doble porción de su espíritu. En esta fuerza caminará en medio de Israel. ¡Que sea así también con nosotros! Que rompamos nuestra ropa vieja después de habernos vestido de Cristo, para ser un testimonio en el mundo» (H. Rossier: Meditaciones sobre el Segundo libro de los Reyes).

Capítulo 4

Los primeros pasos con la nueva ropa

«Y tomando el manto de Elías que se le había caído, golpeó las aguas, y dijo: ¿Dónde está el Señor, el Dios de Elías? Y así que hubo golpeado del mismo modo las aguas, se apartaron a uno y a otro lado, y pasó Eliseo. Viéndole los hijos de los profetas que estaban en Jericó al otro lado, dijeron: El espíritu de Elías reposa sobre Eliseo. Y vinieron a recibirle, y se inclinaron a él hasta la tierra. Y dijeron: He aquí hay con tus siervos cincuenta varones fuertes; vayan ahora y busquen a tu señor; quizá lo ha levantado el Espíritu del Señor, y lo ha echado en algún monte o en algún valle. Y él les dijo: No enviéis. Mas ellos le importunaron, hasta que avergonzándose dijo: Enviad. Entonces ellos enviaron cincuenta hombres, los cuales lo buscaron tres días, mas no lo hallaron. Y cuando volvieron a Eliseo, que se había quedado en Jericó, él les dijo: ¿No os dije yo que no fueseis?»

Y los hombres de la ciudad dijeron a Eliseo: He aquí, el lugar en donde está colocada esta ciudad es bueno, como mi señor ve; mas las aguas son malas, y la tierra es estéril. Entonces él dijo: Traedme una vasija nueva, y poned en ella sal. Y se la trajeron. Y saliendo él a los manantiales de las aguas, echó dentro la sal, y dijo: Así ha dicho el Señor: Yo sané estas aguas, y no habrá más en ellas muerte ni esterilidad. Y fueron sanas las aguas hasta hoy, conforme a la palabra que habló Eliseo.» (2 Reyes 2:14-22)

Ya hemos reflexionado sobre el hecho de que Eliseo rompió y desechó sus propios vestidos tras la ascensión de su padre espiritual. Desde ahora en adelante sólo quería que le vieran con el

manto de profeta de Elías que había quedado – eso era su nueva «identidad».

Por otro lado, no fue ni hizo de sí mismo una copia más o menos lograda de su gran modelo, sino que quería hacer sus propias experiencias con el «Dios de Elías». Por eso golpeó las aguas del Jordán con el manto diciendo: «¿Dónde está el Señor, el Dios de Elías?»

Todo el aprecio que sentía por el fallecido Elías no le llevó a su sucesor a vivir una vida espiritual de «segunda mano». Y esto precisamente es lo que debería caracterizar nuestro caminar en la fe. Debemos valorar nuestros padres y madres espirituales, recordando su fe y su fidelidad – véase Heb 11 – pero luego debemos nosotros mismos poner los ojos en el «*Autor y consumidor de la fe*» para poder presentarnos a la carrera que tenemos por delante (Heb 12:2).

Ahora Eliseo experimentó personalmente el poder de Dios sobre las aguas del Jordán – que es un símbolo de la muerte – y podemos imaginarnos lo que significó esta experiencia en la fe y el ánimo que esto le dio para los próximos pasos que tenía que dar y para sus futuras tareas. Volvió exactamente por el mismo camino por el que había venido con Elías: pasando por el Jordán a Jericó y después a Bet-el.

La autoridad espiritual no necesita recomendaciones de otros

Cuando los hijos de los profetas vieron a Eliseo en Jericó reconocieron que el espíritu de Elías reposaba ahora sobre Eliseo.

Así que Eliseo no necesitaba a ningún asesor que le presentara una estrategia de las relaciones públicas y que practicara con él cómo ganar popularidad en el pueblo de Dios, adquiriendo así estima y aceptación. Renunció a los esfuerzos más que vergonzosos de algunos creyentes que tratan de llamar la atención sobre

sí mismos. Las campañas publicitarias en lo que toca a nosotros mismos, deberíamos aborrecerlas, pues son propias para los políticos en sus campañas electorales, pero no son para los que seguimos al Señor.

No deberíamos tomarnos como ejemplo a Absalón que reclutó a 50 hombres *«que corriesen delante de él»* que ayudaron a *«robar el corazón de los de Israel»*, queriendo hacerse inmortal – en vida (2 Sam 18:18). Su vanagloria fue literalmente su perdición: pues quedó colgado desamparado entre el cielo y la tierra (2 Sam 18:9) hasta que Joab hincó 3 dardos en su corazón y le mató.

Cuán diferente se comportó Juan el Bautista que no aprovechó la ocasión favorable para aumentar su popularidad en Israel, sino que sólo tenía un deseo: señalar hacia el Señor Jesús: *«A él conviene crecer, mas a mí menguar»* (Jn 3:30).

El conocido predicador del avivamiento George Whitefield (1714–1770) a quien sus seguidores quisieron nombrar líder de una denominación propia, les contestó de esta manera: *«Que mi nombre sea olvidado y pisado de todas las personas, pero que Jesús sea glorificado. Que mi nombre muera, que mis amigos me olviden, con tal de que la causa del bendito Cristo Jesús avance.»*

Se cuenta del pastor y evangelista Wilhelm Busch que los organizadores de una gran evangelización estaban deliberando cómo darle las gracias públicamente después de su último mensaje. Cuando Busch se enteró se enfadó enormemente y exclamó: *«¡No roben la gloria a Dios!»* Semejante actitud va muy en contra de la corriente de nuestra época y también va en contra de nuestro propio corazón que es del todo orgulloso y ávido de honores, y requiere un cambio rotundo cuando nos hemos convertido en siervos del Señor.

La autoridad no la obtenemos con el ropaje religioso ni con aires piadosos, ni con un diploma o estudios en un instituto bíblico, sino únicamente por ser semejante a Cristo, lo cual sólo puede hacerse por medio del Espíritu Santo.

Se dividen las opiniones...

Es interesante observar que los hijos de los profetas – al igual que los hombres de Jericó – reconocen de inmediato la autoridad de Eliseo y se inclinan ante él, mientras que los jóvenes de Bet-el en la escena que sigue rechazan a Eliseo y se burlan de él. Nosotros también experimentaremos ambas reacciones si seguimos fielmente al Señor Jesucristo.

No obstante, pronto se manifiesta la falta de madurez en los hijos de los profetas. A pesar de que se inclinan ante Eliseo, su comportamiento muestra que no hacían caso o no creían que Elías realmente había sido arrebatado al cielo, o que trataban de interpretarlo según sus propias ideas.

Tenían muchos conocimientos teóricos y estaban perfectamente informados sobre el hecho de que Elías había de ser arrebatado al cielo. Pero cuando Elías efectivamente no aparecía, pidieron permiso a Eliseo de ir a buscarle sobre las montañas o en los valles de Israel. Así y todo, su petición expresó su respeto frente a Eliseo y la posibilidad de una intervención de Dios sobrenatural: «...quizá lo ha levantado el Espíritu del Señor, y lo ha echado en algún monte o en algún valle».

Confían en la fuerza y capacidad de «cincuenta varones fuertes», pero su visión espiritual se limita a «montes y valles». A pesar de todos sus estudios teológicos les falta la visión, la mirada hacia la eternidad.

Es que la madurez y sabiduría espirituales no se adquieren mediante clases teóricas, sino solamente teniendo un trato vivo y personal con el Señor en nuestra vida diaria. Allí es donde tenemos que aplicar y vivir nuestros conocimientos en la práctica.

Tiempo perdido y fuerzas desperdiciadas

Aunque Eliseo rehúsa su petición con toda claridad, estos hombres no se conforman e insisten hasta que finalmente cede y los deja ir, pero avergonzándose por causa de ellos. Tres días andan de acá para allá buscando en vano por las regiones de Israel, hasta vuelven lastimados y habiendo desperdiciado tiempo y fuerzas. Vuelven a Eliseo cansados, arrepentidos y ahora son ellos los que están avergonzados.

A veces aprendemos a fuerza de palos, en lugar de ahorrarnos muchos dolores y odiseas sencillamente por medio de la obediencia. El apóstol Pedro tampoco hizo caso de las repetidas advertencias de Jesús para que no se apoyara en sus propias fuerzas. Pero Pedro se creía más listo confiando en su propia fuerza y decisión. Tuvo que negar a su Señor tres veces incluso blasfemando y jurando, hasta que por fin, llorando amargamente supo considerarse correcta y sobriamente.

«¿Siempre he procurado que Dios jamás tuviera que decirme algo dos veces!» Estas palabras de un conocido hombre de Dios, yo por desgracia no puedo repetir las así por así, más bien tengo que confesar que tuve que dar muchas vueltas extraordinarias que me costaron tiempo y fuerzas, porque creía poder interpretar de otra manera las instrucciones de la Palabra de Dios. Es triste, pero casi siempre aprendemos las lecciones viviendo experiencias negativas, que Dios podría y quisiera evitarnos, si con sencillez obedeciéramos a sus instrucciones.

¿Qué hacer cuando no hay descendencia?

Mientras que los cincuenta hombres fuertes vagaban en vano por la región buscando a Elías en la tierra en vez de en el cielo, Eliseo vive un encuentro sumamente interesante en Jericó con los

«hombres de la ciudad». Probablemente eran los responsables o ancianos de esta ciudad de gran historia que como es sabido estaba bajo la maldición de Dios (Jos 6:26) y amenazada por el peligro de extinción. Con sus preocupaciones acuden a Eliseo y le explican la situación sin rodeos: a pesar de todo el aparente atractivo exterior de esta ciudad de las palmeras, en sus calles sopla el viento de la muerte: infertilidad y abortos.

Qué cuadro más apropiado para reflejar el estado de muchas iglesias en nuestros días: grandes y bellos locales, coros profesionales, una acústica magnífica, sermones y mensajes elaborados e ingeniosos, pero sin descendencia, faltan los retoños, hay sólo «malpartos». Faltan las conversiones genuinas y resistentes a la intemperie.

Se echa mano de consejeros de fuera, se prueban nuevos métodos, nueva música, se ofrecen cursos de maquillaje y de baile, se hacen barbacoas y comidas en común, se contratan artistas y payasos para animar el ambiente. Con una enorme cantidad de energía y actividades se trata de bailar el agua o de adular a la gente, simplemente porque ya no creemos que la Palabra de Dios predicada con sencillez sea capaz de obrar y atraer, y tememos que aburra a la gente.

Por algún tiempo la cosa parece mejorar, hasta que la gente se da cuenta que fuera de la iglesia las diversiones son de mejor calidad, siendo la televisión además mucho más cómoda para distraerse...

Hace años un pastor americano puso un cartel delante de su iglesia con la siguiente frase: «*En esta iglesia o habrá un avivamiento o habrá un entierro!*» Desconozco las reacciones que hubo ante esta provocación. Pero sé la indignación que se levanta cuando durante una predicación alguien se atreve a decir que por encima de los asistentes se percibe el olor de muerte....

Con Eliseo se puede hablar en plata

Es alentador que en esta historia leemos que los hombres de Jericó no desplazaron ni reprimieron sus problemas, y tampoco disimularon la gravedad del asunto. No cerraron los ojos ante la realidad, acudieron a Eliseo, a quien se dirigieron respetuosamente llamándole «señor» y le contaron sus apuros lisa y llanamente. Cuánta confianza debió infundir la persona de Eliseo para que en su presencia la gente le dijera sincera y libremente sus inquietudes y preocupaciones: la falta de nacimientos, sólo abortos ¡por estar envenenado el manantial!

¡Qué ejemplo magnífico para señalar hacia nuestro Señor Jesucristo tal y como nos lo describen los evangelios. Cuando el Señor entraba en un pueblo o en una ciudad le traían a todos los enfermos y afligidos para que los sanase.

En la presencia de Eliseo – al igual que en la presencia de nuestro Señor – la gente podía desembuchar o decir todo lo que tenían callado. Incluso podían decir a gritos sus problemas agudos y deprimentes, lo cual veremos más adelante.

Qué bendición son también en nuestros días los hermanos y hermanas con los ojos, oídos y corazones abiertos para los pequeños y grandes problemas de sus prójimos y hermanos en la fe; qué bendición los que se toman tiempo para estas cosas.

El remedio: una vasija nueva y sal

Eliseo no mandó cegar o destruir el manantial envenenado, sino que pidió a los hombres de Jericó que le trajeran sal en una vasija nueva. Con ella fue a la fuente de la esterilidad y echó la sal en el agua diciendo en el nombre de Dios: *«Yo sané estas aguas, y no habrá más en ellas muerte ni esterilidad.»*

Estos son los tres remedios que hoy también pueden sanar toda clase de esterilidad espiritual en nuestras iglesias:

- Vasijas nuevas. El Nuevo Testamento a menudo denomina vaso a los hombres escogidos y nacidos de nuevo (2 Ti 2:21).
- La sal. Es sabido que la sal purifica y conserva. Ella es figura de la verdad que debería estar en nosotros, que nos limpia y protege de la podredumbre (Mt 5:13; Mr 9:50; Col 4:6).
- La Palabra de Dios pronunciada y predicada.

Vida nueva y un crecimiento sano en la iglesia son cosas que no se pueden producir con nuevos métodos y condiciones óptimas. Para ello se necesitan personas nacidas de nuevo por el Espíritu de Dios y purificadas, que apliquen la Palabra de Dios con humildad, pero sin recortes y a las claras en lo que se refiere a las situaciones penosas actuales. Entonces se hará visible para todos que hoy también por la Palabra de Dios predicada fielmente el Espíritu de Dios es más fuerte que todas las corrientes post-modernas que están arruinando la vida en nuestras iglesias. Solamente de esta manera podremos oír nuevamente las voces alegres de niños en nuestras iglesias polvorientas, entumecidas y en vías de extinción, y eso nos traerá nueva esperanza y confianza.

Capítulo 5

¡Dios no puede ser burlado!

Después subió de allí a Bet-el; y subiendo por el camino, salieron unos muchachos de la ciudad, y se burlaban de él, diciendo: ¡Calvo, sube! ¡Calvo, sube! Y mirando él atrás, los vio, y los maldijo en el nombre del Señor. Y salieron dos osos del monte, y despedazaron de ellos a cuarenta y dos muchachos. De allí fue al monte Carmelo, y de allí volvió a Samaria. (2 Reyes 2:23-25)

Contrastes extraños

Acabamos de ver a Eliseo en Jericó, aquella ciudad que al principio estaba bajo la maldición de Dios. La esterilidad como resultado de esta maldición era un duro castigo, pero Eliseo reveló la gracia inmerecida de Dios al sanar el manantial mortífero, y con ello abrió la vía para nueva vida.

Ahora Eliseo estaba de camino a Bet-el – el lugar que recibió su nombre del patriarca Jacob. Éste había tenido un encuentro trascendente con Dios cuando huía de su hermano Esaú. Y este lugar, donde Dios se le había manifestado y había derramado bendiciones sobre él lo llamó Bet-el, «Casa de Dios».

Claro, de esto hacía ya siglos. Entre tanto, el rey impío Jeroboam había escogido precisamente este lugar para poner allí un becerro de oro para que fuese venerado como «Dios» (1 Reyes 12:28-29). Con ello había declarado la idolatría como religión oficial para Israel. Entonces el profeta Oseas se lamentó sobre ello y pronunció el juicio de Dios sobre esta ciudad degenerada dándole

el nombre de «Bet-avén» («Casa de ídolos» o «Casa de sacrilegio»), Oseas 4:15.

Es extraño que la ciudad Jericó que estaba bajo la maldición, se convirtió en un lugar de bendición, – mientras que Bet-él, el lugar de las bendiciones de Dios cayó bajo maldición y bajo el juicio de Dios. Eliseo el portador de la bendición de Dios, que hasta su muerte llamó la atención por obrar numerosos milagros basados en la gracia, vive aquí precisamente en Bet-el un primer y estremecedor «milagro de juicio». Ocurrió justamente lo contrario de lo que aconteció en Jericó. La visita a Bet-él termino con la muerte y el entierro de 42 muchachos en vez de ocurrir un avivamiento.

¿Una historia irritante?

La gran mayoría de los comentaristas evitan esta historia dramática, mientras que los teólogos críticos ven confirmados en ella sus dudas sobre la inspiración divina de la Biblia.

Es lógico que al principio nuestros sentimientos se rebelen al leer que 42 muchachos son despedazados por dos osos solamente por una travesura tonta y una burla atolondrada. Hay Biblias que traducen «niños», en lugar de «muchachos», pero la palabra hebrea denota «jóvenes», es decir personas entre 12 y 30 años, que sabían muy bien lo que hacían. Era una banda de rebeldes burlándose de un siervo de Dios. Quizá repitieran solamente las palabras que habían oído en casa o en el mercado.

Se trata aquí de una agresión intencionada que probablemente reflejaba la actitud negativa de los ciudadanos impíos de Bet-el.

¿Un espejo de nuestros tiempos?

En los versículos 13 al 23 pudimos observar tres grupos diferentes de hombres que fueron a Eliseo:

- Primero los «hijos de los profetas» que en presencia de Elías y Eliseo y bajo sus instrucciones habían acumulado muchos conocimientos teóricos y con toda seguridad se esforzaban sinceramente por agradar a Dios. No obstante, su comportamiento manifestó inmadurez, candidez y algo de arrogancia juvenil.

Vieron la longanimidad y paciencia del hombre de Dios.

- Luego hemos visto «los hombres de la ciudad» exponiendo sin rodeos ante Eliseo las preocupaciones de la población de Jericó, para luego obedecer al consejo y a las instrucciones de Eliseo. Con ello dieron a Dios la oportunidad de liberar la ciudad de la maldición y de la esterilidad. Vieron la gracia sobreabundante de Dios.

- Ahora hemos visto a los jóvenes de Bet-el que premeditadamente salieron al encuentro de Eliseo para frenarle, burlarse de él y demostrar públicamente su menosprecio y rechazo del profeta de Dios. Experimentan de forma estremecedora la santidad, el poder y la justicia de Dios.

En nuestros días hacemos experiencias semejantes. Gracias a Dios, llegamos a conocer a jóvenes hermanos que confiesan libremente que son del Señor, que tienen ánimo de trabajar y celo en las cosas espirituales, pero que a menudo quieren saberlo todo mejor, sobreestimándose a sí mismos y siendo poco aplicados y faltándoles humildad. A estos hermanos debemos soportarlos, corregirlos y acompañarlos con la porción necesaria de paciencia y amor.

Es asombroso y a la vez gratificante ver hoy a hombres hechos y derechos, con responsabilidad en las iglesias, que no cierran los ojos ante la triste situación de las iglesias, su mundanalidad

y falta de fruto. Ven con gran preocupación que algunas iglesias están en peligro de desaparecer y otras en peligro de sufrir una separación, o paralizadas por el cansancio y la indiferencia.

Estos hombres – y mujeres también – sufren por estas circunstancias, se reúnen perseverando en oración, exponiendo así delante del Señor sus preocupaciones y anhelos con una actitud humilde. Saben que ellos mismos no son sin culpa en lo que respecta a la condición de la iglesia y al igual que los hombres de Jericó verán la contestación de sus oraciones y recibirán la dirección del Señor.

Lamentablemente también hay en nuestros días un creciente número de gente joven y también gente mayor en las iglesias que menosprecian la Palabra de Dios y Sus preceptos o que la rechazan como anticuada. Se burlan del «Dios de las venganzas» en el Antiguo Testamento y se ríen de los que esperan la segunda venida de Jesús, que testifican que la Biblia es literalmente inspirada por Dios y que no van con la corriente.

Hamilton Smith comenta sobre este párrafo:

«En Bet-el, que en la historia de Israel fue honrado con el nombre «Casa de Dios» hallamos una banda de burlones. En este tiempo de la gracia ocurre lo mismo ... la característica más horrible de los últimos días será la aparición de burladores dentro de la confesión cristiana, dentro de la confesión que dice ser la casa de Dios. Para éstos es el juicio – un juicio que comienza en la casa de Dios (2 P 3:3; 1 P 4:17).

«Una generación cuyos dientes son espadas...» (Pr 30:14)

De camino a Bet-el, le salieron al encuentro a Eliseo este grupo de jóvenes que aparentemente se habían preparado bien para este encuentro. «¡Calvo, sube!...» repitieron a coro. No sabemos si el que le llamaran «calvo» era porque posiblemente lo era o porque

en aquellos días era una injuria para expresar desprecio y abominación. Pero es probable que estas palabras cínicas hirieran a Eliseo más que los pitos y abucheos con los que recibimos a personas indeseadas.

Al decirle «*sube*» puede que aludieran a la ascensión de Elías, de la que probablemente habrían oído. Con otras palabras le dijeron: «*¡Para ti no hay lugar en Bet-el!*»

Eliseo tuvo que vivir lo que siglos después vivió nuestro Señor: las personas que habían sido testigos de sus poderosos milagros, no obstante no podían soportar su presencia. Desplazado, perseguido, burlado y finalmente desechado, así terminó el Hijo de Dios su vida siendo crucificado, porque para él no había lugar en esta tierra: «*¡Fuera, fuera, crucifícale!*» (Jn 19:15). Nosotros, que confesamos seguir al Crucificado, ¿acaso esperamos que nos traten con más honra y respeto en este mundo?

El conocido periodista Markus Spieker comenta al respecto en su libro «*Dios hace feliz – y otras mentiras más*»:

«Es propio del trabajo del predicador y profeta que le pongan antes en la lista negra que en la lista de convidados a un banquete. Y si aparecieran en esa lista, eso debería darnos mucho que pensar... Por eso es prudente tener sanas dudas cuando altos personajes del campo cristiano son obsequiados con premios, recibiendo elogios y honores de la escena secular.»

Una última mirada ...

«Y mirando él atrás, los vio...»

¿Hubo en esta mirada de Eliseo una oportunidad para reflexionar y arrepentirse para estos jóvenes que se estaban burlando de él? ¿Tuvieron durante unos segundos la ocasión de pedir perdón por su comportamiento vergonzoso? No lo sabemos. Pero nos hace recordar la mirada de nuestro Señor Jesús cuando fue lle-

vado como prisionero a la casa del sumo sacerdote y vio en el patio a Pedro. Pedro estaba calentándose al fuego en medio de los soldados y enemigos de Jesús, después de haber negado tres veces a su Señor. También aquí leemos las mismas palabras conmovedoras: «*Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro...*» Y esa mirada de amor le recordó a Pedro las palabras de su Señor acerca de su propio terrible fracaso. Esa mirada le dio la fortaleza para abandonar al grupo de burladores y le dio el arrepentimiento para llorar amargamente por su pecado (Lc 22:61-62).

También Judas, el traidor, tuvo una última oportunidad para arrepentirse, cuando Jesús pocos segundos antes de su arresto le dijo: «*Amigo, ¿a qué has venido?*» (Mt 26:50). Pero Judas no se arrepintió y tampoco lo hicieron los burlones de Bet-el.

¡Dios no puede ser burlado!

Eliseo «*los maldijo en el nombre del Señor*», anunciándoles como profeta el juicio de Dios. Y Dios se puso del lado de Eliseo: Dos osos salieron del bosque y despedazaron a 42 de los jóvenes que se habían burlado de Eliseo. En este juicio estremecedor de Dios vemos un trágico ejemplo del aviso en Gá 6:7: «*No os engañéis; Dios no puede ser burlado*».

«*La severidad del castigo reflejó la magnitud del crimen. El juicio espantoso fue el aviso de Dios para todos los que trataran de estorbar el joven ministerio del profeta*» – así comenta John MacArthur esta escena en su Biblia de estudio.

Lamentablemente, parece que no hizo mucha mella en los habitantes de Israel este serio juicio divino. Otros profetas posteriores que trataron de llegar a los corazones y a las conciencias del pueblo en Judá y en el reino del norte para que se arrepintieran, tuvieron que sufrir burla, escarnio y marginación. Por eso Dios tuvo que juzgarlos:

«El Dios de sus padres envió constantemente palabra a ellos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su habitación. Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira del Señor contra su pueblo, y no hubo ya remedio» (2 Cr 36:15-16).

¿Reacciona Dios hoy también enviando un juicio inmediato tras ser burlado y blasfemado? La respuesta es que por lo general no, pero a veces sí.

En los países islámicos actualmente los misioneros y creyentes que no niegan su fe son decapitados, fusilados y quemados – sin que Dios intervenga visiblemente. En Europa los «nuevos ateos» escarnecen y blasfeman maliciosamente la Biblia y el cristianismo – y Dios calla. Hay muchos teólogos que niegan los milagros de la Biblia y se burlan del nacimiento virginal de Cristo y la resurrección corporal de Jesús – y no cae fuego del cielo.

Pero de vez en cuando Dios interviene visiblemente para todos enviando una señal de aviso, para dejar claro que habrá un juicio sobre toda impiedad. Veamos un ejemplo de ello: El pastor evangélico alemán Johannes Busch (hermano de Wilhelm Busch) perteneció a la iglesia confesante durante el período de los nazis. En los años desde 1933 hasta su llamada a las filas en la Segunda Guerra Mundial tuvo que sufrir toda clase de vejaciones por parte de los militares de la SS para hacer callar a este intrépido testigo del evangelio: registros, interrogatorios, la prohibición de hablar públicamente, perturbación de las reuniones etc.

Un día le arrestaron y fue llevado a la prisión de Bochum. Para él fueron días de tortura, porque en aquella sucia cárcel contrajo una infección muy dolorosa. Pero a pesar de todo, esos días precisamente se convirtieron en un tiempo especialmente rico.

Wilhelm Busch cuenta al respecto:

«Un día se abrió la puerta de hierro y uno de los guardas entró en la celda de Johannes Busch. Cuidadosamente cerró la puerta

detrás de sí, se sentó en la banquetta y le contó lo siguiente: «Anoche estábamos todos los guardias juntos en nuestro cuarto. No sé por qué motivo, pero comenzamos a hablar de Usted. Entonces uno de los nuestros empezó a blasfemar de tal forma que a los demás nos pareció muy exagerado. A las 10h este hombre terminó sus horas de servicio y en seguida se despidió de nosotros. A la salida hay tres escalones de piedra. Allí resbaló al pisar una cáscara de plátano y se dio con la parte trasera de cabeza en la piedra de tal forma que murió en el acto. En ese momento yo supe de cierto que era Dios quien había hablado. Ahora tengo miedo de Dios. ¿Qué debo hacer?»

Johannes Busch tuvo que contener las lágrimas. Ahora sabía por qué Dios le había llevado allí. Los pocos días de su encarcelamiento los aprovechó para llevar a Jesús a este hombre, porque Él es quien apacigua la ira de Dios y nos da la paz.»

Bonanza tras la tormenta...

Volvamos a Eliseo: Esta historia estremecedora concluye con una corta nota: «*De allí fue al monte Carmelo*».

Allí se había retirado también Elías tras el juicio sangriento sobre los profetas de Baal, para postrarse en tierra y poner su rostro entre las rodillas. Allí había rogado a Dios que bendijera al pueblo de Israel con una potente lluvia después de años de sequía (1 R 18:42; Stg 5:17). Allí en el silencio y en la presencia de Dios también el corazón agitado de Eliseo seguramente se calmaría.

Allí toma nuevas fuerzas para su próximo cometido donde no se trata de muchachos burladores, sino de reyes ciegos, descarriados y sin esperanza con sus soldados, que en medio del desierto se están enfrentando a la muerte por falta de agua.

Capítulo 6

El peligro de alianzas profanas

Mas Josafat dijo: ¿No hay aquí profeta del Señor, para que consultemos al Señor por medio de él? Y uno de los siervos del rey de Israel respondió y dijo: Aquí está Eliseo hijo de Safat, el que vertía agua en las manos de Elías. Y Josafat dijo: Este tendrá palabra del Señor. Y descendieron a él el rey de Israel, y Josafat, y el rey de Edom.

Entonces Eliseo dijo al rey de Israel: ¿Qué tengo yo contigo? Ve a los profetas de tu padre, y a los profetas de tu madre. Y el rey de Israel le respondió: No; porque el Señor ha reunido a estos tres reyes para entregarlos en manos de los moabitas. Y Eliseo dijo: Vive el Señor de los ejércitos, en cuya presencia estoy, que si no tuviese respeto al rostro de Josafat rey de Judá, no te mirara a ti, ni te viera. Mas ahora traedme un tañedor. Y mientras el tañedor tocaba, la mano del Señor vino sobre Eliseo, quien dijo: Así ha dicho el Señor: Haced en este valle muchos estanques. Porque el Señor ha dicho así: No veréis viento, ni veréis lluvia; pero este valle será lleno de agua, y beberéis vosotros, y vuestras bestias y vuestros ganados. Y esto es cosa ligera en los ojos del Señor; entregará también a los moabitas en vuestras manos. Y destruiréis toda ciudad fortificada y toda villa hermosa, y talaréis todo buen árbol, cegaréis todas las fuentes de aguas, y destruiréis con piedras toda tierra fértil. Aconteció, pues, que por la mañana, cuando se ofrece el sacrificio, he aquí vinieron aguas por el camino de Edom, y la tierra se llenó de aguas. (2 R 3:11-20)

Los antecedentes

Para poder comprender bien la forma de actuar de Eliseo en este suceso dramático y también de una tremenda actualidad para nosotros, tenemos que ver brevemente los precedentes políticos y las circunstancias reinantes en aquel entonces:

Josafat, el rey de Judá, temeroso de Dios, del reino sur de Israel, fue uno de los pocos reyes del pueblo de Dios que dejó una estela de bendición, a pesar de la trágica debilidad de su carácter, que hizo que se descarriara más de una vez.

La Biblia enfatiza expresamente que no actuaba *«según las obras de Israel»* (2 Cr 17:4). Es decir, tuvo el valor de ser impopular y de tomar decisiones en contra de la corriente. Aunque le acarrearía la fama de ser un conservador anticuado y solitario que no está al día y que aparentemente no parece satisfacer las necesidades de la mayoría. Evidentemente no se preocupaba de los sondeos ni tenía asesores ni analistas expertos que le aconsejaran debidamente. *«Se animó su corazón en los caminos del Señor»* (2 Cr 17:6). Animado por el apoyo de Dios quitó toda la idolatría de Israel. Todos los que en nuestros días tienen el valor de llamar la atención sobre algunos de los ídolos en moda, podrán atestiguar la fuerza espiritual que se necesita para destruir los ídolos favoritos del pueblo de Dios. Seguro que le costó bastante esfuerzo a Josafat.

La debilidad de Josafat

No obstante tenemos que mencionar una grave debilidad en la vida de Josafat, y muchos de nosotros la conoceremos por experiencia propia: es las ansias de vivir en armonía con todos y la propensión a formar alianzas.

Los pecados que resultan de nuestro carácter son a menudo

consecuencia de las debilidades no reconocidas en nuestro carácter o las debilidades a las cuales no prestamos atención. Estas debilidades en el carácter llaman la atención por su frecuencia, y cada detalle negativo que se nos narra sobre este rey ejemplar tiene que ver con esta debilidad en su carácter. Tres veces nos cuenta la Palabra de Dios que Josafat formó una alianza con los reyes infieles de Israel. Y Dios no pudo bendecir estas alianzas, por lo cual fueron en daño suyo y de su pueblo.

Primero emparentó con el impío Acab y a petición suya estuvo dispuesto a comenzar una campaña militar con él. Acab perdió su vida en ella, mientras que Josafat salió de ella bien librado y con una experiencia más en su vida.

Pero ¡no aprendemos de las experiencias hechas! Después de la muerte de Acab, en la historia que vamos a tratar se asoció con su hijo Joram, el cual le persuadió a enfrentarse contra los moabitas haciendo una coalición con el rey pagano de Edom, lo cual jamás podía contar con la bendición de Dios.

Esta campaña militar en común, que había comenzado con una euforia ciega y sin oración, muy pronto puso en grave peligro de muerte a los tres aliados y a sus ejércitos: En el desierto de Edom se les había acabado el agua y el ejército junto con los ganados que le seguían estaban a punto de morir de sed.

Cuando los líderes del pueblo de Dios se comportan mal y con una estrategia equivocada, eso siempre tiene consecuencias fatales para aquellos que los siguen. Dios no bendice ni los compromisos ni las uniones antibíblicas.

Al cabo de muy pocos días la euforia había desaparecido. El rey impío Joram, ya había perdido toda esperanza de salvación, mientras que Josafat busca la dirección de Dios en esta situación desesperada. Aunque lo hace tarde, no es demasiado tarde: *«¿No hay aquí profeta del Señor, para que consultemos al Señor por medio de él?»*

El distintivo de Eliseo

De pronto aparece Eliseo. Nada menos que un siervo del impío Joram sabía de su presencia allí y notificó a los reyes reunidos la noticia, junto con una breve descripción acertada del carácter del profeta: *«Aquí está Eliseo hijo de Safat, el que vertía agua en las manos de Elías.»*

¡Qué cosa!: No les quedaba agua alguna – los reyes, su ejército y el ganado estaban a punto de morir de sed – y de repente se acuerdan de Eliseo que tuvo que ver algo con agua y que por algún motivo estaba al alcance.

En esta situación de emergencia se percatan del humilde y sencillo servicio de Eliseo para el gran profeta Elías. Parece como si Dios quisiera recordar a los reyes de entonces y a nosotros hoy en día que la talla o grandeza espiritual siempre se reconoce en la humildad y la modestia. Y esto nos hace pensar en nuestro Señor Jesucristo que vertió agua en los *pies* de sus discípulos para darnos ejemplo para este humilde pero importante servicio los unos para con los otros (Jn 13:14).

Mientras que en Joram el nombre de Elías seguramente evocó cosas desagradables – pues su padre Acab había declarado al profeta Elías como enemigo número uno del estado – Josafat, por lo contrario, exclama espontáneamente y lleno de esperanza: *«La palabra del SEÑOR está con él.»*

Qué calificaciones tan magníficas obtiene Eliseo aquí de un simple súbdito de Joram y del rey de Judá. Y en nuestros días tan faltos de fuerza, orientación y espiritualidad ¡qué escasos y qué necesarios son los hombres de Dios de los que se pueda decir: *«La palabra del Señor está con él!»*

¿En el lugar equivocado?

La pregunta que surge es: ¿de dónde venía Eliseo? ¿qué pintaba allí en esa alianza profana? ¿No hubiese sido mejor que se hubiese quedado en el monte Carmelo, para orar por el pueblo de Dios, en lugar de seguirles al desierto de Edom?

Posiblemente podemos aprender aquí una importante lección para nuestro comportamiento en nuestra situación actual: según vemos en el texto, Eliseo de ninguna manera estaba de acuerdo con esta alianza ni con este plan. Pero permaneció cerca, al alcance para cuando le necesitaran. Se interesó por lo que ocurriría sin meterse en arreglos y compromisos. Mantuvo una distancia moral muy clara frente a los reyes y su estrategia. No obstante estaba en todo momento dispuesto a ayudar y decir una palabra de Dios cuando le necesitaran. ¡Qué ejemplo para nosotros en nuestro caminar tan lleno de peligros a ambos lados del sendero!

¡Un camino humillante!

Muy sedientos y probablemente a duras penas conservando su dignidad, los reyes con su escolta «descendieron» casi arrastrándose para encontrarse con Eliseo. Este sencillo hombre de Dios por lo que se ve no se sintió honrado por tan exquisita visita, sino que los recibió con palabras ásperas, que seguramente fueron como un jarro de agua fría para ellos. Con su breve sermón Eliseo despacha tajantemente al rey Joram, dejando claro que entre ellos no hay acuerdo posible. Con algo de ironía le aconseja buscar ayuda donde los falsos profetas de sus padres impíos; a lo cual éste contesta apocado con una excusa.

Entonces Eliseo habla más a las claras: por primera vez y con solemnidad, se presenta a sí mismo como alguien que está en la presencia del Señor de los ejércitos. Y por eso no se agacha

delante de un rey, sino que tiene el valor de decirle claramente que ni siquiera le miraría, si no fuera por el respeto que tenía del piadoso rey Josafat y su presencia allí.

Al rey de Edom parece que lo trata con desprecio, pues Eliseo lo trata como si no estuviera presente.

Esta escena y el breve intercambio tuvieron que haber sido más que vergonzoso y humillante para los reyes y sus guardaespaldas. Porque Josafat seguro que se dio cuenta que su relación con Joram estaba bajo el juicio de Eliseo y bajo el juicio de Dios, lo cual pudo deducir de las palabras terminantes dirigidas a Joram: «¿*Qué tengo yo contigo?*»

Por las pocas pero atinadas palabras de Eliseo y por su comportamiento inequívoco todos los presentes en poco tiempo se vieron en la luz de Dios.

El «tañedor»

Después de este tajante rechazo y reprensión inequívoca de Eliseo, tuvo que haber sido bastante desconcertante para los reyes y sus acompañantes que de pronto pidiera un «tañedor». La aparición de Eliseo fue totalmente embarazosa para ellos, ¿acaso quería por añadidura burlarse de ellos con esta orden?

No obstante, uno de los presentes sale corriendo a buscar un tañedor de entre los soldados. Éste aparecería con bastante nerviosismo y mil preguntas. Delante de toda la compañía que estaba en silencio tuvo que tocar con temor el arpa o la lira.

¿Qué pretendía Eliseo? ¿Era este el momento adecuado y el ambiente apropiado para tocar un poco de música? Lo que ahora necesitaban urgentemente era agua – pero no música ¡qué absurdo!

Evidentemente no fue muy difícil para Eliseo reprender públicamente a los reyes y denunciar su comportamiento peca-

minoso. Podemos imaginarnos bien la indignación de Eliseo y las cabezas caídas de los presentes. Pero la áspera reprensión solamente – por muy necesaria que fuera – no hubiese solucionado nada para el ejército y los ganados. Dios tenía que mostrar la salida y procurar la ayuda. Y para tranquilizarse interiormente, para oír la voz de Dios y recibir Su dirección, el profeta de Dios necesitaba de alguien que no figuraba en la cuenta de nadie: Un hombre, que por medio de su música podía apaciguar los ánimos acalorados.

Eliseo conocía sus limitaciones y necesitaba ahora la ayuda y la compenetración de un hombre con un don que quizás calificaríamos de inferior. Pero esto precisamente es lo que hace que Eliseo sea tan auténtico y ejemplar para nosotros: No disponía de una respuesta para todo. En esta situación reconoció su propia limitación sin intentar ocultarlo con devotas palabras. Los hombres que están en la presencia de Dios, al mismo tiempo tienen la capacidad de ser sinceros y humildes delante de las personas. Aquí hallamos pues una ilustración de lo dicho en el Nuevo Testamento: *Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios* (1 P 4:10).

¡El gran profeta necesita ahora la ayuda y el complemento de un «pequeño» tañedor! Y mientras que este hombre toca su instrumento, el ánimo de Eliseo se calma y se hace otra vez sensible para captar la voz de Dios.

Esta es exactamente la tarea de la música espiritual tocada y cantada para la gloria de Dios: no se toca para incitar o narcotizar, sino para calmar el alma o preparar y animar el corazón para poder recibir la Palabra de Dios.

Se cuenta que Lutero lo expresó así: «*Gracias a la música muchas veces fui vivificado y conmovido de manera que me entraron ganas de predicar.*» Y en su canción «Doña Música» incluso usó el texto bíblico que estamos tratando:

*«Ella es quien calma el corazón y lo prepara
para recibir la divina palabra y verdad.
De esto testificó Eliseo,
cuando su alma se abrió al Espíritu
por medio del arpa tocada.»*

(Sobre este tema podríamos escribir ahora cantidad de cosas, pero ya hay buenos libros y mensajes sobre este tema tan actual y controvertido.)

La promesa

Ahora Dios puede hablar por medio de Eliseo y dar un claro mandamiento y una extraordinaria promesa. Primeramente los soldados debían hacer zanjas o canales en el desierto. Mirándolo bien era un mandato incomprensible, pues no había nubes, ni indicio alguno que anunciara la lluvia – y debían cavar con el sol ardiendo implacablemente. Algunos de aquellos hombres seguramente se burlaron diciendo que estaban cavando sus propias tumbas. Pero ahí estaba la promesa de Dios: *«este valle será lleno de agua»*.

Dios quería bendecirlos dándoles agua: esa era la promesa. Pero cavar zanjas, tomar precauciones para que el agua prometida no desapareciera en la arena del desierto sin dejar provecho: esa era la responsabilidad del pueblo.

La aplicación espiritual para nuestra vida es obvia: Dios también quiere inundar nuestra vida árida de bendición. Pero nosotros tenemos que cavar zanjas en el valle, porque «el agua» siempre va al lugar más bajo. Sin humillación, sin estudio asiduo de la Biblia y sin oración, los torrentes de bendición prometidos por Dios pasarán de largo y se desvanecerán casi sin tocarnos. Los creyentes superficiales serán tocados sólo superficialmente.

La ofrenda

Precisamente a la hora cuando en Jerusalén se ofrecía el sacrificio de la mañana vino el agua y llenó las zanjas. La palabrita «he aquí» en el v. 20 llama la atención sobre este milagro. El agua fluye para bendición del pueblo de Dios y para perdición de los enemigos moabitas como vemos en el relato que sigue. Aprendemos pues que toda bendición espiritual viene únicamente por la cruz, por la entrega y el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo. *«Las aguas de vida empiezan a fluir donde se tiene en cuenta el sacrificio»* (cita de W. Busch).

Capítulo 7

La calamidad de una viuda

Una mujer, de las mujeres de los hijos de los profetas, clamó a Eliseo, diciendo: Tu siervo mi marido ha muerto; y tú sabes que tu siervo era temeroso del Señor; y ha venido el acreedor para tomarse dos hijos míos por siervos. Y Eliseo le dijo: ¿Qué te haré yo? Declárame qué tienes en casa. Y ella dijo: Tu sierva ninguna cosa tiene en casa, sino una vasija de aceite. Él le dijo: Ve y pide para ti vasijas prestadas de todos tus vecinos, vasijas vacías, no pocas. Entra luego, y enciértrate tú y tus hijos; y echa en todas las vasijas, y cuando una esté llena, ponla aparte. Y se fue la mujer, y cerró la puerta encerrándose ella y sus hijos; y ellos le traían las vasijas, y ella echaba del aceite. Cuando las vasijas estuvieron llenas, dijo a un hijo suyo: Tráeme aún otras vasijas. Y él dijo: No hay más vasijas. Entonces cesó el aceite. Vino ella luego, y lo contó al varón de Dios, el cual dijo: Ve y vende el aceite, y paga a tus acreedores; y tú y tus hijos vivid de lo que quede. (2 R 4:1-7)

La calamidad de una viuda

En el capítulo anterior estuvimos viendo una situación política con gran dramatismo. Tres reyes se habían unido en una alianza contra el rey de Moab, pero ya antes de comenzar la batalla en sí estuvieron en peligro de muerte. Siete días después de su despliegue en el desierto de Edom se les había acabado lo más vital: el agua, de modo que los soldados al igual que el ganado estaban sin poder más, esperando la muerte segura.

En su gran aflicción buscaron ayuda en el profeta Eliseo quien les dio instrucciones divinas después de un «sermón» que se las

traía. Así obtuvieron no sólo abundante agua para su ejército, sino que Dios les dio también una victoria fulminante sobre su enemigo.

Vemos, pues, que en el capítulo 3 de 2 Reyes se trataba de encuentros y altercados de Eliseo con reyes de alto rango, mientras que ahora en el capítulo siguiente hallamos primero dos historias notables en las que no son hombres los principales «actores», sino mujeres: una pobre viuda y una rica sunamita.

Aunque la viuda tenía dos hijos, había empobrecido totalmente (al parecer por culpa de su marido ya fallecido) y estaba a punto de perder sus dos hijos ya que el acreedor cruel y brutal iba a llevárselos para que fuesen sus siervos.

La sunamita, sin embargo estaba casada y en lo material no la faltaba nada. Ella tenía otro problema no menos doloroso: no tenía hijo. Es interesante observar que en ambos casos los hombres no se comportan muy bien que digamos. El marido fallecido de la viuda le había dejado un montón de deudas y el marido rico de la sunamita parecía interesarse más por sus negocios que por las preocupaciones de su mujer y la condición de su hijo. Aquí tenemos, pues, un vivo reflejo de nuestra sociedad actual, tanto la secular como la cristiana.

Un hombre de Dios afectuoso

Con este fondo oscuro, Eliseo se destaca positivamente como hombre de Dios. Ve, oye y siente las tribulaciones de estas mujeres agobiadas. Su trato con reyes no le ha hecho ciego para las preocupaciones cotidianas de sus prójimos.

Con esta actitud, Eliseo nos recuerda a nuestro gran Señor del cual leemos en el Salmo 147 que *«cuenta el número de las estrellas y a todas ellas llama por sus nombres. Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder;»* (v. 4-5). Pero antes leemos de este gran y

potente Dios que «*sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas*» (v.3).

¡Qué consuelo para cada uno de nosotros que este Dios creador de los millones de estrellas del universo aparentemente infinito capaz de dar nombre a cada una de ellas, conoce nuestras heridas y penas personales y se ocupa de ellas! De la misma manera como la viuda clamó y le contó a Eliseo su calamidad, nosotros también podemos abrir nuestro corazón y derramar nuestra ansiedad delante de Dios. Y qué bendición es cuando podemos ser un miembro de una iglesia donde en vez de esconder los problemas personales, podemos revelarlos confiadamente sin ser despreciados por ello.

¡Una vida sumida en deudas!

La situación de esta pobre viuda suscita algunas preguntas acerca de su marido fallecido, pues fue uno de aquellos «hijos de los profetas». Frente a Eliseo ella le llama «tu siervo». También da un notable testimonio de él al decir: «*tú sabes que tu siervo era temeroso del Señor.*» Se ve que ella le recuerda que su marido era conocido como «temeroso de Dios».

(Dicho sea de paso: la persona que mejor me conoce a mí, mi esposa, ¿puede decir ella lo mismo sin ruborizarse y, conociendo la omnisciencia de Dios?)

Pero ¿cómo es posible que un «hijo de profeta» deje a sus familiares una carga tan pesada, o sea una herencia negativa, habiendo vivido con temor de Dios? ¿Eso no encaja! ¿Fue por culpa de una enfermedad o de un accidente? ¿O fue un corazón dividido? ¿No es eso incompatible que en nosotros reine el temor de Dios y que al mismo tiempo dejemos esa herencia negativa?

- ¿Es posible temer a Dios y ser un adicto a la pornografía?
- ¿Pertener a la familia de Dios y vivir en un autoengaño?

- ¿Ser conocido como creyente y maltratar a su mujer?
- ¿Ser el responsable de una iglesia y abusar de menores?
- ¿Confesar ser de Jesucristo y ser un ladrón?

Esta lista de contradicciones podríamos ampliarla.

La Biblia muestra que esto efectivamente es posible. Pensemos en hombres como Abraham, Jacob, Judá, Sansón, David, Pedro etc.

Y lamentablemente, en nuestras iglesias las cosas no van mejor. No queremos poner aquí tristes ejemplos de estos hechos humillantes. Pero los que conocemos un poco nuestro propio corazón, sabemos que somos capaces de cometer todos estos terribles pecados, si no dejamos que la gracia de Dios nos guarde de ellos.

La verdad es que casi siempre son nuestros hijos los que más tienen que sufrir por los pecados de los padres. El acreedor de nuestra historia echa mano de los dos hijos para hacer de ellos esclavos después de la muerte de su padre endeudado. Esto muestra también algo sobre la triste situación del pueblo de Dios en aquellos tiempos. La ley divina decía que no se debían oprimir a las viudas y a los huérfanos (Éx 22:22-23; Lv 25:39-42 etc.) Parece ser que la gente había olvidado los preceptos de Dios, o bien los habían arrinconado o desechado conscientemente.

¿Qué herencia dejamos nosotros?

¿Es mi vida, mi ejemplo como padre, un estímulo para mis hijos, para que ellos también deseen llevar una vida de entrega al Señor Jesús?

Después de mi fallecimiento, ¿podrán recordar a un padre que «primeramente buscó el reino de Dios (Mt 6:33) y cuya fuerza fue un «gozo del Señor» contagioso (Neh 8:10)? ¿O acaso soy un ejemplo desalentador para mis hijos y una carga de por vida por

mi legalismo, mi mal humor, mi manía de criticar, por ser de poco crédito, avaro y egoísta?

Byron Forrest Yawn escribe lo siguiente en su nuevo libro que considero muy importante («What Every Man Wishes His Father Had Told Him» – [Lo que todo hombre desea que su padre le hubiera dicho]): «Los chicos necesitan al padre como el árbol necesita el tronco. He visto hombres fuertes y vigorosos con sus sesenta años que lloraban pensando en lo que su padre debería haber sido, o frente a las huellas imborrables que un padre tirano había dejado en sus vidas. Mucho en la vida de un hombre puede ser el resultado de lo que hizo bueno o malo o lo que no hizo un padre.»

La honra de los hijos son sus padres (Pr 17:6) – esto pudo escribirlo Salomón, porque su padre David fue un hombre «conforme al corazón de Dios», quién lo animaba con consejos y palabras conmovedoras a servir a Dios con corazón perfecto y ánimo voluntario (1 Cr 28:9, 20). David había juntado una enorme cantidad de tesoros para que su hijo pudiera edificar el templo de Jerusalén según el modelo que Dios le había dado (2 Cr 29:11,19).

Que Dios nos conceda a nosotros, los padres, ver con nuevos ojos nuestra misión tan importante y nos dé tener en nuestro corazón el deseo de marcar positivamente a nuestros hijos formando conscientemente su carácter por medio de la oración y nuestro ejemplo.

La autora y misionera Patricia St. John dio un precioso testimonio de su padre y también de su madre en la biografía emocionante «Harold St. John – A Portrait»:

«Seguramente fue la combinación de la doctrina sencilla y derecha de la madre con la vida espiritual del padre, lo que guardó a los hijos de la tendencia moderna de deshacerse de la fe al entrar en la adolescencia... Para los hijos de Harold St. John la fe era siempre una meta para un adulto tan bella como la puesta de sol dorada que el padre había alcanzado y que ellos también

iban a alcanzar viviendo en la gracia y siguiendo las pautas que su madre les había dibujado siempre como la ruta en un mapa.»

«Declárame qué tienes en casa.»

Después de contarle la viuda su necesidad, el profeta le hace una breve pregunta. No pregunta: «¿Qué te falta?» o «¿Qué necesitas?», sino que pregunta por aquello que tiene disponible. Con eso es con lo que Dios quiere obrar.

A menudo Dios comienza con lo poco disponible en el momento presente. Semejantemente Dios preguntó a Moisés cuando estaba bastante apocado: «¿Qué es eso que tienes en tu mano?» (Éx 4:2), para después hacer maravillas con esa vara precisamente. Antes de la alimentación de los 5000 el Señor preguntó a sus discípulos: «¿Cuántos panes tenéis?» (Mr 6:38), para después saciar a la multitud con esos pocos panes y peces. Seis tinajas de agua vacías usó el Señor para transformar el agua en vino en la boda de Caná.

«...solamente una vasija de aceite»

¡Qué pobreza! Sólo le quedaba una vasija con aceite para una unción, pero fue lo suficiente para ser una bendición para muchos por la gracia de Dios.

La aplicación para nosotros está bien a la vista: Cada hijo de Dios es también «una vasija» un «vaso», una morada o un «templo del Espíritu Santo» (1 Co 3:16; 6:19; Ef 2:22). Dios también nos ha dado una «unción» (1 Jn 2:20; 2 Co 1:21) y con ello nos ha equipado suficientemente para el servicio.

El hecho de no tener talento intelectual o de estudios insuficientes – falta de dinero – el ser demasiado joven o

demasiado mayor – todo eso no son razones para dejar de poner con alegría al servicio de Dios lo poco que tenemos. Guillermo Carey, Juan Newton, Georg Müller, Gladys Aylward, Wolfgang Dyck y muchos otros en la historia de la iglesia actual o antigua nunca se hubieran puesto en marcha obedeciendo a Dios, si hubiesen puesto su mirada en sus déficit.

«Ve y pide para ti vasijas, vasijas vacías...»

Pedir de los vecinos vasijas vacías – eso requiere fe y valentía. La duda podría haberle inculcado a la viuda que sería hacer el ridículo, despertando expectativas que luego terminarían en engaño. Y después tendría que devolver todas las vasijas vacías y sin usar.

Pero la viuda confió en las palabras de Eliseo y vivió una experiencia maravillosa. Las vasijas vacías y el echar el aceite con las puertas cerradas nos muestran unos principios espirituales importantes. Dios solamente podrá llenar vasijas vacías, necesitadas y libres de su propio yo. Hay que evitar cualquier influencia y distracción de fuera; y el obrar de Dios no debe ser semejante a un espectáculo público.

Finalmente debió invertir lo poco que ella poseía dentro de las vasijas «de fuera», y la experiencia que obtiene es que dar es ganancia. Ella es enriquecida dando lo que tiene. *«El alma generosa será prosperada; Y el que saciare, él también será saciado»* (Pr 11:25).

¡No limites a Dios con tu poca fe!

Lo que faltaba no era el aceite, sino las vasijas. Con asombro y agradecimiento la viuda y sus hijos vieron como toda vasija dis-

ponible fue llenada. Probablemente habían juntado a toda prisa todas las vasijas en la vecindad más próxima, y se hubiesen llenado más vasijas, sin limitación, si hubiesen ido más lejos y si hubiesen juntado más vasijas. Pero después de llenarse la última cesó el aceite.

«¡Espera cosas grandes de Dios y emprende cosas grandes para Dios!» Esa fue la experiencia de Guillermo Carey (1761–1834), que siendo un simple zapatero fue a la India siendo usado por Dios para ser uno de los traductores de la Biblia más fructífero y un fundador de iglesias cuyo ejemplo puso en marcha la misión mundial.

Georg Müller (1805–1898) vio en Inglaterra la miseria de los niños de la calle y de los niños huérfanos. Comenzó con una escuela dominical y pidió de Dios «vasijas vacías». Finalmente fundó el primer orfanato con la meta: «Quiero enseñar a la gente, que Dios es fiel y que podemos confiar en Él sin reservas... Si yo, siendo pobre, he podido reunir los medios para la construcción y el mantenimiento de un orfanato, únicamente por medio de la oración y la fe, sin pedir nunca nada a nadie, entonces esto podrá fortalecer la fe de los hijos de Dios...» Al final de su vida, Georg Müller había acogido y sustentado a 10.000 huérfanos con la ayuda de Dios. No limitó a Dios con una fe pequeña.

Esto debería animarnos enormemente y llevarnos a llenar las «vasijas vacías» a nuestro alrededor. Es una gran y bella tarea para las madres con sus hijos. Para los maestros en las escuelas. Para las familias, para llenar sus viviendas con los niños de afuera. Para hermanos y hermanas a que vayan «por los caminos y por los vallados» (Lc 14:23) a invitar a muchos a la «gran cena».

Suficiente para siempre

Cuando la viuda le cuenta a Eliseo su experiencia de fe – probablemente vencida por las emociones por la inmensurable bondad de Dios – Eliseo le da una breve pero clara instrucción acerca de lo que debe hacer con el aceite: *«Ve y vende el aceite, y paga a tus acreedores; y tú y tus hijos vivid de lo que quede»* (v.7).

Con otras palabras: Hay suficiente aceite tanto para arreglar el pasado, como para vivir de ello en el presente y futuro. ¡Qué ilustración más alentadora de lo que Pablo les dijo a los Corintios: *«Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra;»* (2 Co 9:8).

Alabamos tu gracia, oh Señor,
que conquistaste nuestro corazón,
nos limpiaste y fuiste nuestro Salvador,
para poder usarnos según tu don.

*Sólo vasijas, pero de bendición
para los sedientos alrededor,
permite que sea esta nuestra petición
amado Señor, con todo fervor*

Vacíos, para que tú nos llenes,
simples vasos, quienes
como sello llevan aquel:
«Enviado por Él»

Capítulo 8

Eliseo y la sunamita

«Aconteció también que un día pasaba Eliseo por Sunem; y había allí una mujer importante, que le invitaba insistentemente a que comiese; y cuando él pasaba por allí, venía a la casa de ella a comer. Y ella dijo a su marido: He aquí ahora, yo entiendo que éste que siempre pasa por nuestra casa, es varón santo de Dios. Yo te ruego que hagamos un pequeño aposento de paredes, y pongamos allí cama, mesa, silla y candelero, para que cuando él viniere a nosotros, se quede en él. Y aconteció que un día vino él por allí, y se quedó en aquel aposento, y allí durmió. Entonces dijo a Giezi su criado: Llama a esta sunamita. Y cuando la llamó, vino ella delante de él. Dijo él entonces a Giezi: Dile: He aquí tú has estado solícita por nosotros con todo este esmero; ¿qué quieres que haga por ti? ¿Necesitas que hable por ti al rey, o al general del ejército? Y ella respondió: Yo habito en medio de mi pueblo. Y él dijo: ¿Qué, pues, haremos por ella? Y Giezi respondió: He aquí que ella no tiene hijo, y su marido es viejo. Dijo entonces: Llámala. Y él la llamó, y ella se paró a la puerta. Y él le dijo: El año que viene, por este tiempo, abrazarás un hijo. Y ella dijo: No, señor mío, varón de Dios, no hagas burla de tu sierva. Mas la mujer concibió, y dio a luz un hijo el año siguiente, en el tiempo que Eliseo le había dicho» (2 R 4:8-17).

En el último capítulo reflexionamos sobre la calamidad de una pobre viuda y sus dos hijos. En la escena que sigue, la Palabra de Dios nos presenta a una mujer casada, bastante acomodada, sin problemas económicos, pero, contrastando con la «pobre viuda», estaba muy afligida, por no tener hijos, por no tener descendencia.

Además tenía otro problema: Mientras que la «pobre viuda» estuvo casada con un hombre que en vida fue un hombre temeroso de Dios y uno de los hijos de los profetas de Eliseo, aunque le había dejado esa carga pesada de las deudas, el hombre de la sunamita, por lo contrario, se ve que en su carácter espiritualmente era todo lo contrario de su mujer activa. Por lo poco que se nos cuenta en este capítulo tenemos esa impresión. Parece que fue aletargado, tradicional y poco sociable. No parece que fue un esposo amante o un padre cuidadoso. Parece que el éxito material le interesaba más que el bienestar de su familia y de sus prójimos. Es interesante observar cómo la Biblia en muchos lugares nos da lecciones espirituales por los contrastes narrados, mostrándonos deficiencias actuales en nuestras propias vidas.

Deseos no cumplidos

Es probable que la sunamita se hubiese imaginado muy diferente su matrimonio. El hecho de que no tuvo hijos, podría haber sido una razón para permitir envidia y amargura en su corazón o para nutrir sentimientos de depresión. Pero esta mujer no parece que permitió que esto fuera así. Todo lo contrario, es un ejemplo positivo, para aprender a cómo vivir con deseos no cumplidos: se ocupa de los problemas y las necesidades de los demás.

Una enfermedad, la pérdida del puesto de trabajo, estar soltero, no tener hijos y otras muchas circunstancias más pueden amargar o paralizar, si no vemos en ellas la mano de Dios. Las mismas deficiencias, sin embargo, pueden activar y motivar a ser una ayuda y una bendición para otras personas, si estas limitaciones las recibimos y aceptamos de la mano de Dios.

¡De cuánta bendición son hermanas solteras que invierten su tiempo libre, sus fuerzas, su amor y también sus pertenencias

para servir a otros, honrando y glorificando con ello a Dios mismo. ¡De cuánto valor y bendición es el servicio de las viudas, como por ejemplo lo fue Ana «*sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones*» (Lc 2:37).

Ana Carey, la hermana del misionero Guillermo Carey, estuvo 50 años en cama, de los cuales 30 no pudo ni hablar. Solo podía mover su brazo derecho, «*pero su cara resplandecía y ella era la alegría y milagro para todos los que la conocían.*» Su hermano dijo de ella que era «*el sumo sacerdote de la misión, ya que su intercesión subía a Dios constantemente como el incienso.*»

La sunamita adinerada no se hundió en la autocompasión, sino que aprovechó sus posibilidades practicando la hospitalidad y «obligando» a Eliseo a comer en su casa. Es interesante que relacionado con la hospitalidad la Biblia a menudo utiliza la palabra «obligar» o «forzar» (Lc 14:23; 24:29; Hch 16:15). Evidentemente se requiere cierta testarudez e insistencia para invitar y convidar a huéspedes en general. Y Eliseo fue un huésped agradecido y bien visto allí: «*y cuando él pasaba por allí, venía a la casa de ella a comer*» (v. 8).

Una iniciativa muy bendecida

Es también interesante observar que la amistad con Eliseo hizo que esta mujer lograra convencer a su marido para hacer un pequeño aposento en su casa y así ofrecer a este hombre de Dios la posibilidad de pasar la noche allí.

Ella le cuenta a su marido sus planes y al hacerlo muestra una cierta sabiduría acerca de cómo tratar con un marido pasivo. «*Hagamos...*» – así motiva a su marido aparentemente apático. Le hubiese enojado si, al contrario, le hubiese presentado la cosa ya terminada. Tampoco le crispó los nervios reprochándole o exigiéndole cosas.

Al decir: «*He aquí ahora, yo entiendo que éste es varón santo de Dios*» le hace ver los rasgos del carácter de Eliseo, de lo que él seguramente no se había apercibido. Su interés, al parecer, se concentraba en optimizar su agricultura.

Esta mujer actuó con sabiduría y de ella podemos aprender cómo ser una ayuda para un marido algo desinteresado espiritualmente, para hacerle ver la gloria y grandeza de nuestro Señor y Salvador.

Un «varón santo de Dios»

La sunamita no describe a Eliseo como un buen predicador o un excelente maestro o como un profeta ungido, sino expresamente como un «varón santo de Dios». ¿Qué había podido observar durante las comidas ocasionales, cuando Eliseo y su criado eran sus huéspedes? ¿Hacía largas oraciones con fervor fingido? ¿Daba algún mensaje o un profundo pensamiento después de la comida? ¿Reinaba un ambiente sagrado pero frío, en el cual uno apenas osaba sonarse la nariz?

Sólo podemos leer entre líneas, no sabemos de cierto como fue. Pero por la forma en que la Biblia describe a Eliseo en su conducta en público, reconocemos algo de la bondad de Dios y de su amor para con los hombres (Tit 3:4). Y estas características precisamente son las que deberían distinguir a los hombres y mujeres de Dios de nuestros días: bondad, buenos modales, amabilidad, agradecimiento, reserva a la hora de hablar, atención a la hora de escuchar, modestia, abnegación.

Siempre me acuerdo de la excelente cita de Heinrich Kemner: «*La santidad, que sea natural, y la naturalidad que sea santa.*»

La vida de Harold St. John (1876–1957) muestra muchos ejemplos alentadores de una «santa naturalidad»:

«*¿Puedo permitirme dirigirle a usted la palabra sin ser presentada*

a usted, viendo que ambos somos británicos en un país extranjero?» le preguntó cierto día una dama que residía en el mismo hotel.

«Cómo no, Señora», le respondió.

«Me gustaría preguntarle algo personal», dijo ella entonces, «¿puede revelarme el secreto de su serenidad? Llevo ya dos días observándole y veo que usted vive en otro mundo.» Esta pregunta originó una conversación al cabo de la cual la dama recibió al Señor Jesús como su Señor y Salvador.

¡Qué valiosos y atrayentes son en nuestros días los creyentes semejantes a este hombre de Dios, que por su forma de ser diferente, en sentido positivo, despertó un interés por nuestro Señor Jesucristo en personas ajenas al cristianismo! ¡Y qué pocos quedan ya de esta clase de creyentes!

El «pequeño aposento»

La preparación de este «pequeño aposento» nos muestra otro detalle de su fe sabia y práctica. A pesar de que ella era rica, lo amuebló de forma sencilla, para que se ajustara a un profeta: era «pequeño», «con paredes de ladrillos» (eso es como climatizado), y amueblado muy modestamente: cama, mesa, silla y candelero. Había allí todo lo que un profeta necesitaba: una ocasión para descansar y todo lo que se necesita para leer y escribir. Si hubiese puesto allí más cosas, hubiese sido un impedimento y una tentación para el hombre de Dios a hacerse perezoso.

Hamilton Smith escribe en su comentario: *«Le hospeda con arreglo a sus necesidades y a su gusto, sin pensar en ensalzarse a sí misma delante de él exponiendo allí su riqueza. En el pequeño aposento no había nada para satisfacer los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida (1 Jn 2:15-16); pero había allí todo lo necesario correspondiente a un extranjero celestial.»*

Adaptando esto a nuestro tiempo, habría que decir que amue-

blarlo de forma acogedora con una cómoda butaca, televisión, nevera y máquina de café, lo único que harían sería distraer a un obrero de Dios para quitarle de prepararse para sus importantes cometidos mediante la oración y el estudio de la Biblia en esa tranquilidad y soledad, tomando fuerzas. Más de un obrero se ha corrompido por el lujo excesivo y la prosperidad, quedando paralizada la fuerza para el ministerio.

Ojo, oído, boca ...

En los versículos que siguen aparece por primera vez Giezi, el criado de Eliseo, cuyo triste desarrollo consideraremos más adelante. En esta historia le encontramos en una unión bendecida con el profeta. Compartían la vida juntos y Giezi tenía la magnífica oportunidad de aprender del ejemplo y de las experiencias del hombre de Dios.

Lo primero que Giezi aprende en esta historia es la atención y la tierna sensibilidad y el agradecimiento de Eliseo con respecto a su anfitriona. Este «varón santo de Dios» no sólo tenía los ojos abiertos frente al cuidado y el esmero con el que la sunamita acogía a sus huéspedes, sino que fue capaz de expresar verbalmente su gratitud, lo cual es algo poco común, especialmente en los hombres: *«He aquí tú has estado solícita por nosotros con todo este esmero...»* Aquí reconocemos algo de la «santa naturalidad» de este profeta, que no estaba por encima de los demás pensando que estaba por debajo de su dignidad eso de expresar un sincero elogio. No vio como algo normal el trabajo que se tomó la sunamita, sino que la honra con estas calurosas palabras e intenta darle a ella una alegría.

Cuánto me cuesta a mí como marido no sólo el hecho de ver el servicio abnegado de mi mujer, sino también el expresar con palabras claras mi aprecio y agradecimiento. Bastan pocas pala-

bras sinceras y aprobatorias de parte de nosotros, los hombres – también frente a las hermanas de la iglesia – para tener un efecto enormemente alentador y estimulante.

La bendición de la comunión espiritual

Por aquel entonces Eliseo tenía buenas relaciones con la corte del rey. Allí le estaban agradecidos y seguramente hubiese podido conseguir algo en favor de la sunamita para obtener ventajas u otras posibilidades para ella. De ahí su oferta amable, por la que quizás también quería probar su actitud: «¿Necesitas que hable por ti al rey, o al general del ejército?» La breve respuesta tan llena de contenido tuvo que haber alegrado al profeta: «Yo habito en medio de mi pueblo.» No tenía deseos materiales, ni le daba importancia a las relaciones honradas con personajes prominentes. La comunión con el pueblo de Dios, el estar rodeado de aquellos que amaban al Señor y le servían – eso era todo lo que ella necesitaba. Ella quería dar, no quería sacar provecho para sí misma.

Esta actitud era justamente la de Eliseo. Dos personas con la misma forma de pensar – eso tuvo que ser de mucha alegría y muy alentador para Eliseo.

Pero esta respuesta es también asombrosa al reflexionar en la situación en la que se encontraba el pueblo de Dios entonces: hambrunas, idolatría, infertilidad, pobreza, líderes corruptos, poco temor de Dios – esto caracterizaba al pueblo de Dios en el tiempo de Eliseo.

Pensando en nuestra propia situación, podríamos poner muchas pegas y mostrar que buscar y cuidar la comunión con los hermanos no aprovecha para nada. Porque en todas partes hay huellas de mundanalidad, indiferencia, decadencia o incluso apostasía de los principios y fundamentos bíblicos. Son muchos los creyentes que están tan decepcionados de las iglesias evangé-

licas que prefieren no hacerse miembro de ninguna y reunirse mejor en sus cuatro paredes para escuchar por televisor a algún predicador. Otros van tirando escuchando «sermones-conservas» o sea CDs con mensajes pasados.

Gerhard Tersteegen escribió una vez una verdad muy notable: *«Los enfermos de Dios son mejores que los sanos del mundo»*. Con ello no quiso expresar que los creyentes siempre tienen que tener un carácter mejor que los no creyentes, lo que quiso era animar a no menospreciar o incluso despreciar la comunión con los «santos» algo raros, extraños o torcidos.

La presencia de Eliseo y de los hijos de los profetas en aquel entonces fue motivo y esperanza para quedarse en el país y ponerse del lado del pueblo de Dios. Y gracias a Dios en nuestros días también hay todavía la posibilidad de reunirse con creyentes que se juntan en el nombre del Señor y aman su Palabra (Mt 18:20) *«e invocan al Señor de puro corazón»* (2 Ti 2:22).

¿No era plenamente feliz?

Parece que después de la notable respuesta de la sunamita ella se despidió de Eliseo, porque vemos que los dos hombres se quedaron solos. Eliseo que quería gratificar a la sunamita de alguna manera y por eso con humildad le pide consejo a su criado Giezi: *«¿Qué, pues, haremos por ella?»* Aparentemente Giezi sabía de una aflicción oculta en la vida de esta mujer, pues le contesta a Eliseo: *«He aquí que ella no tiene hijo, y su marido es viejo.»*

Entonces Eliseo hace llamar a la mujer, que con modestia se queda delante de la puerta sin entrar y le da una promesa que seguramente desencadenó una tormenta en los sentimientos de la sunamita: *«El año que viene, por este tiempo, abrazarás un hijo.»*

Su respuesta espontánea e incrédula: *«No, señor mío, varón de Dios, no hagas burla de tu sierva»*, muestra que Eliseo había

tocado una herida en su vida: la esperanza no cumplida y probablemente enterrada de tener un hijo. Probablemente había desechado con los años este deseo de ser fértil o lo había entregado en manos de Dios. Y ahora precisamente, cuando ya no había esperanza, humanamente dicho, de ser madre, Eliseo hurga en esa herida secreta.

Dios cumple su promesa. Dios no cumple todos nuestros deseos, pero sí todas sus promesas. Esto lo vieron Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Raquel, Ana y otras muchas mujeres, aún cuando Dios dejó pasar a menudo años hasta cumplir su promesa.

«Mas la mujer concibió, y dio a luz un hijo el año siguiente, en el tiempo que Eliseo le había dicho».

Dios no despierta un anhelo por medio de su Espíritu, sin tener la intención de satisfacerlo al final. Esta convicción de Jakob Kroeker debería animar y alentar a todo lector que esté sufriendo por no tener una vida espiritual fructífera.

Capítulo 9

La fe puesta a prueba

Y el niño creció. Pero aconteció un día, que vino a su padre, que estaba con los segadores; y dijo a su padre: ¡Ay, mi cabeza, mi cabeza! Y el padre dijo a un criado: Llévalo a su madre. Y habiéndole él tomado y traído a su madre, estuvo sentado en sus rodillas hasta el mediodía, y murió. Ella entonces subió, y lo puso sobre la cama del varón de Dios, y cerrando la puerta, se salió. Llamando luego a su marido, le dijo: Te ruego que envíes conmigo a alguno de los criados y una de las asnas, para que yo vaya corriendo al varón de Dios, y regrese. El dijo: ¿Para qué vas a verle hoy? No es nueva luna, ni día de reposo. Y ella respondió: Paz. Después hizo enalbardar el asna, y dijo al criado: Guía y anda; y no me hagas detener en el camino, sino cuando yo te lo dijere.

Partió, pues, y vino al varón de Dios, al monte Carmelo. Y cuando el varón de Dios la vio de lejos, dijo a su criado Giezi: He aquí la sunamita. Te ruego que vayas ahora corriendo a recibirla, y le digas: ¿Te va bien a ti? ¿Le va bien a tu marido, y a tu hijo? Y ella dijo: Bien. Luego que llegó a donde estaba el varón de Dios en el monte, se asió de sus pies. Y se acercó Giezi para quitarla; pero el varón de Dios le dijo: Déjala, porque su alma está en amargura, y el Señor me ha encubierto el motivo, y no me lo ha revelado. Y ella dijo: ¿Pedí yo hijo a mi señor? ¿No dije yo que no te burlases de mí? Entonces dijo él a Giezi: Ciñe tus lomos, y toma mi báculo en tu mano, y ve; si alguno te encontrare, no lo saludes, y si alguno te saludare, no le respondas; y pondrás mi báculo sobre el rostro del niño. Y dijo la madre del niño: Vive el Señor, y vive tu alma, que no te dejaré. El entonces se levantó y la siguió. Y Giezi había ido delante de ellos, y había puesto el báculo sobre el rostro del niño; pero no tenía voz ni sentido,

y así se había vuelto para encontrar a Eliseo, y se lo declaró, diciendo: El niño no despierta. Y venido Eliseo a la casa, he aquí que el niño estaba muerto tendido sobre su cama (2 R 4:18-32).

Dios había cumplido el deseo abrigado en lo profundo del corazón de la sunamita y había hecho realidad su promesa pronunciada por Eliseo: «... y dio a luz un hijo el año siguiente, en el tiempo que Eliseo le había dicho» (v. 17).

De esto hacía ya un par de años, acerca de los cuales la Biblia guarda silencio. El niño había crecido, al menos hasta la edad en que podía ir al campo con su padre para ayudarle algo en la cosecha, o simplemente para verle trabajar.

De pronto le sobrevinieron fuertes dolores y fue corriendo a su padre gritando: «¡Ay, mi cabeza, mi cabeza!» Al padre tan ocupado no se le ocurre otra cosa, sino llamar al criado y mandarle llevar el niño a su madre. Con ello su fe es puesta a prueba duramente.

La manera de reaccionar del padre frente al problema de su hijo y el breve mandato que dio a su criado nos dan material para reflexionar un poco sobre el marido de la sunamita y también sobre nuestro deber como esposos y padres.

¿Una vida solamente para trabajar...?

Lo poco que nos dice el texto bíblico sobre este hombre es bastante triste. Se ve que era un hombre de pocas palabras, pues la comunicación con su mujer era muy escasa. Cuando ésta le pidió preparar un pequeño aposento para huéspedes, no vemos ninguna reacción en él. Y cuando su hijito acude a él con fuertes dolores no vemos gran interés ni cuidado en este hombre tan ocupado. Manda a su criado que lo lleve a su madre. Su respon-

sabilidad como padre la carga sobre su mujer. Que se ocupe ella del problema...

¿Le interesaba sólo las buenas ganancias y cómo aumentarlas?

¿Le había cegado el «engaño de las riquezas» para que no viera el valor incalculable de un matrimonio en armonía y una sana relación con su hijo?

Mientras la cabeza de su hijo ardía ¿su corazón pudo permanecer frío? No lo sabemos. Pero nosotros como padres debemos preguntarnos cómo manejamos las preguntas y los problemas de nuestros hijos e hijas cuando pidiendo socorro esperan que nuestro oído esté abierto para los problemas de su corazón y de su cabeza.

¿Tiene razón el autor del libro «El corazón de los padres», cuando hace el siguiente diagnóstico:

«Todo depende del corazón de los padres. Todo depende de una generación que ha fallado, que ha vivido sólo para sí mismo, sacrificando a menudo a sus hijos sobre el altar de su egoísmo y de la propia búsqueda de satisfacción y realización?» (Klaus Guntzschel).

Recuerdo bien algunos ejemplos de mi propia vida:

«Papá, hoy hemos estudiado en la clase de biología algo sobre el «caldo primitivo» y la hipótesis para la creación de la vida. ¿Puedes ayudarme para saber cómo reaccionar como cristiano frente a esto?»

«Nunca me he ocupado en ese tema – tengo que cortar el césped – pregúntale a Mamá».

«Papá, algo extraño está ocurriendo con mi cuerpo, hace varias semanas que me está preocupando. Me da un poco vergüenza, pero ¿podemos hablar de esto?»

«Ay, mira, ahora mismo no tengo tiempo... tengo que contestar unas cartas importantes – ve y mira en la enciclopedia de medicina... o pregunta a Mamá».

Preguntas y respuestas como estas habría muchísimas más. Las oportunidades perdidas y los momentos únicos que como padres

nos hemos perdido y donde hubiéramos podido ser una ayuda decisiva y un apoyo en importantes épocas de la vida de nuestros hijos y no lo fuimos, – esa espina probablemente no nos la podremos quitar jamás.

¡Qué daría yo por corregir las negligencias pasadas y las faltas de entonces!

En el recomendable libro de Byron Forrest Yawn: «Lo que todo hombre desea que su padre le hubiera dicho», escribe algunas observaciones que todo padre debería tomar muy en serio: *«Se nota cuando un padre tan solo soporta a su hijo. Nadie mejor que el niño lo sabe. Pero, por otra parte, no hay cosa que más enriquezca la vida de un niño como un padre que se preocupa. Cuando un padre escucha, cuando está pendiente de su hijo y se preocupa por su alma, entonces el mundo es un lugar seguro. No es natural que un padre no haga caso de su hijo. Eso es cruel. Es una manera sutil de abandonarlo. Los hijos se conforman con la menor miguita que caiga casualmente de la mesa del padre. Puesto que la mayoría de los hijos ven poco a su padre, se conforman con todo lo que reciban de él. Los padres pueden hacer las más mínimas cosas y con ello dar una inmensa alegría a sus hijos. El mero hecho de venir a casa después del trabajo, ya es un gran acontecimiento. Los padres no llegan a casa simplemente, sino que es como un barco que llega al puerto.»*

Creyente, ¿pero sólo los domingos?

Pocas horas después, el niño enfermo muere sobre las rodillas de su madre. Los temores, las dudas, el dolor indecible que supone tener que vivir tan de cerca la muerte del propio hijo – eso no lo ve el padre.

La madre lleva al niño al aposento de arriba, lo pone en la cama del hombre de Dios y cierra la puerta. Seguramente lo hizo

clamando a Dios y recordándole Su promesa. Confía su hijo a aquel que hace años se lo había prometido.

Después hizo llamar a su marido del campo y le pide que le enalbarde un asna y envíe un acompañante ya que tiene que llegar a Eliseo por el camino más rápido.

El marido, asombrado, le pregunta, por qué tiene tanta prisa, no siendo día religioso festivo. Ella esquiva la respuesta y sólo le contesta: «Paz» o «Está bien» (v.23). ¡Qué escena más trágica! No puede decirle a su marido su angustia y su tribulación. Tiene que cargar sola con todo ese dolor – probablemente porque no podía esperar ninguna ayuda ni socorro de él. Parece ser que su corazón nunca estuvo sensible para las experiencias espirituales de su mujer, de modo que ella queda sola con su pena. ¿Es posible que nuestras mujeres también hayan ya desistido llenas de resignación, porque vez tras vez no hemos sentido con ellas, ni nos hemos preocupado de sus anhelos y penas? ¿Dirán de nosotros:

«¡Es inútil! – ¡No puede ni quiere comprenderme!»

«No le interesan mis preocupaciones espirituales»

«Su trabajo, sus aficiones y sus pasatiempos en sus ratos de ocio significan más para él que su matrimonio y su familia.»

«El coche recibe más atención que yo.»

¡Cuánta desilusión, resignación y soledad resuenan en estas palabras «Paz» o «Está bien». Y nada estaba bien en ese momento...

«Luna nueva y día de reposo» – en esto consistía la piedad tradicional de este hombre. Más religiosidad le parecía cosa superflua. Hoy diríamos: El culto de los domingos y de vez en cuando la hoja del calendario de taco «La buena semilla» eso es suficiente.

El tiempo devocional delante del Señor, la oración fervorosa a favor de la familia, los amigos, vecinos etc. – eso es para mujeres, jubilados o los «creyentes a pleno tiempo». No es bueno exagerar...

El criado de Eliseo – ¿tan sólo un inútil?

Es extraño, pero bien sabido que los hombres en esta historia – todos menos Eliseo – quedan en mal lugar.

Pero comencemos primero con la mujer: Su anhelo es ir a la presencia de Eliseo. Manda al criado a que urgentemente dé espuela al asno y no se detenga hasta llegar al Carmelo donde está el hombre de Dios. Es interesante que la mujer sabía dónde se encontraba Eliseo. Parece ser que el Monte Carmelo era para Eliseo lo que siglos más tarde sería para nuestro Señor Jesucristo el Monte de los Olivos: un lugar para retirarse y estar a solas con Dios.

Eliseo reconoce a la mujer de lejos (v. 25) y manda a Giezi a que salga a su encuentro y le pregunte por su bienestar y el de su marido e hijo. La sunamita reacciona nuevamente de manera esquiva y responde meramente «Bien», de lo que podemos deducir que no le infundía mucha confianza el criado de Eliseo. Quizá veía en él algo como un impedimento que la estorbaría para encontrarse con Eliseo. ¡Es muy lamentable si nosotros, siendo también pequeños criados de nuestro gran Señor entorpecemos el camino y estorbamos a las almas que buscan encontrar al Señor, impidiendo que le vean a Él! Pero en el momento que se encuentra con Eliseo se echa a sus pies. Algo indignado Giezi intenta quitarla de allí. Exteriormente defiende la dignidad y los buenos modales, mientras su corazón ya está lleno de otras cosas, como veremos en el capítulo siguiente. (Es obvia la analogía con el comportamiento hipócrita e indignado de Judas frente a María).

Conocimientos y talento no son suficientes

Antes de reflexionar sobre Eliseo y el comportamiento de la sunamita, echemos otra mirada a Giezi: Mientras que la madre en primer lugar abraza los pies de Eliseo, el profeta envía a su criado con un claro mandato: ir lo más rápidamente posible al aposento en Sunem y poner su báculo sobre el rostro del niño. En ningún caso debía permitir que algo le estorbase en ese cometido (v. 19).

Después de que Giezi se pusiera en camino, Eliseo y la sunamita le siguieron con bastante distancia entre ellos. Su relación con Dios y con el profeta se revela extraordinariamente en su confesión: *Vive el Señor, y vive tu alma, que no te dejaré*. Estas palabras nos recuerdan a Jacob, quien también había pasado una noche difícil y decisiva para toda su vida. Él también se aferró al Señor y exclamó: *No te dejaré, si no me bendices* (Gn 32:26).

Después de varias horas de camino a pie Giezi humillado se vuelve para encontrarse con ellos. Había cumplido la orden de Eliseo, no se había detenido y había puesto sobre el rostro del niño el báculo de Eliseo (símbolo de la autoridad y dignidad del profeta). Pero había sido en vano. El niño permaneció muerto.

Aquí aprendemos una seria lección: Es posible vivir durante años en la comunión de un hombre de Dios, siendo testigo ocular de numerosos milagros divinos, es posible dominar el lenguaje religioso, tener la cabeza llena del dogmatismo de la Biblia e imitar sin problema el comportamiento de un profeta sin tener una relación genuina con Dios.

El evangelista alemán Wolfgang Dyck (1939–1970) solía decir: *«La solemnidad es el último vestido de Satanás.»* Así se puede decir que fue el comportamiento impecable y digno de Giezi, pero que al mismo tiempo era falto de espíritu y fuerza. Paul Humburg (1878–1945) lo comenta así: *«Ni el báculo, ni los aires de profeta, ni el comportarse como uno era lo principal. Tampoco*

el celo juvenil. Todo depende de la entrega genuina y total a Dios. Lo principal no es la forma, sino el poder del profeta.» Hans Dannenbaum dice al respecto: *«En el capítulo siguiente veremos como este hombre queda desenmascarado y deja ya la palabrería devota. Hermanos, hermanas, guardaros mucho de imitar el lenguaje de los profetas de Dios, si vuestro corazón está lejos de Dios... El lenguaje piadoso puede aprenderlo un papagayo.»*

Un contraste agradable

¡Qué diferente es la conducta de Eliseo! Su vida nos enseña que la madurez espiritual siempre va ligada a la sinceridad y a una valoración propia humilde. Cuando Giezi intenta quitar a la sunamita de los pies de Eliseo, pensando que ese comportamiento no era correcto, Eliseo se lo impide con las palabras: *«Déjala, porque su alma está en amargura, y el Señor me ha encubierto el motivo, y no me lo ha revelado.»*

¡Qué poco frecuentes son los hombres y mujeres que no tienen una respuesta para todo, que admiten modestamente su impotencia, su ignorancia y su dependencia de Dios. La conducta de Eliseo ilustra bien lo que Pablo escribió a los Corintios que, al parecer, tenían la tendencia de endiosar a ciertas personas: *«¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si no hubieras recibido?»* (1 Co 4:7). También la sunamita, con su actitud humilde, libre de toda amargura, muestra una disposición de corazón ejemplar en medio de esta dura prueba de su fe. Ella no le dice al profeta lo que tiene que hacer o lo que ella espera de él, sino que meramente le recuerda su promesa que le dio cuando aún no tenía hijo. Ella no había pedido un hijo, sino que Eliseo le había prometido uno. Ella había contestado a esta inesperada y sobrecogedora promesa con unas palabras muy serias: *«No, señor mío, varón de Dios, no hagas burla*

de tu sierva» (2 R 4:16). De la misma manera también nosotros podemos «*derramar nuestro corazón delante de Dios»* (Sal 62:8) en situaciones de gran angustia y duda, y echar nuestra ansiedad sobre Él, porque Él tiene cuidado de nosotros (1 P 5:7).

Capítulo 10

Cómo resucitar a los muertos

Y venido Eliseo a la casa, he aquí que el niño estaba muerto tendido sobre su cama. Entrando él entonces, cerró la puerta tras ambos, y oró al Señor. Después subió y se tendió sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos suyas; así se tendió sobre él, y el cuerpo del niño entró en calor. Volviéndose luego, se paseó por la casa a una y otra parte, y después subió, y se tendió sobre él nuevamente, y el niño estornudó siete veces, y abrió sus ojos. Entonces llamó él a Giezi, y le dijo: Llama a esta sunamita. Y él la llamó. Y entrando ella, él le dijo: Toma tu hijo. Y así que ella entró, se echó a sus pies, y se inclinó a tierra; y después tomó a su hijo, y salió. (2 Reyes 4:32-37)

Allí en dicho «pequeño aposento de paredes», sobre aquella cama, donde Eliseo solía descansar, estaba tendido el hijo muerto de la sunamita. Ella misma le había puesto allí y cerrado la puerta. Había abierto su corazón a Eliseo y le había dicho de su dolor indecible.

El mandato de Eliseo a Giezi no había originado vida. En esta situación Eliseo actuó de manera diferente que su padre espiritual Elías. Este también se encontró una vez ante el reto de resucitar al hijo de la viuda de Sarepta, dónde él era huésped. En esa situación Elías no recurrió a un criado ni al báculo del profeta, sino que subió inmediatamente al aposento donde él había puesto al muerto. Y allí oró la oración valiente y conmovedora que Dios contestó (1 R 17:20-21).

Después del intento fracasado y humillante de Giezi, Eliseo quizá se acordó de su gran ejemplo, porque vemos paralelos asombrosos en el proceder de ambos profetas:

- puertas cerradas
- oración insistente y sincera
- identificación
- una inquietud santa – en Elías menos que en Eliseo
- un aparente fracaso no les hace desistir – también aquí llama más la atención en Eliseo que en Elías
- perseverancia hasta ser contestada la oración definitivamente.

Estas dos asombrosas resurrecciones son una clara ilustración y un ejemplo para un milagro aún mayor en nuestros días: el milagro de despertar a la vida a personas espiritualmente muertas.

Una puerta cerrada

Los milagros genuinos casi siempre ocurren en secreto, hoy también esto es así. Eliseo no anuncia a un gran público con una «proclamación profética» que va a resucitar a un muerto; como «demostración del reino de Dios mediante señales y milagros». En las pasadas décadas ha ocurrido esto precisamente en ciertos círculos carismáticos, con el resultado de que los observadores incrédulos terminaron escarneciendo y burlándose. Después de su actuación fracasada los responsables a veces incluso se justificaban diciendo que Dios había efectuado un milagro aún mayor al tomar al muerto directamente al cielo para que estuviese con Él.

Oración sincera

Hoy no podemos efectuar señales y milagros como en los tiempos de los apóstoles. Y mucho menos podemos hacer el milagro del nuevo nacimiento con nuestras propias fuerzas o persuadiendo a la gente con trucos psicológicos. Porque el nuevo nacimiento es todo exclusivamente obra de Dios.

Por eso, la oración sincera y perseverante por los espiritualmente muertos es siempre también la confesión de nuestra propia impotencia y dependencia total de Dios.

Por otra parte, ha habido quien ha dicho que la «oración es el precursor de la gracia». Allí donde en la cámara secreta o en las reuniones de oración se ora insistentemente por las almas perdidas, Dios oye. Todos los misioneros pioneros fueron en primer lugar hombres de oración que pasaron más tiempo sobre sus rodillas que en el púlpito. Valga aquí como ejemplo el misionero David Brainerd (1718–1747) que trabajó entre los indios y Hudson Taylor (1832–1905) que fue misionero en la China. Ambos son ejemplos brillantes de esto.

Identificación activa

«Actividad sin oración es presunción. Oración sin actividad es hipocresía», así dijo C. H. Spurgeon en un sermón sobre estos versículos¹. La persona que esté orando seriamente y con insistencia por los perdidos, buscará y hallará un camino para entrar en contacto con ellos.

Wilhelm Busch en su comentario sobre Eliseo indicó que según la ley (Nm 19:11) Eliseo se contaminó o quedó inmundo al tocar a un muerto y más aún echándose sobre él. Pero precisa-

1 C. H. Spurgeon, Consejos para ganadores de almas.

mente esta identificación total y el contacto directo es la condición para poder despertar a la vida a «los muertos».

Nuestro Señor Jesucristo es un gran ejemplo de esto. Cuántas veces leemos en los evangelios, y especialmente en el evangelio del médico Lucas, cómo el Señor tocaba a los leprosos, ciegos, sordos, etc. antes de sanarlos.

El ejemplo más impactante de una identificación le vemos en Gólgota, donde el Hijo de Dios crucificado tomó sobre sí nuestros pecados y las consecuencias de ellos para sufrir el castigo en nuestro lugar.

«Aquí vemos una alusión maravillosa a Jesús. Él entró en nuestra muerte adánica acarreada por el pecado. Y así se convirtió en el salvador de la muerte» (W. Busch).

En el sermón ya mencionado, C. H. Spurgeon habló a los maestros de la escuela dominical haciendo aplicaciones prácticas para mostrar cómo puede ocurrir la identificación en nuestro servicio:

«Si usted quiere resucitar a este niño muerto, tiene que sentir usted mismo el frío y el terror de esta muerte... Tiene que sentir claramente la ira de Dios y el horror del juicio venidero, pues de otra manera le faltará la energía santa para su trabajo... Al poner su boca sobre la boca del niño y sus manos sobre las manos de él, debe esforzarse en adaptarse lo más posible a la naturaleza, las costumbres y el temperamento del niño. La boca de usted debe hallar las palabras del niño, para que el niño pueda comprender lo que usted quiere decir. Tiene que mirar las cosas con los ojos de un niño; su corazón tiene que sentir como un niño para que pueda ser un amigo y compañero para él. Usted tiene que observar detenidamente los pecados de la juventud, tiene que sentir el peso de las tentaciones de la juventud; tiene que entrar lo más posible en las alegrías y sufrimientos de los niños.»

Estos consejos del conocido ganador de almas los podemos aplicar también a la evangelización entre jóvenes, criminales,

ancianos, estudiantes o personas sin techo. Hudson Taylor nos ha mostrado lo importante que es en la misión conocer bien la lengua y la cultura de aquellos a quienes queremos llevar el evangelio. H. Taylor aprendió la lengua china siendo esta tan difícil. Se vestía y comía como un chino. También dejó crecer su cabello para hacerse una trenza tal y como era costumbre entre los chinos. Esto le acarreó las burlas de sus compatriotas y también de los otros misioneros.

Wolfgang Dyck (1930–1970) era un ladrón habitual y había pasado mucho tiempo en la cárcel antes de convertirse. Más tarde se dedicó a la evangelización en la calle, en discotecas y cárceles; y la gente le escuchaba, porque su vocabulario y sus ejemplos tomados del periódico o de la vida cotidiana eran auténticos. Conocía la forma de vivir y de pensar y los problemas de los oyentes por su propia experiencia y su trato con aquellas personas y por eso podía tratar con ellos a la altura de ellos, a su nivel.

En la magnífica biografía sobre su padre, Patricia St. John cuenta una experiencia que él tuvo como joven evangelista y es una acertada ilustración de lo que es la identificación en la evangelización:

«De joven yo iba regularmente a las chabolas y barriadas de Londres. Yo iba casi siempre los domingos por la tarde a las viviendas normales, vestido con mi levita o chaqueta elegante y mi sombrero de copa. Me ponía allí con mi Nuevo Testamento en la mano y predicaba y predicaba. Me asombraba muchísimo lo obstinada que estaba la gente. ¡Delante de ellos estaba un hombre con levita y sombrero, y no le prestaban atención alguna! Y entonces comprendí, por qué no querían escuchar. Conseguí un traje lo más viejo posible que pude prestar en alguna parte. En su bolsillo metí 4 peniques. Al anochecer fui con los alborotadores y vagabundos del barrio a un alojamiento donde debían dormir 200 o 300 hombres. Allí me senté donde ellos se sentaban, y las pulgas que les picaban a ellos también me picaban a mí y los mismos insectos que andaban por encima de ellos, me visi-

taban también a mí. En esa horrible sala pasé varias noches y escuché muchas penas y preocupaciones.

Una mañana a las 6, cuando todos recibían el desayuno me levanté y comencé a hablarles, y entonces noté que no tuve ninguna dificultad para captar su atención. Yo me había sentado donde ellos se sentaban, por lo general nueve horas de insomnio y comprendía perfectamente lo sucios que estaban y como la vida les trataba, y ahora estaban totalmente dispuestos a escuchar a un hombre que había compartido todo con ellos.

Porque el día más grande en la historia humana fue cuando a Dios le agradó acercarse a nosotros como nunca antes. Después de que Dios se había ocultado 4000 años en una nube y en profundas tinieblas, decidió en su corazón acercarse a nosotros. Porque no envió a su Hijo en primer lugar para predicarnos valores morales. Cuando nuestro Señor comenzó la obra de salvación, antes que nada durante 30 años no dijo ni una sola palabra en público. Durante treinta años se sentó donde se sentaban las personas y conoció entonces sus pensamientos y experiencias. Durante treinta años llegó a conocer el hambre, el cansancio, la pobreza, las preocupaciones y los problemas de una pequeña familia. Y después de haber hecho estas experiencias abrió su boca para predicar y desde entonces el mundo siempre le escuchó.»

En un sermón dirigido a los maestros de la escuela dominical C. H. Spurgeon llama la atención sobre un interesante detalle en el texto bíblico que casi siempre pasa desapercibido:

«El profeta se tendió (se extendió) sobre el niño. Lo normal hubiese sido que el texto dijera «se encogió», pues él era un hombre adulto y el otro era un niño. No, él se inclinó, se agachó. Y no olvide que no hay mayor inclinación que cuando un hombre se inclina hacia un niño. No es un necio aquel que puede hablar a los niños. La persona simple o simplona que piensa que su necesidad pudiera interesar a los niños o niñas se equivoca. Para enseñar a los pequeños son necesarios nuestros más diligentes estudios, nuestros más serios pensamientos y nuestras fuerzas más maduras.»

Una inquietud «santa»

Eliseo no se conformó con el hecho de que su cuerpo calentó el cuerpo del niño. No paró hasta que el muerto diera señales inconfundibles e inequívocas de vida.

En el trato con nuestros familiares, amigos y conocidos aún sin convertir es absolutamente importante y bueno proporcionar calor y derribar prejuicios. Deberíamos ser un ejemplo de gozo genuino en el Señor y en Su palabra para despertar interés y atención. Pero el entusiasmos, la conmoción, las emociones, lágrimas etc., aunque pueden ser indicios de un avivamiento, no significan forzosamente que ha habido un nuevo nacimiento.

Tal y como Eliseo no se conformó con elevar la temperatura del cuerpo, sino que bajó del aposento y *«se paseó por la casa a una y otra parte»*, nosotros también deberíamos tener cuidado y no hablar en seguida de «conversión» cuando aún no sean visibles los frutos inequívocos del nuevo nacimiento.

Perseverancia hasta ser definitivamente contestada la oración

Cuando Eliseo volvió a subir al aposento, se volvió a «inclinarse» nuevamente sobre el muerto, cuando oyó sus siete estornudos pudiendo ver los ojos abiertos del niño, entonces – y no antes – estaba seguro de que Dios había contestado su oración.

Estar tendido sobre el niño y escuchar los siete estornudos, seguramente que no fue algo estético, sino más bien un deleite auditivo algo húmedo. Pero a los oídos de Eliseo habría sonado más maravilloso que el «Aleluya» de Händel.

Los que evangelizan entre personas que no provienen de círculos cristianos y que no están acostumbrados al lenguaje de los creyentes – esos podrán narrarnos experiencias semejantes.

«¡Toma a tu hijo!»

Con estas palabras recibe Eliseo a la madre que había hecho venir. Vencida por la emoción a causa de la gracia y la misericordia de Dios cae a sus pies y «se inclinó a tierra» dando únicamente a Dios la gloria.

Así comenzó y concluyó la resurrección del muerto por medio de Eliseo, sin espectáculo y excluyendo al público. Pasaron siete años hasta que este milagro fuese narrado con entusiasmo al hijo impío de Acab, al rey Joram en Samaria, – y precisamente fue Giezi quien fue castigado con la lepra (2 R 8:4-5).

Capítulo 11

¡Hay muerte en la olla!

Eliseo volvió a Gilgal cuando había una grande hambre en la tierra. Y los hijos de los profetas estaban con él, por lo que dijo a su criado: Pon una olla grande, y haz potaje para los hijos de los profetas. Y salió uno al campo a recoger hierbas, y halló una como parra montés, y de ella llenó su falda de calabazas silvestres; y volvió, y las cortó en la olla del potaje, pues no sabía lo que era. Después sirvió para que comieran los hombres; pero sucedió que comiendo ellos de aquel guisado, gritaron diciendo: !!Varón de Dios, hay muerte en esa olla! Y no lo pudieron comer. El entonces dijo: Traed harina. Y la esparció en la olla, y dijo: Da de comer a la gente. Y no hubo más mal en la olla. Vino entonces un hombre de Baal-salisa, el cual trajo al varón de Dios panes de primicias, veinte panes de cebada, y trigo nuevo en su espiga. Y él dijo: Da a la gente para que coma. Y respondió su sirviente: ¿Cómo pondré esto delante de cien hombres? Pero él volvió a decir: Da a la gente para que coma, porque así ha dicho el Señor: Comerán, y sobraré. Entonces lo puso delante de ellos, y comieron, y les sobró, conforme a la palabra del Señor (2 R 4:38-44).

Hambre en el pueblo de Dios

En el capítulo 2:19-22 la muerte se vio en el hecho de haber malpartos originados por un manantial de agua envenenado. Eliseo echó sal en el agua mortífera y sanó.

En la última reflexión vimos la muerte y la resurrección del hijo de la sunamita por la oración de Eliseo (4:17-37).

La extraña historia que tenemos ahora delante de nosotros

ocurre en Gilgal («quitar»), un lugar con historia, donde después de pasar el Jordán se llevó a cabo la circuncisión de los hombres israelitas antes de la victoria sobre Jericó. En los primeros años del pueblo de Israel en Canaán bajo la dirección de Josué, Gilgal era algo como un lugar de retirada o un campamento para el ejército. Mirándolo tipológicamente, Gilgal representa el juicio sobre uno mismo. Así como los soldados de Josué reposaban a menudo en Gilgal después de las victorias sobre sus enemigos, así Eliseo fue a este lugar de reflexión y tranquilidad delante de Dios, después del gran milagro de la resurrección de un muerto. Aquí también hay una importante lección práctica para cada uno de nosotros, a quien Dios ha otorgado éxitos y victorias: Cada victoria en nuestra vida es siempre y únicamente la victoria de Dios. Aquí en Gilgal volvemos a encontrarnos otra vez con «los hijos de los profetas», que vimos la última vez en el capítulo 2. Desde entonces había irrumpido el hambre en Israel – lo cual es claramente un juicio de Dios por la apostasía y desobediencia del pueblo de Dios (Dt 28:22-23).

Sin evadir la aflicción

Qué bien que estos hombres no se fueron a Egipto como Abraham para escapar del hambre y sobrevivir (Gn 12:10). O como Elimelec que abandona Belén («casa de pan») con su familia para escapar del hambre e irse a Moab (Rt 1:2). De ambos sabemos que estas acciones de evasión sólo trajeron aún más problemas y vergüenza sobre sí y sus familias. «*Había una grande hambre en la tierra...*» – esto es lo que podríamos decir también sobre la situación espiritual actual en Alemania y Europa. Hay poco alimento espiritual en las iglesias – de ahí los muchos hermanos desnutridos y debilitados espiritualmente en muchos lugares. En lugar del alimento que satisface y edifica por medio de la Pala-

bra de Dios, se ofrecen cada vez más insignificancias filosóficas, experiencias místicas, ejercicios piadosos o también entretenimiento musical, shows y muchas cosas más. Pero apenas se busca o se ofrece la Palabra predicada con autoridad y poder. Por eso es muy alentador leer que los «hijos de los profetas» se quedaron en el país de la promesa, a pesar de que la situación era desesperante y sin recursos. Buscaron la comunión con Eliseo, el hombre de Dios y leemos que «estaban con él» – aparentemente tenían la esperanza de recibir de él lo que necesitaban para sobrevivir. Esto también es un fuerte consuelo para nuestros días: En todas las congregaciones y reuniones donde el Señor Jesús («nuestro Eliseo») esté en el centro y tenga la autoridad, habrá siempre alimento espiritual – por muy frugal que sea la situación exterior.

Una olla «grande»

Esta orden de Eliseo a su criado muestra algo de la confianza que el profeta tenía en su Dios. Veía las necesidades humanas de sus «hijos» y era lo suficientemente sobrio como para saber que con el estómago vacío no se puede escuchar atentamente. Y tiene fe suficiente como para creer que aún en tiempos de hambre Dios no está limitado. Manda poner la olla «grande» y cocinar un guisado – aún y cuando no había alimentos a mano. Aún en tiempos de gran sequía espiritual podemos esperar gran bendición de un gran Dios.

No leemos nada de la reacción del criado al recibir esa orden, pero leemos que un hijo de los profetas, sin mandato alguno por parte de Eliseo, salió al campo a buscar algunas hortalizas para poder saciar a los jóvenes.

Seguro que tenía buenas intenciones, quizá sentía la responsabilidad y tenía compasión para sus hermanos hambrientos. Siendo un hombre de acción no podía permanecer pasivo y

toma la iniciativa. Pero nadie se lo había mandado y evidentemente no tenía mucho conocimiento en la materia, pues encontró una parra montesa con calabazas «silvestres», que le parecieron comestibles, a pesar de que ni él ni sus amigos las conocían.

Sin mandato y sin idea, pero con presunción. Y así viene con un montón de hortalizas indefinibles y con alegre expectativa las corta y echa en la olla. Así se las sirve sin control alguno a los jóvenes tan hambrientos.

¡Es imprescindible no callarse!

Con hambre y buena fe, estos hombres se ponen a comer, pero en seguida se dan cuenta de que este potaje no solo era incomible, sino también peligroso. No sabemos si esta verdura parecida al pepino causaba dolor de estómago o diarrea, pero el juicio era inequívoco y unánime: «¡Hay muerte en la olla!»

Una y otra vez vemos en la vida y en el ministerio de Eliseo que había gritería en su presencia. Se ve que en su presencia era posible mostrar los propios sentimientos y decir sin rodeos y sinceramente las propias angustias. Eliseo no era un hombre callado y frío. En su presencia agradable, y aún en esta situación nadie se atrevía a mandar ásperamente: «¡Se come lo que está en la mesa! ¡Nada de critiquesos! – No, aquí efectivamente no se trataba de cuestiones de gusto y opiniones diferentes, no, aquí había muerte en la olla – y ante este hecho no se debía callar, y era la obligación de todos decirlo.

Qué bendición sería si en nuestras iglesias y reuniones reinara semejante libertad marcada por esa conciencia de responsabilidad en disciplina. Donde se pudiera hablar de las propias preocupaciones y alegrías, es decir, donde se pudiera abrir el corazón. Pero donde también se pudiera protestar nítidamente cuando por ejemplo un teólogo o predicador no enviado por Dios dijera algo

en la iglesia que fuera claramente liberal, místico, o en contra de la Biblia, siendo malsano e incomedible para los oyentes. ¡Qué gritería se formaría entonces en muchas iglesias si esto ocurriera!

El grito de socorro

Otra cosa podemos aprender de los hijos de los profetas: No gritaron para llamar la atención sobre sí mismos o simplemente por causar sensación. Su clamor va dirigido a la persona adecuada: «¡*Varón de Dios*, hay muerte en esa olla!»

Las protestas públicas a veces pueden ser convenientes y necesarias, para llamar la atención sobre desarrollos amenazantes y cosas que van mal en asuntos políticos, éticos o teológicos. «¡*No hemos gritado, como deberíamos haberlo hecho!*» confesó el conocido pastor Wilhelm Busch recordando la época de Hitler en Alemania, a pesar de que él fue uno de los pocos que por su testimonio valiente puso en riesgo su vida.

Pero más importante aún es alzar nuestra voz personalmente o como iglesia dirigiéndonos a Dios en oración con todas nuestras preocupaciones y problemas.

El remedio

En Jericó se necesitó de la sal para purificar el manantial mortífero. Pero en esta situación de emergencia, Eliseo mandó que trajeran harina para echarla en la olla a fin de que neutralizara el veneno dañino.

En el lenguaje simbólico del Antiguo Testamento la harina o flor de harina era a menudo una imagen de la pureza y ausencia de pecado en nuestro Señor Jesucristo. Muchos comentaristas lo enfocan así:

Wilhelm Busch:

«En la harina podemos ver un indicio del Señor Jesús, pues él mismo se compara con el grano de trigo y con el pan. La harina transforma lo venenoso en comestible. Allá donde llega el Señor lo insostenible se transforma en bueno... Los períodos que pasé en las cárceles nazis fueron terribles. Pero Jesús las convirtió en las semanas más bendecidas de mi vida. Él mismo fue la harina echada allí que quitó la «muerte» de la «olla».»

Hamilton Smith:

«¿No habla esta harina de Cristo? Los pensamientos de la naturaleza y la filosofía del hombre, los elementos del mundo, la religión de la carne – todo ello son cosas con las que el hombre pretende añadir algo a la provisión de Dios para con su pueblo. Y todas estas cosas son desenmascaradas e infamadas cuando Cristo es presentado a las almas.»

Dios nos conceda que en tiempos de sequía espiritual contemplemos el ejemplo de nuestro Señor para nuestra edificación propia y para alentar también a nuestros hermanos al mostrarles las virtudes del Señor.

En la vida de Elías (1 R 17:11-17) bastó «un puñado de harina en la olla» para mantener en vida a la viuda de Sarepta, a su hijo y a Eliseo durante una hambruna muy dura y larga.

El hombre de Baal-Salisa

Es interesante que justo después de esto se nos narra esta historia de la multiplicación de los panes. Al leerlo casi nos da la impresión de que este hombre temeroso de Dios ya se había puesto en camino, cuando los hijos de los profetas todavía estaban peleando con los problemas de la «muerte en la olla». No sabemos el nombre de este hombre que seguramente vivía en un entorno impío entregado a Baal.

Es muy notable que este Israelita piadoso no vivía en el reino del sur, en Judá, donde los sacrificios y las primicias eran llevados al templo a Jerusalén. Pero no obstante conocía bien las ordenanzas de Dios y aún en medio de la hambruna cumplió lo que Dios pedía. Ya que no podía llevar esa ofrenda de las primicias al templo, se las llevó al hombre de Dios. No sólo veinte panes de cebada, sino además un saco con trigo nuevo en su espiga, lo cual normalmente estaba destinado para ser sembrado y con lo cual hubiera podido asegurar su sustento en estos tiempos de crisis.

¿Acaso conocía el sabio consejo de Salomón?:

«Honra al Señor con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos; Y serán llenos tus graneros con abundancia, y tus lagares rebotarán de mosto» (Pr 3:9-10).

Lo cierto es que este hombre me causa vergüenza de mí mismo, porque seguramente conocía muy pocas partes del Antiguo Testamento, pero las que conocía las cumplió con un amor y una entrega abnegada. Practicó lo que siglos más tarde diría nuestro Señor Jesús: «Más bienaventurado es dar que recibir». En esa época de hambre, él da lo mejor al Señor. Seguramente con ello animó mucho a Eliseo, quien vio en este don la provisión de su Dios.

Pero Eliseo mostró en esta situación la misma actitud abnegada. Él no guardo lleno de gozo esos panes inesperados ni el saco de grano como don personal para él, sino que da este don a su criado para que sacie con ello a los hijos de los profetas: *«Da a la gente para que coma».*

Este bello rasgo del carácter de Eliseo le vemos brillar una y otra vez. Ya comenzó su ministerio matando su yunta de bueyes, para dar de comer a sus colaboradores. Luego se marchó para seguir a Elías y servirle sin tener una seguridad material (1 R 19:21).

Del misionero pionero de la China, Hudson Taylor, es el siguiente hermoso testimonio:

«Cuanto menos gastaba para mí mismo y cuanto más invertía para los demás, más feliz era yo y más bendición llenaba mi corazón».

Bendición sobreabundante

Estos veinte panes eran panes planos, no como los que conocemos nosotros y por supuesto que no eran suficientes para saciar a 100 jóvenes con gran hambre.

Se comprende, pues, la pregunta incrédula del criado de Eliseo: *«¿Cómo pondré esto delante de cien hombres?»* Y esto nos hace recordar la reacción de los discípulos de Jesús cuando estaba a punto de alimentar a los cinco mil con sólo cinco panes de cebada y dos peces (Mt 14:16-21).

A la objeción del criado, Eliseo contestó con el mandato: *«Da a la gente para que coma»*, y nuestro Señor mandó a sus discípulos: *«¡Dadles vosotros de comer!»*. Ambas historias terminan con la experiencia maravillosa que *«comieron... y les sobró»*.

Dios puede multiplicar lo poco que le entregamos en gratitud y obediencia para bendecir a muchos con ello.

«Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza. El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado.»

Capítulo 12

La zambullida del general

Cuando Eliseo el varón de Dios oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestidos, envió a decir al rey: ¿Por qué has rasgado tus vestidos? Venga ahora a mí, y sabrá que hay profeta en Israel. Y vino Naamán con sus caballos y con su carro, y se paró a las puertas de la casa de Eliseo. Entonces Eliseo le envió un mensajero, diciendo: Ve y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se te restaurará, y serás limpio. Y Naamán se fue enojado, diciendo: He aquí yo decía para mí: Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre del Señor su Dios, y alzará su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra. Abana y Farfar, ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? Si me lavare en ellos, ¿no seré también limpio? Y se volvió, y se fue enojado. Mas sus criados se le acercaron y le hablaron diciendo: Padre mío, si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio? El entonces descendió, y se zambulló siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del varón de Dios; y su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio (2 R 5:8-14).

Este capítulo tan dramático como interesante ha sido desde siempre un tema favorito para la predicación y al mismo tiempo una de las historias del Antiguo Testamento más usadas para el mensaje evangelístico. Efectivamente, podríamos dar una serie de conferencias solamente sobre las cinco personas principales en este drama y es para asombrarse que, al parecer, hasta ahora ningún director de cine haya tenido la idea de hacer una película sobre este tema tan emocionante.

En nuestra meditación, sin embargo, no podemos entrar en todos los detalles de este texto. Por eso sólo quiero hacer una breve mención de los antecedentes tan interesantes de esta historia, para luego centrarme en Eliseo y su sabiduría espiritual al tratar con personas de tan distintas categorías como se ven en este capítulo. Su ejemplo es también útil para nosotros y digno de imitar.

Un pobre rico héroe sirio

Este hombre valeroso del ejército sirio tenía todo aquello de lo que hoy sueña la mayoría de las personas: éxito, honra, poder y dinero. Si hubiese vivido en nuestros días, probablemente sería el ídolo de muchos jóvenes y su foto estaría colgada en muchas paredes. Cuando este eminente héroe condecorado con grandes galardones se paseaba por las calles con su séquito, ninguno de sus admiradores sospechaba que este hombre era en realidad un miserable desolado. Llevaba consigo un secreto que turbaba todo su brillo exterior y le sumía en la desesperación: ¡era leproso! Evidentemente la lepra aún estaba en su fase inicial, de modo que aún no tenía que ser aislado. Pero su estado no se podía ocultar en su entorno inmediato. Seguramente sus médicos íntimos ya se habrían dado cuenta de ello. *«Entre bastidores, las cosas se ven diferentes que en el escenario»* – así podríamos describir la miseria de muchos famosos y de la mayor parte de las personas que viven sin Dios.

Una rica pobre sierva

En algún momento esta joven había sido llevada cautiva por los soldados sirios durante sus incursiones en Israel, y finalmente

había llegado como esclava y botín de guerra a la casa pagana del general Naamán. Probablemente abrumada por las experiencias traumáticas, pero, no obstante, sin amargura y bendecida con una compasión entrañable, tanta que quizá suspirando, tiene un mensaje de salvación para él: «*Si rogase mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra*». ¡Qué fiel, ejemplar y digna de crédito tuvo que haber sido esta muchacha en su servicio en la casa de estos paganos! No fue una predicación, sino unas sencillas y pocas palabras dichas con compasión, las que hicieron que este general se pusiera en marcha después de consultar con su rey. Con el monedero bien lleno moviliza a sus soldados y emprende el viaje a Samaria para ver al profeta Eliseo.

Un desvalido poderoso rey

La caravana de Naamán, bien preparada se dirigió a la casa del rey Joram en Samaria en cuyas cercanías él sospechaba encontrar a dicho profeta. Según las costumbres diplomáticas le presenta al rey la carta de recomendación de su señor. Éste la lee con sumo asombro y se pone pálido. En su impotencia rasga sus ropas reales, sospechando una estratagema de los sirios que siempre buscaban alguna razón para comenzar una guerra con Israel.

Joram no tenía buenos recuerdos de Eliseo, lo cual se puede deducir claramente de 2 R 3:13. Su orgullo no permitió que en esta precaria situación solicitara el consejo y la ayuda de ese odiado hombre de Dios que en aquella situación le puso de vuelta y media. ¿De qué sirven ropajes reales, si decoran a un hombre cuyo carácter era todo lo contrario de «real» y que en aquella escena dio un triste espectáculo? Su trono se tambaleaba y eso era más preocupante que la lepra de un general pagano.

Un hombre sin corona – pero de la realeza

En ese momento preciso apareció un mensajero cuyo porte y mensaje seguramente no encajaba en los usos de la casa real. Enviado por el profeta Eliseo, quien no se presenta allí para saludar al poderoso general, sino para dar al rey Joram un buen escarmiento: «¿Por qué has rasgado tus vestidos? Venga ahora a mí...» Nuevamente voy a citar aquí a Hans Dannenbaum: «*Los verdaderos profetas no enmudecen ante reyes y tampoco se encorvan ante generales*».

En marcha con grandes expectativas

Naamán seguro que presenció esa escena incómoda con sentimientos de inseguridad y precaución. Pero percibió el nombre del profeta y vio que de nuevo podía ponerse en marcha. Prevenido con 350 kg de plata, 70 kg de oro y 10 costosos ropajes, acompañado además de un impresionante séquito de soldados, interiormente se prepararía para el anhelado encuentro con el profeta. Ya había oído algunas cosas de él y pronto le vería personalmente.

Educado en el marco de ritos paganos y ceremonias misteriosas, durante el viaje seguramente imaginó como el varón de Dios, vestido solemnemente y envuelto en nubes de incienso, murmuraría palabras desconocidas y pondría sus manos mágicas sobre la lepra al sonido de unas campanillas y finalmente le sanaría bajo las aclamaciones de los presentes. Una oleada de sentimientos religiosos inundaría su cuerpo y le sanaría...

Probablemente se sobresaltaría de su ensueño cuando la caravana se paró de repente porque el mensajero de Eliseo había salido de la sencilla choza del profeta para darle un breve mensaje desilusionador de parte del profeta. Seguramente sacó a Naamán

de todos sus sueños religiosos: «*Vé y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se te restaurará, y serás limpio*».

No hubo una salutación personal, ni un recibimiento digno, ni una ceremonia embriagadora para los sentidos. Nadie hizo una reverencia ante el general condecorado y tampoco hubo intercambio de medallas y regalos. Sólo un mensajero enviado con la orden poco sensible de sumergirse siete veces en el ridículo río Jordán y lavarse. ¡Esto era demasiado! Lleno de rabia, de inmediato dio la orden de volver atrás, añadiendo palabras de desprecio sobre «las aguas de Israel». La Biblia nos dice que «*se volvió, y se fue enojado*». Esta escena emotiva es una perfecta ilustración de lo que Pablo escribió a los corintios: «*pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura*» (1 Co 1:23).

La persona religiosa está dispuesta a pagar una fortuna para su salvación, a sufrir torturas corporales y hacer penitencias de toda clase, pero el mandato sencillo y claro de creer en el Señor Jesucristo crucificado, eso es un mensaje sumamente indignante y escandaloso. Pero eso no quita que todo aquel que quiera ser librado de la lepra de su pecado tenga que inclinarse ante el crucificado. Aún no ha entrado nadie por «la puerta estrecha» montado a caballo – como Naamán en esta escena.

Un vuelco inesperado

Mientras que el general lleno de rabia da la orden de regresar, sus criados, al parecer, se quedaron muy pensativos. Casi podemos leer entre líneas como hablaban entre ellos hasta llegar a una convicción y una decisión que no hubiéramos esperado de ellos.

Con humildad, pero no obstante, con osadía se presentan delante de su comandante haciéndole una pregunta bien premeditada e inteligente: «*si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no*

la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio?» Sólo había una respuesta a esa pregunta. Es asombroso que los siervos se dirigieran a él llamándole «Padre mío». ¿Qué comandante de tan alto rango ha sido jamás llamado así por sus subordinados?

Wilhelm Busch anota al respecto: «*¿Qué escena más deliciosa! Es tanto una recomendación para los siervos como para el mismo Naamán ... Qué relación más buena tuvo que haber tenido este general con sus subordinados para que se atrevieran a llamarle «Padre!»*»

Esto nos hace pensar en lo que dijo Salomón en Pr 25:15: «*Con larga paciencia se aplaca el príncipe, y la lengua blanda quebranta los huesos*».

Aquí vemos como unas lenguas blandas han quebrantado un duro hueso, y al final, el general cambia de opinión gracias a la pregunta y argumentación sabia y amante de sus siervos.

En el «valle de la humillación»

En su libro «*Humility: A Forgotten Virtue*» («Humildad, una virtud olvidada») Wayne A. Mack escribe: «El valle de la humildad equivale a todas las experiencias humillantes que Dios permite que ocurran en nuestra vida para aniquilar el pecado del orgullo y para ayudarnos a desarrollar la humildad divina. Su sirviente le había testificado a su mujer y ella se lo había dicho a él. Eliseo le había dado una instrucción breve, clara y humillante a través de un mensajero, junto con la promesa inequívoca: «*y serás limpio*». Finalmente sus subordinados le habían animado amablemente a obedecer las palabras del profeta.

«*Entonces descendió*» – primero descendió del caballo de su orgullo y después a la orilla del Jordán, donde se quitó todas las señales exteriores de su dignidad y estima propia. Allí en su ropa interior ya no oculta la fealdad de su lepra delante de los ojos de sus subordinados. Se ve a sí mismo tal como es verdaderamente

y permite que los demás también lo vean. Ya no se encuentra condecorado con medallas y signos de honor, sino que trágicamente se han hecho visibles para todos las señales de la enfermedad mortal. Y luego el último «descenso» dentro de las aguas del Jordán, donde se sumerge siete veces *«conforme a la palabra del varón de Dios»*. Seguro que le atormentarían mil dudas y obviamente no tendría muchas esperanzas cuando la sexta vez que se sumerge aún no ve ni se nota ninguna curación. Pero la palabra del hombre de Dios tuvo validez y después de sumergirse la última vez leemos las sencillas palabras: *«y su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio»*.

No hubo relámpagos ni truenos resonando desde las montañas. Las aguas del Jordán no cambiaron de color, sino que siguieron fluyendo con normalidad. Pero del agua salió un hombre que había nacido de nuevo. Naamán había confiado en la palabra del profeta y la promesa se había cumplido: quedó limpio.

D. L. Moody escribe sobre este pasaje: *«Naamán primero perdió la paciencia, luego perdió su orgullo y al final se quedó sin su lepra. Normalmente este es el orden como ocurre el cambio en los pecadores soberbios y rebeldes.»*

La «curación» de Juan Wesley (1703–1791)

La experiencia de Juan Wesley, el que más tarde iba a ser un predicador del avivamiento, ilustra muy bien el significado de la curación de Naamán para nosotros:

El 24 de mayo de 1738, Juan Wesley consintió de mala gana en ir con su anfitrión James Hutton a una reunión de los hermanos de Herrnhut. Entonces tenía 35 años y llevaba años sirviendo como clérigo oficial de la iglesia anglicana. Había fracasado en su lucha durante años por llevar una vida santa con extremada disciplina y castigando el cuerpo. Unos pocos días antes había reno-

vado su decisión de *«consagrarse seria y enteramente a Dios, determinando incluso no reírse nunca más, excepto si alguien le obligaba a ello.»* Pero poco después Peter Böhler, uno de los hermanos de Herrnhut, había estudiado con él en el Nuevo Testamento griego las palabras de Pablo al carcelero de Filipos: *«Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo»*. Pero Wesley no podía creer. Su mente estaba de acuerdo, pero su corazón se negaba a atreverse a creer.

Pero ahora Wesley y Hutton estaban de camino a una reunión en la calle de Aldersgate, y Wesley lo comentó de esta manera en su diario:

«Por la tarde fui de mala gana a un grupo a la calle Aldersgate, donde alguien leyó el prefacio de Lutero a la Epístola a los Romanos. Aproximadamente a las nueve menos cuarto, cuando habló sobre el cambio del corazón que Dios obra por la fe en Jesucristo sentí como mi corazón se calentaba de forma extraña. Sentí como yo confiaba en Cristo y que había quitado mis pecados, precisamente los míos y que me había librado de la ley del pecado y de la muerte.»

A la mañana siguiente anotó:

«Inmediatamente después de despertarme, Jesús el Señor estaba en mi corazón y en mi boca. Y descubrí que toda mi fortaleza estaba en el hecho de mantener mis ojos puestos en Él.» (John Pollock, *John Wesley*)

Conceda Dios que todos los lectores de estas líneas hayan experimentado en su vida esta fe que salva y que para la seguridad de su salvación se basen únicamente en la palabra de Dios y su promesa.

Capítulo 13

Los frutos de la nueva vida

Y volvió al varón de Dios, él y toda su compañía, y se puso delante de él, y dijo: He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel. Te ruego que recibas algún presente de tu siervo. Mas él dijo: Vive el Señor, en cuya presencia estoy, que no lo aceptaré. Y le instaba que aceptara alguna cosa, pero él no quiso. Entonces Naamán dijo: Te ruego, pues, ¿de esta tierra no se dará a tu siervo la carga de un par de mulas? Porque de aquí en adelante tu siervo no sacrificará holocausto ni ofrecerá sacrificio a otros dioses, sino al Señor. En esto perdone el Señor a tu siervo: que cuando mi señor el rey entrare en el templo de Rimón para adorar en él, y se apoyare sobre mi brazo, si yo también me inclinare en el templo de Rimón; cuando haga tal, el Señor perdone en esto a tu siervo. Y él le dijo: Ve en paz. Se fue, pues, y caminó como media legua de tierra. (2 R 5:15-19)

Como recién nacido salió Naamán del Jordán tan despreciado hasta ese momento. Y no sólo había dejado atrás sus prejuicios, sino también su soberbia y orgullo. Humillado, ricamente obsequiado y profundamente feliz pisó la orilla del Jordán con una actitud completamente transformada y con nuevas metas para su vida. Y junto con su compañía volvió por segunda vez al varón de Dios. Tras su curación su anhelo no fue volver a su patria Siria, sino volver al hombre de Dios que le había mostrado el camino para su salvación.

Agradecimiento – un fruto de la nueva vida

Al meditar sobre esta conmovedora escena nuestros pensamientos vuelan a una historia del Nuevo Testamento donde 10 leprosos fueron sanados por nuestro Señor Jesucristo, después de obedecer a su mandato (Lc 17:11-19). Pero sólo uno de los diez volvió para dar las gracias a su Salvador y glorificar a Dios «a gran voz».

Más sorprendente todavía es el hecho de que Naamán tras su curación fuera directamente y con un corazón agradecido a la persona que le salvó, para glorificar al Dios de Israel, siendo él un sirio que no pertenecía al pueblo de Dios.

Para él su nueva fe no era un asunto privado, sino que lo impulsó a testificar abiertamente y sin recelos en presencia de su compañía: «*He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel*» (v. 15).

No le interesaban las caras asombradas y las posibles reacciones de sus soldados y siervos paganos, sino que su corazón le impulsó al agradecimiento a la vista de todo el mundo. Con toda naturalidad practicó lo que siglos más tarde escribiera el apóstol Pablo en Ro 10:10: «*Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.*»

Su confesión iba unida a una comprensión espiritual – es decir, no era meramente el resultado de una gran experiencia o de unas emociones arrolladoras. Como Job podía decir: «*Yo sé que mi Redentor vive*» (Job 19:25).

«*Sola gratia*» – «solo por la gracia»

Antes de su curación Naamán quería encontrarse con Eliseo montado en su caballo. No consideró necesario bajarse y llamar él mismo a la puerta para pedir su curación. Entonces recibió la

orden humillante y concreta por parte del enviado de Eliseo y eso hizo que se enfadara.

Ahora vemos un Naamán completamente diferente, personalmente delante de Eliseo. Siendo un general sirio, se reconoce a sí mismo delante de Eliseo como «tu siervo». En presencia de su gente había confesado su fe en el Dios de Israel y ahora su deseo era entregar un presente al varón de Dios en señal de su gratitud.

Los criados de Naamán ya se habían asombrado no poco sobre el cambio total de su señor, pero ahora quedaron totalmente confusos ante la reacción de Eliseo: «*Vive el Señor, en cuya presencia estoy, que no lo aceptaré*». Aunque Naamán se lo pidió repetidas veces encarecidamente, el profeta se negó rotundamente a recibir ni siquiera una muda de vestido o un par de monedas de plata.

No era orgullo lo que le hizo imposible a Eliseo recibir un regalo. Por la historia de la rica sunamita sabemos que Eliseo pudo recibir agradecido el regalo de un cuarto de huéspedes gratuito, y también vemos como durante la hambruna recibió panes del hombre de Baal-salisa.

La razón tampoco parece haber sido que Eliseo viviera holgadamente teniendo abundancia material, de manera que no necesitara apoyo alguno. Nuestra historia está enmarcada en medio de dos hambrunas: una en el capítulo 4 y otra en el capítulo 6, y el hombre de Dios no estaba eximido de todo esto. Wilhelm Busch en su comentario sobre este pasaje muestra que era un muy buen conocedor de las personas:

«Existe una forma tan bulliciosa de rechazar donativos, que en seguida uno se da cuenta que la cosa no va en serio. La manolizquierda lo rechaza, pero la derecha ya se está abriendo.»

Seguramente conocemos por propia experiencia este comportamiento. Cuántas veces nos hemos negado a recibir dones o ayuda con hipocresía y muy poca decisión y mirándolos deseos de reojo.

Eliseo estaba completamente libre de tal hipocresía. Su rechazo tan decidido lo expresó con las mismas palabras de testimonio que vimos también en el capítulo 3:14. Y estas palabras son las que manifiestan el secreto de su autoridad espiritual: *Vive el Señor, en cuya presencia estoy, que no lo aceptaré.*

Libre de avaricia y codicia

El varón de Dios estaba en la presencia de su Señor y por eso no era un hombre servil ni adulaba a nadie. ¡Qué bueno es conocer a creyentes con una vida libre de avaricia y codicia e insobornables en su servicio para el Señor y sus convicciones.

Randy Alcorn tiene razón cuando escribe que *«el manejo del dinero es, por así decirlo, la prueba de fuego para el carácter cristiano y el medidor para evaluar el nivel de la vida de fe.»* Y Pablo dejó bien sentado: *«Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado»* (Hch 20:33).

«No es difícil recibir una ofrenda de la mano de Dios, pero puede ser sumamente abrumador tomar un donativo de parte de una persona. Porque en el momento que el donativo es dado por intereses egoístas y por motivos carnales, entonces no alientan, sino que agobian» (Jakob Kroeker en su libro alemán *«Gottes Segensträger»* [Portadores de la bendición de Dios]).

Naamán y su séquito pudieron aprender algo esencial y absolutamente válido para todos los tiempos: La gracia de Dios no podemos ganárnosla o adquirirla, sino que es un don inmerecido y libre: *«Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas»* (Ef 2:8-10).

Creciendo en la gracia

Es asombroso lo rápidamente que Naamán asimiló y puso por obra varios principios espirituales. El rechazo de su regalo no le ofendió en absoluto, ni tampoco hirió su orgullo, porque había comprendido la naturaleza de la gracia: Ahora humildemente y sin seguir discutiendo ruega un favor: *«Te ruego, pues, ¿de esta tierra no se dará a tu siervo la carga de un par de mulas?...»*

Ese día los siervos de Naamán probablemente no salieron del asombro al oír este deseo tan inusual de su señor y e incomprendible para ellos. ¿Para qué cargar las mulas con tierra de Israel para ellos sin valor alguno y llevarla todo el camino hasta Siria? ¿Acaso su general habría perdido el juicio, después de no haber podido deshacerse de su dinero? ¿Acaso quería que le tomaran por tonto?

Probablemente no podían comprender por qué Naamán quería llevarse precisamente ese «recuerdo» de Israel, pero después de su curación él había comprendido algo muy importante: *«Porque de aquí en adelante tu siervo no sacrificará holocausto ni ofrecerá sacrificio a otros dioses, sino al Señor.»*

Naamán tenía que volver otra vez a su entorno pagano. Pero allí quería adorar a aquel Dios que le había salvado. Y a este Dios quería edificarle un altar sobre tierra israelita. Ya entonces se había dado cuenta de lo que el Señor Jesús después tuvo que enseñar una y otra vez a sus discípulos y también a nosotros: que aunque estamos en el mundo, no somos de este mundo (ver Jn 17). Hablando en sentido figurado, él quería un trocito del «cielo sobre la tierra» para documentar públicamente su nuevo punto de vista en medio de su entorno pagano: «Yo me inclino ante el Dios de Israel – y a Él le dedico mi corazón y mi vida.» Esta actitud consecuente nacida de un corazón agradecido era el resultado de la gracia de Dios experimentada personalmente.

Una conciencia reajustada – ¡«*Sola scriptura*»!

A pesar de toda la alegría y gratitud por la curación vivida y la nueva relación hacia el Dios de Israel, algo parecía nublar su espíritu: se dio cuenta que de vuelta en Siria tendría que acompañar a su rey y apoyarle cuando éste fuera al templo de su dios Rimón para doblar sus rodillas delante de este ídolo. Si esto es un pecado, Naamán pide que Dios se lo perdone.

Evidentemente se había dado cuenta de repente que al adorar desde ahora en adelante al Dios verdadero con gratitud, le sería imposible doblar sus rodillas ante Rimón. Es como si ya entonces hubiese oído y comprendido la advertencia del apóstol Pablo en 2 Co 6:14-16: «*No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.*» Muchos de los evangélicos hoy en día, sin embargo, están tratando de reinterpretar y relativizar estas palabras, aun los que dicen ser fieles a la Biblia. Es triste.

«*Sola fide*» – libre de legalismos

La reacción de Eliseo es la expresión de una sabiduría pastoral y profunda confianza en Dios: «*Ve en paz*». No le dio una conferencia sobre los preceptos, mandamientos y prohibiciones del libro de Levítico. Tampoco le cargó con las ordenanzas acerca de la forma de vestir o advertencias sobre lo largo o corto que había que llevar el pelo o la barba. Nosotros, por el contrario, a menudo tratamos de imponer nuestra forma personal de vivir la fe a los recién convertidos, como Saúl que quería meter a David

en una armadura que le era demasiado grande y lo único que iba a conseguir era hacerle tropezar.

Cuántas faltas se han cometido ya en el pasado pensando sinceramente que con tales preceptos sería posible guardar a los jóvenes creyentes de pecados y caminos equivocados. Qué razón tiene Dannenbaum cuando escribe: *«Amigos, sólo hay una única garantía para que un hombre sea guardado y no caiga, y es el trato personal con Dios.»*

Así Eliseo despidió al Naamán inseguro con un deseo de bendición. Le encomendó a la gracia guardadora de Dios, semejantemente a lo que hizo Pablo con los creyentes de Filipos: *«Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús»* (Fil 4:6-7).

¡Qué sabiduría pastoral y qué aliento implica este sencillo consejo del profeta: «Ve en paz»!

Es bien posible que tras el retorno de Naamán las circunstancias políticas en Siria hubiesen cambiado a causa de la enfermedad y el asesinato de su rey sirio Ben-adad (2 R 8:7-15). Quizá Dios guió las circunstancias para que Naamán nunca más tuviera que doblar las rodillas ante Rimón.

«Lo más importante para hoy es ir en paz, sin que haya un problema entre tu persona y el Dios que te salvó. Deja que el día de mañana traiga su propio afán. ¡Qué sabiduría divina y qué confortación para el alma reside en esta sencilla respuesta: «ve en paz!» (Henri Rossier).

Capítulo 14

La hipocresía – el pecado de los piadosos

Entonces Giezi, criado de Eliseo el varón de Dios, dijo entre sí: He aquí mi señor estorbó a este sirio Naamán, no tomando de su mano las cosas que había traído. Vive el Señor, que correré yo tras él y tomaré de él alguna cosa. Y siguió Giezi a Naamán; y cuando vio Naamán que venía corriendo tras él, se bajó del carro para recibirle, y dijo: ¿Va todo bien? Y él dijo: Bien. Mi señor me envía a decirte: He aquí vinieron a mí en esta hora del monte de Efraín dos jóvenes de los hijos de los profetas; te ruego que les des un talento de plata, y dos vestidos nuevos. Dijo Naamán: Te ruego que tomes dos talentos. Y le insistió, y ató dos talentos de plata en dos bolsas, y dos vestidos nuevos, y lo puso todo a cuestras a dos de sus criados para que lo llevaran delante de él. Y así que llegó a un lugar secreto, él lo tomó de mano de ellos, y lo guardó en la casa; luego mandó a los hombres que se fuesen. Y él entró, y se puso delante de su señor. Y Eliseo le dijo: ¿De dónde vienes, Giezi? Y él dijo: Tu siervo no ha ido a ninguna parte. El entonces le dijo: ¿No estaba también allí mi corazón, cuando el hombre volvió de su carro a recibirte? ¿Es tiempo de tomar plata, y de tomar vestidos, olivares, viñas, ovejas, bueyes, siervos y siervas? Por tanto, la lepra de Naamán se te pegará a ti y a tu descendencia para siempre. Y salió de delante de él leproso, blanco como la nieve (2 R 5:20-27).

Naamán, tan ricamente bendecido, se encontraba en su camino de regreso con su caravana. Sus riquezas materiales no había podido dejarlas en Israel con el hombre de Dios. Pero eso no le preocupaba en absoluto, pues había sido sanado de su enferme-

dad mortal y podía volver ahora a su antiguo entorno pagano con una nueva vida y con nuevas metas bajo la bendición de Dios, habiendo sido completamente transformado en todo su ser. ¡Cuán lleno estaría su corazón recordando los días y horas pasadas! ¡Cuántos sentimientos e impresiones tan diferentes había vivido! ¡Qué bueno que no sabía nada de los pensamientos y planes funestos que llenaban a Giezi, el criado del varón de Dios, en esos mismos momentos, cuando se encontraba tan desilusionado y amargado.

Piadoso – pero impío

Probablemente Giezi había observado con indignación y cólera interior que a Eliseo no se le pegaban las cosas en las manos y, por tanto, tampoco en el corazón. Aún en los tiempos de pobreza material y hambruna no se dejaba influenciar por dinero y bienes. Muchos siglos después otro hombre de Dios bien conocido confesó: *«El dinero nunca permanece por mucho tiempo conmigo. Pronto empezaría a arder si se quedara conmigo. Lo más rápido posible lo doy, para que no se haga camino a mi corazón»* (Juan Wesley).

En nuestros días también es muy alentador encontrarse con hermanos y hermanas que al igual que Eliseo se han percatado de engaño de las riquezas y son libres de la avaricia. Pero Giezi no sintió alegría por ser Eliseo así de libre, todo lo contrario: la bondad derrochadora y la abnegación de Eliseo le desafió de tal forma que en esa situación ya no pudo ocultar su verdadero sentir debajo de una máscara piadosa. *«Entonces Giezi dijo entre sí...»*

Su comportamiento nos recuerda mucho a Judas, que siendo *«uno de los doce»* durante años había seguido a Jesús como simpatizante habiendo sido testigo de muchos milagros del Señor. Probablemente él mismo habría hecho también algún milagro,

como sus compañeros. Pero él era un mero simpatizante aprovechado, que durante unos tres años pudo permanecer oculto y del cual nadie sospechaba qué planes tan horribles abrigaba en su corazón.

Pero en su vida también llegó la hora donde quedó de manifiesto lo que le interesaba verdaderamente: La entrega desinteresada de María cuando derramó sobre la cabeza y los pies de Jesús un perfume «*de gran precio*» (del valor del sueldo de un año entero), le provocó e instigó de tal forma que ya no pudo contenerse y exclamó: «*¿para qué este desprecio?*» (Mt 26:9).

Allí donde hay personas que dan pruebas de su amor y entrega hacia el Señor ocurre a menudo que los hipócritas tienen que salir de su escondite, porque tienen que expresar su protesta. «*La entrega a Cristo es el vínculo más fuerte entre los corazones humanos*» dijo J. N. Darby una vez. A la inversa podríamos declarar que «*la entrega a Cristo y el amor hipócrita son tan contrarios como el fuego y el agua...*»

Su manera de hablar le descubre...

«*He aquí mi señor estorbó a este sirio Naamán,...*» Se nota el desprecio en sus palabras al decir «*este sirio*». No se había gozado con él por su curación maravillosa. No comprende en absoluto la gracia derramadora de Dios que queda reflejada por la actitud de Eliseo. «*¡Estorbado!*» Giezi hubiese desplumado a este hombre intentando obtener el máximo provecho de él... Por fin tenían en sus manos un «pez gordo» que podía hacer cambiar a mejor la vida escasa e insegura en el servicio de Dios – ¡y Eliseo lo rechaza todo!

¡Cuán diferente actuó la sierva de Naamán expresando su sincero sentimiento por la enfermedad mortal de su señor!

El siervo de Eliseo, aún en esa situación seguía dominando

bien el lenguaje de los creyentes: «*Vive el Señor, que...*». Estas palabras exactamente fueron las que había usado Eliseo para rechazar el dinero de Naamán. Y estas mismas palabras piadosas que normalmente hubieran tenido que quitar a Giezi de mentir y engañar este hipócrita las utilizó para introducir así su plan siniestro. Menos mal que por lo menos omitió la segunda parte de dicha frase «...*en cuya presencia estoy*». ¿Podemos deducir de este hecho que aún le quedaba un ínfimo resto de mala conciencia?

El lenguaje piadoso puede aprenderlo un papagayo. ¡Cuidado, no seamos habladores! (Palabras de Hans Dannenbaum). Esto me hace recordar más de un pecado ruin cometido en mi juventud. A pesar de haberme criado en un hogar cristiano, conociendo la Biblia desde muy pequeño – yo era tan empedernido y taimado ¡que comenzaba estos pecados con una oración! Me parece que habrá muy pocos pecados en nuestras iglesias que no fueran iniciadas con semejante palabrería piadosa.

«...*Y tomaré de él alguna cosa*». Como nos recuerda esta forma de pensar y de hablar al hijo mayor en Lucas 15 que veía como «aguafiestas» la comunión con su padre. A Giezi le pasaba lo mismo. La comunión con Eliseo no había llenado su corazón, sino «*el engaño de las riquezas*» y «*las codicias que hay en las otras cosas*» (Mc 4:19) habían envenenado sus deseos.

Dos hombres en marcha

Giezi siguió «*corriendo*» a Naamán. Y el general al percibir al siervo que corría tras él saltó de su carro para recibirle.

En el Nuevo Testamento hallamos varios pecados de los cuales debemos «huir corriendo»: «el amor al dinero» (1 Ti 6:10), «las pasiones juveniles» (2 Ti 2:22), «la fornicación» (1 Co 6:18) y «la idolatría» (1 Co 10:14). Estos pecados son evidentemente tan peligrosos y persistentes que la única salida consiste en la huida.

Giezi hace lo contrario, su avaricia y amor al dinero lo impulsan hacia adelante.

Por el otro lado vemos al general del ejército que ya no se preocupa por su propia dignidad y se baja de su carro. Su fe le impulsa a preocuparse por el bienestar de sus nuevos amigos israelitas: *¿Va todo bien?*

Es interesante la inteligencia e imaginación que demuestra Giezi para presentar a «ese sirio» una historia creíble y bastante conciliable con el comportamiento de Eliseo. En su ingenuidad el general no se percató de esa perfidia. Con otras palabras le dijo más o menos: *«Por supuesto que Eliseo no pide nada para sí mismo – ¡nunca tal acontezca! Pero, cosas que pasan, mira por donde acababan de venir de visita, sin previo aviso, dos hijos de los profetas bastante debilitados por la hambruna y faltos de ropa. Con un talento de plata y dos mudas de vestido se podría poner fin a toda esa miseria. Anda, dame...»*

(Muchos de los lectores estarán también familiarizados con los muchos mendigos por carta de ciertas misiones que también lo hacen en el nombre de Dios y con palabras similares a las de Giezi).

Se ve que Giezi no tiene escrúpulo alguno, pues no temió introducir su cuento de hadas enterecedor con las palabras: *«Mi señor me envía a decirte...»*

La ingenuidad de la fe

Naamán no dudó ni un momento de la verdad de esta historia. Se alegró de poder mostrar por fin su gratitud para con Eliseo no solamente con palabras, sino haciéndole un favor. Espontáneamente le ofrece la doble cantidad de plata *«y le insistió»*. Aparentemente Giezi había rechazado primero este gran regalo – quizá con palabras y gestos modestos a lo fariseo.

Pero ahora surge un nuevo problema, con el que Giezi seguramente no había contado – ¡y es que dos talentos de plata pesaban nada menos que unos 70 kilos! Añadido a eso, dos vestidos nuevos, todo eso era imposible de llevarlo él solo y meterlo en su cuarto sin ser visto. Y luego otra cosa desagradable: Naamán insistió en que dos de sus criados llevaran estas riquezas «*delante de él*» hacia donde estaba Eliseo.

Cuando por fin llegaron cerca de donde Eliseo estaba alojado, Giezi tuvo que convencer a los mozos a que no siguieran adelante y dejaran la carga en el suelo. Quién sabe cuántas mentiras más tuvo que imaginar para lograr que los siervos extrañados no cumplieran del todo el mandato de su señor. Pero no se fueron hasta que vieron que lo guardó todo bien y que el regalo de Naamán de alguna manera había llegado a su destino.

«Antes se pilló a un mentiroso que a un cojo...»

Giezi se enfrentaba ahora a un montón de nuevos problemas: ¿dónde meter tanta plata sin ser visto de nadie? ¿Debería ponerlo en un lugar secreto y meterlo poco a poco a su cuarto? ¿Y qué pasaría si Eliseo hubiera visto a los dos mozos de Naamán cargando los regalos? ¿Qué historia podría inventarse y contarle?

Cuando los ayudadores sirios emprendieron su camino de regreso, Giezi se atrevió a presentarse delante de su señor, y seguramente que le temblaban las rodillas. Eliseo le recibió con una breve pregunta: «*¿De dónde vienes, Giezi?*»

Esto le dio la oportunidad de confesar su pecado con una respuesta sincera. Y Eliseo conscientemente le había dado esta ocasión para confesar. Igual como el Señor Jesús obró con Judas a quien le ofreció una última posibilidad para arrepentirse y volver atrás, después de que éste le había entregado con un beso: «*Amigo, ¿a qué vienes?*» (Mt 26:50).

Giezi no aprovechó esta última oportunidad de volver al camino recto con su vida fracasada. Intentó quitarse de encima a su señor usando de otra mentira esquiva. Igual como hacíamos nosotros de niños cuando nuestra madre ya sospechaba algo de nuestras fechorías y descubría el pastel. Entonces nos preguntaba: «¿Dónde habéis estado?» Y nosotros contestábamos: «en ninguna parte» – «¿Qué habéis hecho?» – «¡Nada!».

El corazón de un pastor

La respuesta de Eliseo nos muestra su corazón preocupado y compasivo: «¿No estaba también allí mi corazón, cuando el hombre volvió de su carro a recibirte?» Dios le había revelado las mentiras desvergonzadas de su siervo y eso seguramente le habría impulsado a orar a Dios encarecidamente por Naamán, este «recién convertido», para que no naufragara su fe en el Dios de Israel por culpa de la hipocresía y avaricia de Giezi,

¡Cómo le habrá dolido a Eliseo en su corazón al ver los sueños necios y egoístas de su criado que hasta ese momento había compartido su vida sencilla!

Las circunstancias exteriores más positivas no pueden cambiar el corazón de una persona – esta experiencia dolorosa la conocemos todos bien. Es posible convertirse en un ladrón y en un traidor bajo las condiciones más favorables, si Dios no transforma el corazón. Y también es verdad que en un ambiente de lo más complicado y desfavorable se puede ser luz y sal como la sirvienta creyente en la casa del entonces incrédulo Naamán y su entorno impío.

Error de cálculo fatal

«¿Es tiempo de tomar plata, y de tomar vestidos,...?» Con qué terror se habrá dado cuenta Giezi que Eliseo no sólo conocía su mentira, sino también sus pensamientos, deseos y planes para el futuro:

- Invertir la plata de Naamán en olivares y viñas para por fin poder disfrutar de la vida
- Los vestidos nuevos, para representar honra y riqueza y dejar atrás la modestia y la pobreza.
- El ganado, los siervos y siervas, para ya no tener que servir más desinteresadamente, sino para ser servido y ser por fin señor.

Giezi se equivocó gravemente. Eliseo, por el contrario, sabía en los tiempos en que vivía: Sólo quedaban un par de décadas y después Israel iba a sufrir el cautiverio asirio y con ello todas las inversiones perderían por completo su valor.

Sólo tiene un valor eterno lo que la gracia de Dios puede obrar en nosotros y a través de nosotros para la gloria de Dios.

La analogía para nuestros días es obvia: es muy trágico si derrochamos sin sentido nuestra corta vida que Dios nos ha confiado, sin usarla para la eternidad y no haciendo caso del reino de Dios.

«Y salió de delante de él leproso, blanco como la nieve.» La lepra de Naamán se le pegó a él y a sus descendientes. ¡Cuánto le habrán pesado y habrá maldecido sus decisiones equivocadas, mientras abandonaba la casa de Eliseo cerrando la puerta detrás de sí. «Quiso echar mano de la riqueza de Naamán y heredó por ello la enfermedad de Naamán, perdiendo su lugar como siervo del profeta» (Hamilton Smith).

«El engaño de las riquezas y las codicias que hay en las otras cosas» (Mc 4:19) había encontrado y devorado a otra víctima más.

Capítulo 15

El hacha perdida

Los hijos de los profetas dijeron a Eliseo: He aquí, el lugar en que moramos contigo nos es estrecho. Vamos ahora al Jordán, y tomemos de allí cada uno una viga, y hagamos allí lugar en que habitemos. Y él dijo: Andad. Y dijo uno: Te rogamos que vengas con tus siervos. Y él respondió: Yo iré. Se fue, pues, con ellos; y cuando llegaron al Jordán, cortaron la madera. Y aconteció que mientras uno derribaba un árbol, se le cayó el hacha en el agua; y gritó diciendo: ¡Ah, señor mío, era prestada! El varón de Dios preguntó: ¿Dónde cayó? Y él le mostró el lugar. Entonces cortó él un palo, y lo echó allí; e hizo flotar el hierro. Y dijo: Tómalo. Y él extendió la mano, y lo tomó.

En la vida de Eliseo nos encontramos a menudo con episodios notablemente raros. Recordemos el problema del agua mortífera en el capítulo dos, que originaba abortos e infecundidad. El remedio de Eliseo fue entonces la sal. *Echó sal al agua del manantial y el agua «sanó».*

En Gilgal (cap. 4) durante la hambruna estaba «la muerte en la olla» por causa de una hortaliza salvaje no comestible. En esa situación Eliseo *echó* harina en la «gran olla» y «no hubo más mal en la olla».

En la historia que consideraremos ahora uno de los «hijos de los profetas» pierde su herramienta de hierro durante el trabajo. Se le ha caído al agua del Jordán y se ha hundido. Aquí Eliseo *echa* nada menos que un trozo de madera al agua, el cual normalmente debería flotar sobre el agua, pero leamos bien y maravillémonos: parece como si la madera se hundiera y que el hierro ven-

ciera la fuerza de la gravedad saliendo del agua, donde el hombre lo toma pudiendo de nuevo trabajar con la herramienta.

Son historias maravillosas con lecciones espirituales de gran valor para todos aquellos que siguen al Señor y aman Su Palabra.

¿Sólo un trozo de hierro?

El relato extraordinario e interesante sobre la curación del general del ejército sirio durante una situación política delicada para Israel (cap. 5) es digno de quedar documentado, y es también para nosotros importante, pues incluso nuestro Señor lo cita en el Nuevo Testamento. ¿Pero una herramienta perdida que por muy poco dinero se puede comprar en cualquier sitio? ¿Es eso digno de quedar escrito en las Sagradas Escrituras?

Claro está que Eliseo se preocupa de ambas cosas: tanto de la lepra de Naamán como del hacha de un «hijo de profeta» sin nombre. En esto es un ejemplo conmovedor de nuestro Salvador y Dios, del cual leemos en el Salmo 147:4 que *«cuenta el número de las estrellas y a todas ellas llama por sus nombres»* y un versículo antes que *«sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas.»*

Es el Señor que alimentó a 5000 hombres con sus mujeres y niños con tan solo 5 panes y 2 peces, pero que al mismo tiempo, después de su resurrección se preocupó de sus siete discípulos con frío, cansados, hambrientos y derrotados. A orillas del lago de Genezaret los fortaleció y animó con un fuego para calentarlos y con pan y pescado. ¡Y este maravilloso Señor se preocupa también por nuestros grandes y pequeños problemas personales!

En los versículos que ahora vamos a considerar veremos multitud de escenas y temas que nos transmitirán importantes lecciones. Por una parte veremos en Eliseo un espejo de nuestro Señor Jesús, pero también un ejemplo de un padre espiritual en su trato con la generación más joven.

Falta de espacio

A pesar de la decadencia e idolatría en el pueblo de Israel, en un tiempo donde hacía pocos años Elías se había quejado diciendo: «*Yo solo he quedado*» (1 R 19:10), nos encontramos aquí con tantos hombres jóvenes temerosos de Dios reunidos que hubo problemas de espacio. Hoy dirían que era un enorme «iglecrecimiento».

Si hubieran hecho una entrevista a estos jóvenes preguntándoles por el secreto de este feliz desarrollo, probablemente la respuesta hubiese sido muy breve y clara: «El varón de Dios, Eliseo, está aquí!». Él era el imán, lo que los atraía y al rededor del cual todos estos hombres se reunían de forma que el lugar se les hacía estrecho.

Hoy se cree que el crecimiento en las iglesias se puede lograr mediante muchas atracciones: música adecuada, show, teatro y a veces incluso cerveza y salchichas para atraer a la gente y llenar las salas. Se esmeran mucho en entretener la gente de forma excelente y ofrecer un ambiente agradable, gastándose grandes cantidades para conseguir una buena ventilación y comodidades de toda clase. Pero tarde o temprano estos edificios se ponen en venta o en subasta porque el éxito (si es que lo hay) es de poca duración.

A. W. Tozer escribió con sarcasmo: «*Enseñadme una iglesia cuyo único atractivo sea Cristo*».

Y en otro lugar: «*Cuando creyentes de verdad se reúnen al rededor del Cristo que está presente, allí es casi imposible vivir una reunión mezquina y deplorable*.»

Cuando leemos que hace más de 60 años en el centro de Alemania, en Essen, se reunían cada domingo 700 jóvenes entre 13 y 18 años, sólo para escuchar en primer lugar historias de la Biblia, nos asombramos. Pero si preguntásemos al pastor Wilhelm Busch, que dirigía estas reuniones, él nos contestaría, si aún

viviera: «Pues lo hacen, porque se habla de Jesucristo y porque cada domingo por la mañana después del culto 120 jóvenes colaboradores se ponen a orar sobre sus rodillas para que Dios dé su bendición.»

Allí donde Cristo está verdaderamente en el centro, siendo «el único atractivo», allí habrá problemas de espacio, incluso en estos últimos tiempos donde tanta decadencia hay. Allí donde hay vida, hay crecimiento. No solo en China, donde desde nuestro punto de vista observamos ahora el mayor avivamiento mundial, sino también aquí en nuestras latitudes.

No esperamos un avivamiento global, pero allí donde haya localmente corazones ardiendo para nuestro Señor, donde se practique la oración y donde la Palabra de Dios sea la norma y autoridad, allí se abrirán puertas y corazones y también se llenarán las habitaciones.

Por supuesto que hay excepciones. El apóstol Pablo al final de su vida se encontró bastante solo. Pero ese dicho que «lo pequeño es hermoso» ¡que no sea como un calmante para nuestra poca fe, pereza e indiferencia!

El plano de construcción

En el relato vemos que los «hijos de los profetas» están activos y motivados. No se conforman con el encanto de las habitaciones repletas. No quieren conservar lo que tienen o fomentar las tradiciones queridas, sino que miran hacia adelante y se atreven a dar nuevos pasos.

Eso precisamente es el fuerte de la generación joven: tienen valentía, energía y no temen arriesgarse. Pero lo hermoso y alentador es que no forjan sus planes de oposición en alguna cámara secreta a puertas cerradas. No actúan en contraposición a lo que hicieron los antiguos, sino que buscan el consejo, la experiencia y el apoyo de Eliseo diciendo: «*Vamos ahora...*»

Del hijo de Salomón – el joven rey Roboam – leemos como en una situación de crisis dejó a un lado el consejo de los ancianos causando a raíz de ello la separación y división del reino en el pueblo de Dios. Este ejemplo lamentablemente encuentra hoy muchos imitadores.

El solar para la construcción

No escogen una finca cercana, sino que le sugieren a Eliseo ir al Jordán, un lugar tan evocador por su historia, y comenzar allí con la obra. En ese río fue bautizado Naamán, el sirio. Por allí pasó el arca hace muchos siglos abriendo el camino a la tierra prometida. Después de pasar quedaron sepultadas allí doce piedras como símbolo para el pueblo de Dios. Y a orillas de este río querían trabajar, edificar y vivir.

Los lectores de la Biblia que estén un poco familiarizados con su tipología, verán en esta escena un bello ejemplo de lo que es trabajar para el Señor con una actitud espiritual y conscientes de haber «muerto con Cristo» (Gál 2:20).

El permiso de construcción

La reacción de Eliseo a las propuestas de estos hombres activos es notable: «*Andad*». No frenó su celo, no menguó su valor, ni les avisó de los posibles peligros, sino que parece que se alegró por su celo y confianza.

Si nosotros como iglesia en el pasado y en el presente hubiéramos tomado en serio el mandato del Señor a sus discípulos: «*Pedid al Señor de la mies que envíe obreros a su mies*» (Mt 9:38), no se hubiera impedido ni frenado a tantos y tantos jóve-

nes dispuestos y talentosos que tenían la intención de servir a Dios como misioneros.

La historia de la iglesia de Herrnhut del Siglo XVIII, por el contrario, nos da un ejemplo muy alentador, porque en una sola generación salieron 300 hermanos (casi todos jóvenes) a todo el mundo con las oraciones y el cuidado de la iglesia, sembrando una simiente que ha dado muchísimo fruto.

Una petición poco vista

«Te rogamos que vengas con tus siervos». Casi nos dan ganas de decir que suena demasiado bien para ser verdad: que jóvenes activos no quieran trabajar solos, sino unidos con la generación de los mayores. Y el varón de Dios mayor y lleno de experiencia no los frenó ni les reprochó su poca experiencia en la edificación del local. Estaba dispuesto a abandonar tradiciones queridas, y no sólo estaba dispuesto a dejarles ir, sino también a ir con ellos. Qué ilustración más hermosa del Salmo 133: *«¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! ... Porque allí envía el Señor bendición.»*

Un trágico accidente de trabajo

Pero el trabajo unido y feliz quedó interrumpido por un grito. Uno de los hijos de los profetas había perdido su herramienta. Mientras estaba diligente talando un árbol, el hierro de repente se soltó del mango y cayó al Jordán con gran chapoteo. ¿Cómo pudo ocurrir tal cosa? ¿Fue casualidad? ¿Había dado demasiado fuerte con el hacha por jactarse y hacer exhibición de su fuerza? ¿O había sido imprudente al no preocuparse del mantenimiento y cuidado de la herramienta? No lo sabemos. Pero lo que está claro,

es que había perdido su capacidad de talar árboles. En este punto la historia es de gran actualidad para nosotros: es cierto que se puede descuidar el don y la capacidad para el servicio. Con el mango hubiera podido seguir haciendo algo de ruido y mostrar o aparentar cierta actividad, pero había perdido su contundencia y fuerza de combate. La lección se entiende fácilmente: Cada hermano y cada hermana han recibido de Dios por lo menos un don del Espíritu comparable con el hacha prestada. Y allí hay al menos tres grandes peligros:

1. Un «hacha» puede oxidarse

Eso ocurre cuando uno deja de trabajar con ella. Algunos entierran el «talento» que les ha sido encomendado. Por eso Pablo exhorta al joven Timoteo: *«No descuides el don que hay en ti...»* (1 Ti 4:14). Aquel que no entrena y utiliza sus músculos en la vida normal, poco a poco perderá su vigor y su efectividad. Esto mismo puede ocurrir en la vida espiritual.

2. Un «hacha» puede embotarse

Este sería el problema contrario, pues ocurre cuando se trabaja con la herramienta, pero sin cuidarla y sin afilarla con regularidad. Entonces el trabajo se hace pesado e inefectivo. Trabajar con hachas, hoces o machetes embotados cansa más y significa más esfuerzo.

Si descuidamos el tiempo devocional personal con la oración y estudio de la Palabra, por tener tantos ministerios para el Señor y tantos servicios, entonces perderemos la fuerza y la autoridad para el servicio. Así como el arco de un violín o de cualquier otro instrumento de cuerdas tiene que ser aflojado después de su uso, para que después vuelva a adquirir una buena tensión, así nosotros también necesitamos este tiempo de relajamiento.

La grandeza y urgencia del cometido no debe causar que el tiempo de la comunión con el Señor sea acortado. Si en los evan-

gelios leemos tantas veces que el Señor iba a lugares desiertos para estar solo ¡cuánto más necesitaremos nosotros estos momentos, para recibir la fuerza necesaria para nuestro servicio!

3. Un «hacha» puede perderse

Eso justamente es lo que ocurrió. La Biblia y la historia de la iglesia están llenas de ejemplos de cómo hermanos y hermanas dotados, que se hicieron inútiles para el servicio en la obra del Señor por culpa de imprudencia, altivez, orgullo, la confianza en sí mismos y otros pecados morales.

«Los siervos de Dios tienen que caminar y vivir cuidadosamente delante del Señor, haciendo regularmente el inventario de sus «herramientas» para no perder nada de lo que tanto les hace falta» (Warren W. Wiersbe en su libro «Sei anders» [Sé diferente]).

Un grito

Ya vimos en los relatos anteriores que muchas veces se oían gritos en las cercanías de Eliseo. Evidentemente era un hombre delante del cual uno podía derramar su corazón sinceramente, sin tener que fingir nada ni esconderse.

Cuántas penas y males psicossomáticos nos evitaríamos en nuestras iglesias si reinara en nuestras reuniones semejante ambiente de honestidad. Entonces no habría esas reuniones de oración tan pesadas y agotadoras.

Pero este joven no sólo llama la atención sobre sí mismo dando voces, sino que no se anda con rodeos y dice en seguida cuál es su problema y lo que le ha pasado: «¡Ah, señor mío, era prestada!» El hacha no era suya, sino prestada. Tenía que dar cuentas al dador. Nosotros tampoco somos los propietarios de algún don espiritual, sino sólo administradores. Y también nosotros tendremos que dar cuentas ante el Tribunal de Cristo

(1 Co 5:10) de lo que hemos hecho con los talentos que nos han sido encomendados. «*Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multi-forme gracia de Dios*» (1 P 4:10).

Se lo gritó a Eliseo – y qué bien que el varón de Dios estaba allí presente y tenía sensibilidad. Probablemente no estaría muy ejercitado como para talar árboles – eso dejó que lo hicieran los más jóvenes. Pero Eliseo estaba dotado y con experiencia en cuanto a encontrar lo que estaba perdido. Y esta es una tarea especialmente importante y urgente de los pastores.

Un buen modelo de consejería bíblica

Después de esa triste confesión Eliseo no hizo flotar inmediatamente el hierro, sino que hizo primero una pregunta concreta: «*¿Dónde cayó?*» El hijo de profeta tuvo que enseñarle exactamente el lugar donde ocurrió el accidente.

¡Qué lección más importante para la consejería mutua entre creyentes! Las preguntas concretas son importantes para poder hacer el diagnóstico preciso y para después poder ofrecer la ayuda: «*¿Dónde lo perdiste?*», «*¿Dónde está el gato encerrado?*», «*¿Cuál es la causa de tu problema?*» «*¿Con qué comenzó tu adicción a la pornografía?*», «*¿Cuándo y por qué dejaste de orar?*» etc.

Estas preguntas directas son importantes para el afectado, para descubrir y reconocer la razón de su pérdida de vigor, de su rendición al Señor o de su amor.

Nuestro Señor le preguntó tres veces a Pedro, incluso en presencia de sus discípulos: «*¿Me amas más que éstos?*», «*¿me amas?*», «*¿me amas?*» (Jn 21:15-17). Estas preguntas eran necesarias, para que Pedro (que había negado al Señor) reconociera la causa de su pecado: su altivez y la confianza en sí mismo.

El joven reaccionó con sinceridad a la pregunta directa de Eli-

seo. Seguro que fue doloroso para él ir al lugar del accidente. Pero no se defendió ni buscó excusas. «*Le mostró el lugar*».

El remedio

Después de haber puesto en claro la cuestión de la responsabilidad, Eliseo pudo echar mano del «remedio» y usarlo: un palo o un trozo de madera que echó al agua.

Moisés en su día echó también un trozo de madera al agua amarga de Mara. El agua se hizo dulce y el pueblo pudo beber (Éx 15:25).

Aquí, sin embargo, se echó un trozo madera en el Jordán para volver a traer algo perdido. Y en el Monte Calvario estuvo una vieja cruz, donde el crucificado tomó sobre sí la amargura de la muerte, para volver a traer al Padre lo perdido. Pero también para volver a dar nuevas fuerzas, gozo, pureza y autoridad para el servicio, que se habían perdido por el pecado.

Estímulo

«*Tómalo*». Seguro que el joven sacaría el hacha del agua con un corazón avergonzado y lleno de gratitud. Pero seguramente también con una nueva conciencia de responsabilidad por esta valiosa herramienta. Muy probablemente jurando no tratarla nunca más a la ligera.

William MacDonald dijo una vez que «*nuestro Dios es un Dios que da una segunda oportunidad*» recordando a David, Elías, Pedro y Juan Marcos.

Si esto no fuera así, ninguno de nosotros aún estaría entre los que siguen al Señor. Esta gracia de Dios debería hacernos agradecidos, humildes y modestos, para servirle con nueva alegría.

Capítulo 16

De lo que hay que «cuidarse»...

Tenía el rey de Siria guerra contra Israel, y consultando con sus siervos, dijo: En tal y tal lugar estará mi campamento. Y el varón de Dios envió a decir al rey de Israel: Mira que no pases por tal lugar, porque los sirios van allí. Entonces el rey de Israel envió a aquel lugar que el varón de Dios había dicho; y así lo hizo una y otra vez con el fin de cuidarse. Y el corazón del rey de Siria se turbó por esto; y llamando a sus siervos, les dijo: ¿No me declararéis vosotros quién de los nuestros es del rey de Israel? Entonces uno de los siervos dijo: No, rey señor mío, sino que el profeta Eliseo está en Israel, el cual declara al rey de Israel las palabras que tú hablas en tu cámara más secreta. Y él dijo: Id, y mirad dónde está, para que yo envíe a prenderlo. Y le fue dicho: He aquí que él está en Dotán. (2 R 6:8-13)

La Palabra de Dios nos acababa de relatar la extraña escena donde un hijo de los profetas no «había tenido cuidado» al talar los árboles y había perdido su hacha prestada. El hierro se había soltado del mango y se había hundido en las aguas del Jordán. Probablemente fue por causa de la imprudencia y presunción. Pero el varón de Dios estaba allí mismo e hizo flotar el hierro perdido.

Se puede decir que fue una simple experiencia cotidiana y local del círculo de unos jóvenes que se habían juntado con Eliseo. Pero, no obstante, contiene mucha enseñanza espiritual valiosa para todo aquel que de alguna manera esté colaborando en la casa de Dios.

La historia que sigue y que ahora vamos a considerar transcurre en un marco completamente diferente y con gran importancia

en la política de exteriores. Se trata de los reyes de Siria y de Israel enemistados entre sí. El rey sirio quería realizar una campaña militar sofisticada contra el pueblo de Israel. Aquí no se trataba pues de pequeñas incursiones de «cuadrillas» que asaltaban algún pueblo o ciudad de Samaria, según lo relata el capítulo anterior, sino que se trata aquí de una sólida campaña con «caballos, carros y un grande ejército» (v. 14). Aquí era necesario que el rey de Israel estuviera prevenido. Es interesante que el relato no menciona el nombre del rey de esta historia; tampoco el nombre del criado de Eliseo, ni el del siervo que le contó al rey de Siria acerca de las capacidades sobrenaturales de Eliseo. Por el contexto podemos suponer que se trataba de los reyes Ben-adad II. y Joram, el hijo de Acab, – pero parece como si el Espíritu de Dios quisiera más bien poner nuestra atención en el Dios de Israel y su profeta Eliseo.

Lo que distingue a un profeta de Dios

Mientras que el rey sirio estaba deliberando con sus siervos y determinando con precisión los lugares estratégicos donde acampar con su ejército y desde donde atacar a Israel, Eliseo ya conocía sus planes y dio aviso al rey de Israel: «*Mira que no pases por tal lugar, porque los sirios van allí*».

Un aviso inequívoco para Joram, en quien Eliseo no tenía mucha confianza que digamos, ni tampoco le tenía en gran estima como vemos en el capítulo 3, versículo 13. En otra situación más adelante veremos como Joram jurará decapitar al varón de Dios (2 R 6:31).

Pero Eliseo le reconoció como rey de Israel a pesar de que era un idólatra. El peligro para el pueblo de Israel era inminente, pues iba a ser asaltado desde una emboscada y eso era para Eliseo motivo suficiente para avisar muy claramente al rey de Israel y a sus súbditos, a pesar de todas sus experiencias negativas con él.

Eso precisamente es también en nuestros tiempos una de las características de un profeta de Dios: no importa lo apóstata que sea el pueblo de Dios y sus representantes – cuando amenaza un peligro, el profeta no debe callar, cuales quiera que sean las consecuencias.

El Señor le dijo a Ezequiel:

«A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte» (Ez 33:7).

Hoy las amenazas para el pueblo de Dios son la crítica de la Biblia, la inmoralidad, la indiferencia, el egoísmo y el materialismo. Que Dios nos conceda hombres y mujeres que no callen ante estos desarrollos, sino que den aviso concreto de estos peligros en amor y claridad sin rodeos. Sería trágico si el veredicto de Dios sobre los profetas de Israel en los tiempos de Isaías se aplicara también a nosotros: *«Sus atalayas son ciegos, todos ellos ignorantes; todos ellos perros mudos, no pueden ladrar; soñolientos, echados, aman el dormir»* (Is 56:10).

Lugares peligrosos

Este pasaje bíblico seguramente podemos aplicarlo también a nuestra vida personal. Nosotros también nos las tenemos que ver con un enemigo que cuenta con una experiencia de siglos en cuanto a la seducción de los hombres y que emplea su inteligencia para «devorarnos» (1 P 5:8).

Joram entonces no sospechaba nada de lo que se estaba fraguando a sus espaldas, y a nosotros nos está pasando lo mismo. Satanás conoce muy bien nuestros puntos débiles, por haberlos observado muy bien, mientras que nosotros creemos estar seguros, sin sospechar nada y a menudo sin conocer ni siquiera

las deficiencias en nuestro carácter y los frentes de ataque que le ofrecemos.

A menudo tenemos una imagen completamente equivocada de nosotros mismos, teniendo cuidado de ciertos puntos débiles generales en nuestra vida, mientras que somos ciegos para nuestras debilidades reales y nuestros pecados. A veces reaccionamos asombrados o incluso indignados cuando alguien tiene el amor y el valor de llamarnos la atención sobre las debilidades y los peligros en nuestro carácter que durante años han estado originando sufrimiento en otras personas y han debilitado nuestra credibilidad.

Deberíamos estar agradecidos cuando en tal caso existan semejantes «profetas» como Eliseo, que nos muestren donde están los peligros para nosotros y qué lugares, encuentros, influencias etc. debemos evitar o con qué preparación debemos enfrentarnos a ellos.

Hubiese sido mejor que Pedro hubiese evitado acercarse al patio del sumo sacerdote, porque entonces no hubiese ocurrido el terrible pecado de la negación del Señor Jesús. Y aquel discípulo (Juan probablemente) que en ese lugar no se enfrentó a ningún problema, no fue ninguna ayuda para Pedro, cuando consiguió que Pedro pudiera entrara allí, por hablar con la portera en favor de él, a pesar de que posiblemente sabía de la debilidad de Pedro en este punto.

Si Sansón hubiese considerado bien su punto débil, hubiese evitado acercarse a la ciudad filistea de Gaza y al valle de Sorec (Jue 16). Pero así cayó en el pecado, perdió su fuerza, su visión y finalmente su vida.

Un rey furioso y un soldado hablando en plata

Mientras que el rey de Israel se tomó en serio la advertencia del profeta, «cuidándose» y evitando estar allí donde Ben-adad había planeado el asalto, éste estaba muy furioso porque sospechaba que entre sus soldados de confianza había un «zorro», es decir, un traidor que informaba a su enemigo, al rey Joram, de su plan de batalla secreto, dejándole a él en ridículo.

De pronto pide la palabra uno de sus súbditos. Con una franqueza asombrosa y sin ningún apuro le explica a su rey que Eliseo, el profeta de Israel comunica al rey Joram toda palabra que Ben-adad ha hablado en su dormitorio. Menuda vergüenza y motivo de gran preocupación, oír tal análisis de la situación en presencia de sus generales y consejeros.

Si nos imaginamos la situación es para reírse un poco y nos preguntamos: ¿quién era ese soldado valiente que informó tan lozano al rey sobre los poderes sobrenaturales de Eliseo, a quien aparentemente conocía bien?

Algunos comentaristas sospechan que pudo haber sido el general Naamán, porque había conocido las capacidades de Eliseo por su propia experiencia. Pero la Biblia guarda silencio sobre esto y encamina nuestros pensamientos para que nos demos cuenta que Dios no sólo conoce nuestras palabras y lo que hacemos, sino también nuestros pensamientos y motivaciones:

«Oh Señor, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Señor, tú la sabes toda» (Sal 139:1-4).

¿Es el hecho de la omnipresencia y omnisciencia de Dios algo abrumador o algo liberador para nosotros?

¿Un pensamiento aterrador?

«... porque Dios conmigo está y Él todo mirará...»

Para el rey impío Ben-adad era un pensamiento aterrador que alguien conociese sus pensamientos, palabras y hechos más secretos y privados. Esa persona tan sumamente desagradable había que eliminarla. Un control ilimitado y total de nuestra vida parece quitarnos toda libertad, alegría de la vida y nuestro derecho a decidir nosotros mismos según nuestra voluntad.

Este es un tema muy actual. Ya hace años se publicaron en algunas revistas conocidas o en ciertos libros los testimonios de diferentes personajes evangélicos que se quejaban de que de niño en la escuela dominical o en sus hogares habían cantado tan a menudo por ejemplo la canción: «Cuidado mis ojitos al mirar...», que no lo podían olvidar. Decían que esta canción tenía la culpa de que como niños habían adquirido una imagen completamente equivocada de Dios, pensando con miedo en Él por ser un Dios amenazador. Así explicaban que eso habría originado considerables trastornos psíquicos en ellos y problemas espirituales tal y como «una autoestima quebrantada». Valga como ejemplo aquí el testimonio de un conocido evangelista alemán que cuenta de su crisis espiritual y de su cese como evangelista:

«Una canción que siempre cantábamos en la escuela dominical era la de «Cuidado mis ojitos al mirar...». ¡Menudo texto! ¿Ves? Aún le sé de memoria. Igual que muchos otros textos y versículos de la Biblia que me exhortan: «Ten cuidado de lo que haces en la vida, porque Dios te está mirando. Y no está bien cómo estás viviendo tu vida. Porque eres una persona pecaminosa y mala». Ese es uno de los temas recurrentes en mi vida. Aún hoy sigo teniendo problemas con mi autoestima, y me cuesta aceptarme a mí mismo, porque de niño nunca lo aprendí. ¿Comprendes?»

El mismo autor escribe de sus nuevas convicciones: «Yo, Tors-

ten Hebel, soy bueno. Suena raro, ¡pero es así! Puedo estar orgulloso de mí mismo. Tengo talentos y puedo gozarme de la vida. No tengo que sentirme mal constantemente, porque presuntamente soy un pecador y sólo Dios es bueno. No. ¡Yo también soy bueno! ¡Soy bueno! ¡Soy bueno!

La certidumbre de la omnipresencia y omnisciencia de Dios normalmente debería ser un gran consuelo y de mucho aliento para nosotros los creyentes, y también un estímulo para vivir santamente. David quien estaba meditando y maravillándose sobre estos atributos de Dios en el Salmo antes citado, llegó a confesar: «*¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos! Si los enumero, se multiplican más que la arena; despierto, y aún estoy contigo*» (Sal 139:17-18).

Para Jacob, por el contrario, en su huida por el temor a la venganza de su hermano Esaú, a quien había engañado, la experiencia de la presencia de Dios fue un acontecimiento que le infundió gran temor, a pesar de todas las promesas que Dios le había dado en un sueño. Cuando en aquella noche notable se despertó y exclamó: «*Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo*» (Gn 28:16-17).

Watchman Nee dice muy bien en su comentario sobre la vida de José: «*La casa de Dios es efectivamente temible para aquellos que no han sido transformados por el Espíritu de Dios*» (W. Nee: «*El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob*»).

Si nosotros estamos siguiendo al Señor con pecados sin limpiar en nuestro equipaje, el conocimiento de la omnisciencia de Dios no será una alegría para nosotros, sino que será motivo de agobio.

La reacción de Ben-adad sobre las capacidades del profeta Eliseo no le llevó a reconocer su culpa, sino que originó que mandara a su «grande ejército» (v. 14) para buscar y eliminar a ese amonestador y destructor de sus planes. La clara intervención de Dios no le llevó al arrepentimiento.

Capítulo 17

Ojos abiertos y ojos ciegos

Entonces envió el rey allá gente de a caballo, y carros, y un gran ejército, los cuales vinieron de noche, y sitiaron la ciudad. Y se levantó de mañana y salió el que servía al varón de Dios, y he aquí el ejército que tenía sitiada la ciudad, con gente de a caballo y carros. Entonces su criado le dijo: ¡Ah, señor mío! ¿qué haremos? Él le dijo: No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos. Y oró Eliseo, y dijo: Te ruego, oh Señor, que abras sus ojos para que vea. Entonces el Señor abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo. Y luego que los sirios descendieron a él, oró Eliseo al Señor, y dijo: Te ruego que hieras con ceguera a esta gente. Y los hirió con ceguera, conforme a la petición de Eliseo. Después les dijo Eliseo: No es este el camino, ni es esta la ciudad; seguidme, y yo os guiaré al hombre que buscáis. Y los guió a Samaria. Y cuando llegaron a Samaria, dijo Eliseo: Señor, abre los ojos de éstos, para que vean. Y el Señor abrió sus ojos, y miraron, y se hallaban en medio de Samaria. Cuando el rey de Israel los hubo visto, dijo a Eliseo: ¿Los mataré, padre mío? El le respondió: No los mates. ¿Matarías tú a los que tomaste cautivos con tu espada y con tu arco? Pon delante de ellos pan y agua, para que coman y beban, y vuelvan a sus señores. Entonces se les preparó una gran comida; y cuando habían comido y bebido, los envió, y ellos se volvieron a su señor. Y nunca más vinieron bandas armadas de Siria a la tierra de Israel (2 R 6:14-23).

Este pasaje tan interesante contiene cantidad de lecciones importantes sobre la capacidad de visión espiritual y sobre la ceguera espiritual.

En primer lugar, vemos aquí al criado de Eliseo del cual no conocemos el nombre. A pesar de su celo espiritual está ciego en cuanto a las realidades invisibles y por eso se llena de temor.

En segundo lugar la Biblia nos habla aquí del «gran ejército» sirio. Por la oración de Eliseo Dios hiere a este ejército con ceguera para que no vea las realidades visibles. Pocas horas más tarde – otra vez en respuesta a la oración de Eliseo – los ojos de estos soldados son abiertos de nuevo y entonces ven la situación amenazadora en la que se encuentran.

Luego tenemos en este pasaje al profeta Eliseo y vemos cómo reacciona con profunda paz y tranquilamente orando, aun hallándose en circunstancias tan peligrosas. Reacciona así, porque tiene ojos abiertos para las verdades espirituales.

Por último vemos aquí al rey de Israel que a pesar de haberle fascinado a corto plazo todos los milagros a su alrededor, sin embargo, no ha experimentado un cambio espiritual. Tenemos un himno donde el poeta pide algo en oración que todos nosotros necesitamos verdaderamente:

O Dios da a mis ojos la visión,

en ellos tu mano santa pon.

La plaga peor, yo diría

es no ver la luz en pleno día.

(Christian Friedrich Richter 1676–1711)

«Por armas deja ver astucia y gran poder...»

Un fuerte ejército con «carros y caballos» se ha puesto en marcha para arrestar al profeta de Dios, por haber estorbado los planes de ataque del rey sirio. Llegan secretamente por la noche cercando la ciudad Dotán, para a la mañana siguiente exigirle a la población que le entreguen al profeta, del que sospechan que estaría teme-

rosamente escondido allí. ¡Qué despliege y atuendo para capturar a un hombre indefenso! Todo lector de la Biblia al leer esta escena pensará en otra noche cuando nuestro Señor Jesucristo también fue buscado por una gran multitud con espadas y palos (Mt 26:47), linternas y antorchas (Jn 18:3). Como si se tratara de un criminal de peligro público, que huía de la luz del día y se escondía por temor.

Un siervo temeroso

Sustituyendo a Giezi ahora este siervo sin nombre estaba al servicio del profeta, para aprender a su lado, compartir experiencias y servirle modestamente. Un buen retrato de lo que debiera ser la comunión bendecida entre dos creyentes, como lo practicó el Señor con sus discípulos, o el apóstol Pablo con sus colaboradores más jóvenes.

Algo muy positivo nos llama la atención en este joven, y es que se levantaba temprano, según leemos en el relato bíblico. Pero su primera mirada temprano por la mañana no se fijó en la Palabra de Dios y sus promesas, sino en un poderoso ejército enemigo con carros y caballos que había cercado la ciudad.

También es positivo que este criado al ver este gran peligro no huyó ni se escondió, sino que se apresuró a ir a Eliseo con todo su miedo y temor a la muerte, descubriéndole su corazón: *«¿Ah, señor mío! ¿Qué haremos?»* Cuando no hay ningún peligro a la vista cantamos de buen ánimo y en comunión con otros creyentes: *«¿Estás débil y cargado de cuidados y temor? A Jesús, refugio eterno, dile todo en oración.»*

Pero cuando de pronto aparece Satanás en nuestra vida diaria rugiendo y amenazándonos, entonces queda de manifiesto si lo que confesamos con nuestras palabras o canciones es genuino o no. ¡Qué bueno es entonces si en esa situación seguimos el ejem-

plo del siervo de Eliseo. El comentarista Henry Rossier escribe lo siguiente sobre este suceso:

«Todo en el mundo es apto para infundir temor a unos pobres y débiles seres pecaminosos como los somos nosotros. Tenemos lucha con circunstancias difíciles, con el mundo, sus seducciones o su enemistad, con el odio de Satanás, con nosotros mismos y nuestra naturaleza pecaminosa... ¿Quién nos dará respuesta a tantas preguntas inquietantes? ¿Quién podrá calmar el temor y la agitación de nuestros corazones? Dios solamente, porque Él tiene una respuesta para todo.»

«No tengas miedo...»

¡Cuántas veces leemos estas palabras alentadoras tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo! ¡Cuántas veces nuestro Señor alentó con estas palabras a sus discípulos desanimados y temerosos, y consoló con ellas a personas afligidas por la muerte de un ser querido.

Eliseo, que ya hace tiempo sabía del cerco de la ciudad por los enemigos, aquí le dice estas palabras a su «alumno». Su criado, unido en el servicio con su señor, tenía que vivir experiencias que después de la muerte de su maestro debían marcar su ministerio futuro. La actitud de Eliseo sin temor alguno y lleno de paz frente a esta amenaza fue algo inolvidable para su criado e igualmente importante como sus palabras. Por su experiencia Eliseo pudo decirle lo que luego iba a vivir en la realidad: *«Porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos».*

«Cuando un siervo de Dios se encuentra dentro de la voluntad de Dios haciendo Su obra, entonces es inmortal hasta que haya concluido su trabajo» (Warren W. Wiersbe).

Eliseo tenía una certidumbre la cual David ya había expresado en sus Salmos:

«Cuando se juntaron contra mí los malignos, mis angustiadores y mis enemigos, para comer mis carnes, ellos tropezaron y cayeron. Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón; aunque contra mí se levante guerra, yo estaré confiado» (Salmo 27:2-3).

«El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los defiende» (Sal 34: 7). Muchos sucesos de la Biblia nos cuentan de cómo algunos fueron guardados, liberados y animados por medio de ángeles, los mensajeros de Dios. También sabemos de misioneros que vivieron cosas asombrosas. Y seguro que nosotros mismos como discípulos de nuestro Señor habremos vivido experiencias parecidas o incluso hospedado «ángeles» sin saberlo (Heb 13:1-2).

La oración pidiendo ojos abiertos

Eliseo no le reprocha a su criado su poca fe ni que dudó del poder de Dios. Después de haberle animado fuertemente con pocas palabras y después de haberle indicado el poder de Dios, Eliseo ora por él. Son sólo pocas palabras, pero dejan muy claro que todos nosotros dependemos de la ayuda e iluminación por parte de Dios – así también cuando oímos o leemos la Palabra de Dios:

«El oído que oye, y el ojo que ve, ambas cosas igualmente ha hecho el Señor» (Pr 20:12).

«Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley» (Sal 119:18).

Dios contestó inmediatamente esta oración, y causa un gran impacto en el criado el hecho de ver el poder de Dios. Ve lo que el profeta ya sabía hacía mucho tiempo y lo que él mismo como «hijo» del profeta Elías había visto y experimentado antes de su ascensión al cielo: *«carro de fuego con caballos de fuego»* (2 Reyes 2:11).

«También para nosotros es bueno que seamos conscientes en la fe y que nos acompañe el bendito conocimiento de que está con noso-

tros en nuestro viaje a través de un mundo enemigo Aquel que dijo: «No te dejaré ni te desampararé». Y que somos objeto del cuidado misericordioso de aquellos ejércitos de ángeles que son enviados «para el servicio a favor de los que serán herederos de la salvación» (Heb 1:14).» (Cita de Hamilton Smith).

Una oración poco común

Eliseo y su criado alentado descienden del monte y se muestran sin temor a la fuerza enemiga haciéndoles la oferta de mostrarles el camino y la persona que buscan. Pero Eliseo había orado antes pidiendo a Dios que hiriera con ceguera a los enemigos. Spurgeon comenta este pasaje así: *«Podemos ser guías de ciegos, pero no les podemos dar la visión; podemos exponer la verdad delante de ellos, pero no podemos abrir sus ojos. Eso es obra de Dios únicamente.»*

Quizás sus ojos estaban velados como los ojos de los discípulos de Emaús *«para que no le conociesen»* (Lc 24:16); o como dice nuestro Señor de aquellos que no creen: *«... viendo veréis, y no percibiréis»* (Mt 13:14).

¡Qué confianza tuvo Eliseo en que Dios contestaría su oración! Y con esa confianza fue a donde estaban los soldados – y no olvidemos que su criado le siguió. Probablemente temblándole las rodillas, pero le siguió y así vivió una experiencia maravillosa en la fe.

Esas experiencias no se hacen en la mesa de escribir o leyendo biografías impactantes, sino solamente en la práctica.

Si nos imaginamos concretamente la escena de esta historia insólita notaremos algo de la ironía de Dios: Un poderoso ejército, infantería y caballería, siguiendo confiados a su enemigo principal. Sin sospecha alguna son guiados a la capital del rey enemigo, donde espantados reconocen de pronto a Eliseo a quien

buscaban y a los soldados enemigos mucho más potentes que ellos. Todo porque Eliseo había vuelto a orar a Dios, pidiendo que les abriera los ojos de nuevo.

Uno que viendo no ha comprendido nada

Con esta historia no salimos del asombro: El rey Joram, quien poco más tarde en el mismo capítulo lleno de ira pedirá la cabeza de Eliseo (v. 31) es testigo ocular de este milagro: ve como sus enemigos son entregados indefensos delante de él, y cosa asombrosa, llama a Eliseo «padre». De momento es positivo que no empieza en seguida a sacudirles, sino que se dirige primero a Eliseo pidiéndole permiso: «*¿Los mataré, padre mío?*» (v. 21).

La respuesta de Eliseo dirigida a este «hijo del homicida» tornadizo como calificará algo más tarde al rey de Israel en el v. 32, muestra algo del carácter ejemplar de Eliseo. No hace caer fuego del cielo para sus enemigos, como Elías (2 R 1:10), sino que muestra un comportamiento como más tarde mostraría nuestro Señor Jesucristo cuando los dos «hijos del trueno» llenos de ira querían responder al rechazo con «fuego del cielo» (Lc 9:54).

Nuestro Señor había mandado a sus discípulos inequívocamente cómo debían reaccionar ante la enemistad y el rechazo: «*Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian*» (Lc 6:27).

Con la misma actitud reaccionó Eliseo ante la intención de Joram. Manda hacer misericordia con los enemigos y darles una gran comida (v. 23) después de su larga marcha, para bendecirlos y al mismo tiempo avergonzarlos.

Qué lección más valiosa y práctica en cuanto a la bondad y misericordia pudo haber aprendido Joram de Eliseo. Pero, lamentablemente, el rey de Israel permaneció ciego ante estas cualida-

des, a pesar de que obedeció al mandato de Eliseo – probablemente con antipatía en su interior. Su corazón permaneció insensible, y no hicieron mella en él los milagros vividos de la gracia de Dios. Los vio, sí, pero no comprendió nada en absoluto.

Del reformador inglés William Tyndale, se nos cuenta que en la misma hoguera pronunció una última oración antes de morir: «*¡Señor, abre los ojos al rey de Inglaterra!*» No pidió venganza, ni un juicio para sus asesinos, sino ojos abiertos para la gracia de Dios.

Fue una oración que nosotros hoy deberíamos orar más a menudo ante los desvaríos políticos y morales de nuestras autoridades en los últimos tiempos.

Así termina esta historia dramática con la retirada de los soldados sirios, que esperamos que volvieron a su patria con una profunda impresión permanente de la gracia, misericordia y verdad del Dios de Israel y de su profeta Eliseo, y nunca más participaron en incursiones semejantes.

Capítulo 18

Pecado desbordante y gracia sobreabundante

Después de esto aconteció que Ben-adad rey de Siria reunió todo su ejército, y subió y sitió a Samaria. Y hubo gran hambre en Samaria, a consecuencia de aquel sitio; tanto que la cabeza de un asno se vendía por ochenta piezas de plata, y la cuarta parte de un cab de estiércol de palomas por cinco piezas de plata. Y pasando el rey de Israel por el muro, una mujer le gritó, y dijo: Salva, rey señor mío. Y él dijo: Si no te salva el Señor, ¿de dónde te puedo salvar yo? ¿Del granero, o del lagar? Y le dijo el rey: ¿Qué tienes? Ella respondió: Esta mujer me dijo: Da acá tu hijo, y comámoslo hoy, y mañana comeremos el mío. Cocimos, pues, a mi hijo, y lo comimos. El día siguiente yo le dije: Da acá tu hijo, y comámoslo. Mas ella ha escondido a su hijo. Cuando el rey oyó las palabras de aquella mujer, rasgó sus vestidos, y pasó así por el muro; y el pueblo vio el cilicio que traía interiormente sobre su cuerpo. Y él dijo: Así me haga Dios, y aun me añada, si la cabeza de Eliseo hijo de Safat queda sobre él hoy. Y Eliseo estaba sentado en su casa, y con él estaban sentados los ancianos; y el rey envió a él un hombre. Mas antes que el mensajero viniese a él, dijo él a los ancianos: ¿No habéis visto cómo este hijo de homicida envía a cortarme la cabeza? Mirad, pues, y cuando viniere el mensajero, cerrad la puerta, e impedidle la entrada. ¿No se oye tras él el ruido de los pasos de su amo? Aún estaba él hablando con ellos, y he aquí el mensajero que descendía a él; y dijo: Ciertamente este mal del Señor viene. ¿Para qué he de esperar más en el Señor? (2 Reyes 6:24-33).

Estamos ante un capítulo dramático y lleno de emoción. Con pocas palabras vemos dibujado el estado moral de Israel. Pero

sobre este fondo de pecado horroroso y tenebroso brilla tanto más la gracia inconcebible de Dios.

A primera vista, muchos detalles de este pasaje parecen enigmáticos o incluso contradictorios. Pero leyendo el texto con sosiego vemos pequeños detalles que aclaran las conexiones sin gran esfuerzo imaginativo.

El capítulo anterior terminó con la afirmación de que las bandas armadas sirias no volvieron a asaltar el país de Israel, después de haber sido humillados y avergonzados, y ahora se nos informa aquí que Ben-adad, el rey de Siria ha reunido a todo su ejército para sitiar la ciudad de Samaria.

No se trata aquí, pues, de una de las muchas incursiones de pequeñas bandas armadas, – como en el pasado – sino de una campaña militar siria cuidadosamente preparada, para matar de hambre a Samaria, la capital de Israel con la sede del gobierno y reinado de Joram, mediante un sitio de muchos meses de duración. Este cambio de táctica debía conseguir por fin el final definitivo del pueblo de Dios. El hambre y no la espada debían acabar con ellos y al mismo tiempo, poner de manifiesto para todos el estado interior de Israel, digno de ser juzgado. Se ha de mostrar el estado moral del pueblo de Dios y de su rey Joram, quien ya repetidas veces había vivido pruebas de la gracia y del poder de Dios. Pero su corazón inestable no se dejó cambiar por la benignidad de Dios.

Por encima de toda la astucia de los enemigos de Israel y por encima de toda la corrupción moral dentro de la ciudad sitiada, vemos con toda claridad la mano de Dios tratando de ganar el corazón de su pueblo mediante el juicio y la gracia.

Cabezas de asnos y estiércol de palomas

Aparentemente, el sitio de la ciudad no había logrado una humillación y un arrepentimiento genuino en el rey y en el pueblo. El contexto en esta historia indica que Eliseo había instado a Joram a arrepentirse y que le había dicho que ese mal venía del Señor (v. 33). Además parece ser que Eliseo le había aconsejado insistentemente esperar la intervención y salvación de Dios, porque las últimas palabras de Joram en este capítulo son: *«¿Para qué he de esperar más en el Señor?»*

Sea como fuere, parece que la influencia de Eliseo logró que al menos superficialmente Joram estaba conmovido, porque llevaba *«cilicio interiormente sobre su cuerpo»* (v. 30). Esta señal exterior de arrepentimiento y humillación no se veía a primera vista. Se hizo visible cuando rasgó sus vestidos en un acto de desesperación (v. 30). No fue, pues una confesión pública y visible de su arrepentimiento – como más tarde lo vemos en el rey de Nínive (Jon 3:6-9) – y no arrastró al pueblo impulsándolo a un arrepentimiento general y profundamente sentido en los corazones.

No, y esto nos hace recordar las palabras de Jeremías: *«Los azotaste, y no les dolió; los consumiste, y no quisieron recibir corrección; endurecieron sus rostros más que la piedra, no quisieron convertirse»* (Jer 5:3).

Y así ocurrió lo que Dios ya había profetizado hacía siglos:

«Y quebrantaré la soberbia de vuestro orgullo, y haré vuestro cielo como hierro, y vuestra tierra como bronce. Vuestra fuerza se consumirá en vano, porque vuestra tierra no dará su producto, y los árboles de la tierra no darán su fruto» (Lv 26:19-20).

La falta de alimentos y la desesperación eran tan graves que la gente gastaba una fortuna para comprarse cabezas de asnos, que eran inmundos y estiércol de paloma. Cosas por las cuales anteriormente habían sentido asco, ahora ansiaban obtenerlas y negociaban con ellas.

En la historia de la iglesia también hubo tiempos en los que reinaban circunstancias parecidas en las que ofrecían en las iglesias piedras en lugar de pan y donde desde el púlpito trillaban paja. Quizás vengan ahora otra vez tiempos parecidos. No estamos muy lejos de aquellas condiciones si consideramos lo que algunas autoridades eclesiales ofrecen como «alimento espiritual» oralmente o por escrito en congresos y otros eventos, y a menudo a precios muy elevados – y muchos lo reciben y aceptan.

De mal en peor...

Cuando en esta situación tan angustiada el rey Joram pisó el muro de la ciudad para considerar la situación de la nación, se ve confrontado con lo más bajo de la moral de su pueblo. Una mujer desesperada le grita toda su aflicción y se ve que han llegado a tal extremo que incluso las madres están dispuestas a matar a sus hijos para saciar su hambre con la carne de sus hijos.

También esto lo había profetizado Dios ya hacía mucho tiempo:

«Y comerás el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos y de tus hijas que el Señor tu Dios te dio, en el sitio y en el apuro con que te angustiará tu enemigo» (Dt 28:53).

Las madres o los padres que por naturaleza se sacrifican por sus hijos, ahora sacrifican a sus hijos e hijas para mantenerse en vida ellos mismos – impulsados por un egoísmo a sangre fría.

El paralelismo con nuestros días es evidente. Hoy hacen pedazos al bebé matándolo ya en el seno de su madre, pues sería «cruel» limitar la libertad de la mujer y el disfrute de la vida.

Los niños son sacrificados sobre el altar de la carrera o del dinero, para poder vivir en prosperidad. Y todo esto no lo hacen solamente personas que dicen ser ateos sin admitir una autoridad por encima de sí. ¡No! Eso también lo hacen los que se lla-

man creyentes «conservadores y fieles a la Biblia». La consecuencia son iglesias en extinción y «tierra quemada» en muchos lugares de nuestro país, y al mismo tiempo el juicio divino a causa de esta planificación de la vida egoísta e impía.

Un plan de asesinato anunciado piadosamente

En esta situación Joram «se quita la máscara», por así decirlo. Ve a Eliseo como el único culpable de la terrible tribulación en el pueblo de Dios. Nada de humillación o cuestionarse a sí mismo. Un fiero odio lo impulsa a querer matar a aquel que en muchas situaciones angustiosas le había salvado la vida, y a quien incluso había llamado «padre» espiritual (v.21).

«Le da la culpa a aquel que era el único en quien no había pecado de apostasía de Dios» (Hamilton Smith).

A semejanza como su madre impía Jezabel (1 R 19:2), introduce su intención de asesinarle con un juramento, que, bien mirado, debía quitarle de cometer ese pecado: *«Así me haga Dios, y aun me añada, si la cabeza de Eliseo hijo de Safat queda sobre él hoy» (v.31).*

El comentarista Hamilton Smith traza aquí la línea al Nuevo Testamento y nos recuerda una escena bien conocida para todos nosotros:

«¿No es esta escena sombría un reflejo de las tinieblas aún mayores de la cruz, donde la maldad del mundo, culmina en la condenación de Aquel, que fue el único entre todo el género humano que estaba libre de todo pecado.»

Paz en la tormenta

Cambiamos de escena y es para asombrarse: mientras Joram, lleno de rabia, está de camino para asesinar a Eliseo, Eliseo está sentado en completa paz en su casa con los ancianos de la ciudad, sabiendo las intenciones de Joram por habérselo declarado Dios.

Aquí vemos como Eliseo supera aún a su padre espiritual Elías. Mientras que Elías huye aterrorizado al desierto después de la amenaza de matarlo pronunciada por Jazabel, temiendo a los hombres, vemos que Eliseo en una situación muy parecida está completamente tranquilo y sin rastro de temor.

Rodeado de hombres que evidentemente apreciaban y buscaban sus consejos, confía en la protección de Dios, dando únicamente el mandato de cerrar la puerta delante del rey, con una paz interior asombrosa.

Qué paralelo más bello y alentador, y qué ilustración más adecuada para la confesión de David en el Salmo 27:1-4:

«El Señor es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? El Señor es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme? Cuando se juntaron contra mí los malignos, mis angustiadores y mis enemigos, para comer mis carnes, ellos tropezaron y cayeron. Aunque un ejército acampe contra mí, no temeré mi corazón; aunque contra mí se levante guerra, yo estaré confiado.»

Una cosa he demandado al Señor, ésta buscaré; que esté yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor, y para inquirir en su templo.»

Juan Paton (1824 – 1907) el misionero a los caníbales en las Islas Nuevas Hébridas al este de Australia vivió la paz de Dios en situaciones muy parecidas. Estuvo muchas veces en peligro de muerte, antes de que por fin Dios obrara un gran avivamiento entre estos hombres tan crueles. Los caníbales habían jurado muchas veces eliminar a ese intruso costara lo que costara. En su autobiografía, Paton narra una de esas situaciones de peligro mortal:

«Mis enemigos casi en ningún momento dejaban de lado sus intenciones malévolas contra mí, aunque hubo veces que por algún tiempo se tranquilizaban.

... Un guerrero salvaje me persiguió durante horas con su mosquete cargado. Aunque muchas veces apuntó contra mí, Dios impidió que disparara. Le dije palabras amables y continué con mi trabajo como si no estuviese presente, porque yo estaba plenamente convencido que Dios me había llevado a ese lugar y que me protegería hasta que hubiese concluido el trabajo que había designado para mí. Mientras que orando continuamente puse mi mirada en el Señor Jesús, dejé todo en Sus manos, sintiéndome inmortal, hasta que mi obra estuviese concluida. Tribulaciones y liberaciones «por un pelo» fortalecieron mi fe y mi impresión es que me fortalecían para las aflicciones subsiguientes que se presentaban continuamente.»

Dios permita que el ejemplo de Eliseo y de Juan Paton nos animen allí donde Dios nos haya colocado, para confiar en Él y en sus promesas y vivir experiencias parecidas en la fe.

Un hombre de palabras claras

Es fácil que haya pasado desapercibido un pequeño detalle de esta historia dramática: Eliseo no teme llamar a Joram «hijo de homicida» delante de los ancianos de la ciudad. Con ello recuerda a Acab, el padre de Joram, de quien la Biblia nos deja un juicio estremecedor:

«A la verdad ninguno fue como Acab, que se vendió para hacer lo malo ante los ojos del Señor; porque Jezabel su mujer lo incitaba» (1 R 21:25).

Eso también se requiere de los profetas de Dios, que llamen al pecado por su nombre, sin acepción de personas.

Gracia sobreabundante

Después que Joram había mostrado claramente lo tenebroso y falto de esperanza que estaba su corazón, el Espíritu de Dios muestra la magnitud inconcebible de la gracia y paciencia de Dios y de su profeta Eliseo. No leemos de ninguna palabra de juicio sobre el «hijo de homicida» y las abominaciones terribles del pueblo:

«Oíd palabra del Señor: Así dijo el Señor: Mañana a estas horas valdrá el seah de flor de harina un siclo, y dos seahs de cebada un siclo, a la puerta de Samaria» (2 R 7:1).

Así pues vemos también en esta historia rasgos del carácter de Eliseo que se ven de forma perfecta en la vida de nuestro Señor Jesús: ¡Gracia y verdad!

«Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia» (Ro 5:20).

Capítulo 19

Si callamos nos alcanzará nuestra maldad

«Había a la entrada de la puerta cuatro hombres leprosos, los cuales dijeron el uno al otro: ¿Para qué nos estamos aquí hasta que muramos?

Si tratáremos de entrar en la ciudad, por el hambre que hay en la ciudad moriremos en ella; y si nos quedamos aquí, también moriremos. Vamos, pues, ahora, y pasemos al campamento de los sirios; si ellos nos dieran la vida, viviremos; y si nos dieran la muerte, moriremos. Se levantaron, pues, al anochecer, para ir al campamento de los sirios; y llegando a la entrada del campamento de los sirios, no había allí nadie. Porque el Señor había hecho que en el campamento de los sirios se oyese estruendo de carros, ruido de caballos, y estrépito de gran ejército; y se dijeron unos a otros: He aquí, el rey de Israel ha tomado a sueldo contra nosotros a los reyes de los heteos y a los reyes de los egipcios, para que vengan contra nosotros. Y así se levantaron y huyeron al anochecer, abandonando sus tiendas, sus caballos, sus asnos, y el campamento como estaba; y habían huido para salvar sus vidas. Cuando los leprosos llegaron a la entrada del campamento, entraron en una tienda y comieron y bebieron, y tomaron de allí plata y oro y vestidos, y fueron y lo escondieron; y vueltos, entraron en otra tienda, y de allí también tomaron, y fueron y lo escondieron. Luego se dijeron el uno al otro: No estamos haciendo bien. Hoy es día de buena nueva, y nosotros callamos; y si esperamos hasta el amanecer, nos alcanzará nuestra maldad. Vamos pues, ahora, entremos y demos la nueva en casa del rey. Vinieron, pues, y gritaron a los guardas de la puerta de la ciudad, y les declararon, diciendo: Nosotros fuimos al campamento de los sirios, y he aquí que no había allí nadie, ni voz de hombre, sino caballos atados, asnos también atados, y el campamento intacto. Los porteros gritaron, y lo anun-

ciaron dentro, en el palacio del rey. ... Y ellos fueron, y los siguieron hasta el Jordán; y he aquí que todo el camino estaba lleno de vestidos y enseres que los sirios habían arrojado por la premura. Y volvieron los mensajeros y lo hicieron saber al rey. Entonces el pueblo salió, y saqué el campamento de los sirios. Y fue vendido un seah de flor de harina por un siclo, y dos seahs de cebada por un siclo, conforme a la palabra del Señor. Y el rey puso a la puerta a aquel príncipe sobre cuyo brazo él se apoyaba; y lo atropelló el pueblo a la entrada, y murió, conforme a lo que había dicho el varón de Dios, cuando el rey descendió a él» (2 R 7:3-17 abreviado).

La burla pesa más que la incredulidad

Antes de centrarnos en este cambio de escena tan sumamente dramático, vamos a echar una mirada al «príncipe» del rey Joram. Probablemente era su general del ejército o su mano derecha. Había oído con sus oídos la «palabra del Señor» dicha por Eliseo. Pero este mensaje de que al cabo de 24 horas el hambre terrible se iba a transformar en abundancia de harina y cebada, le parecía tan utópico que dijo burlándose con cinismo: «*¿Si el Señor hiciese ahora ventanas en el cielo, ¿sería esto así?*» (2 R 7:2).

El rey Joram, por lo menos, había callado ante esta profecía de Eliseo, a pesar de haber tenido la intención de matarle. No creyó a las palabras de Eliseo – como muestra el desarrollo de la historia. Pero su príncipe se burló de la liberación de Dios anunciada. Aparentemente pesa más a los ojos de Dios la burla y el desprecio de la gracia inmerecida y de la bondad del Señor que la incredulidad. A Eliseo no le queda otra, sino anunciar el juicio, el cual se lleva a cabo al final de la historia.

Esta escena nos recuerda la historia trágica de los muchachos de Betel que se burlaron de Eliseo (2 R 2:23-24). Allí y aquí la respuesta es el juicio inmediato.

¡Guardémonos de hacer comentarios burlones sobre promesas en la Palabra de Dios que nos parezcan muy improbables! El apóstol Pedro nos avisa muy encarecidamente: «... *sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación.*» (2 P 3:3-4).

¡Expulsados y sin esperanza!

Los milagros divinos a menudo ocurren sobre el fondo de la desesperación humana. Después de haber visto a los líderes políticos de Israel sin esperanza, vemos ahora a cuatro hombres que también estaban agotados y sin esperanza alguna de liberación.

Siendo leprosos expulsados por su mismo pueblo, ya habían tenido experiencias amargas con la soledad y el hambre. El pensamiento de la muerte los acompañaba desde que comenzó su enfermedad. Ahora se encontraban desesperados ante las puertas de la ciudad de Samaria sin imaginarse lo que acababa de suceder dentro de la ciudad. Parece ser que no habían oído la profecía de Eliseo. Nuevamente se dieron cuenta de su situación sin esperanza ni salida y vieron sólo una única posibilidad de sobrevivir bastante utópica: quizá los sirios los dejarían con vida, si se pasaban a ellos.

Ya es algo el hecho de que no cayeran en una profunda depresión – hartos de la vida. Por el contrario, se alentaron mutuamente con las palabras «*Vamos, pues, ahora, y pasemos ...*» No pierden el tiempo y al atardecer se ponen en marcha. Quizá con una chispa de esperanza de que en la oscuridad los sirios no vieran que ellos eran leprosos, sino que se imaginaran que eran mendigos y les echaran algunos restos de comida.

Cuando por fin llegaron al campamento de los sirios con el último resto de voluntad y ganas de sobrevivir, seguro que pensaron que estaban soñando. No había persona alguna allí. No había centinelas que ya de lejos hubiesen apercibido y dado aviso de su llegada. Ante sus ojos se extiende un campamento de tiendas asolado, pero completamente despoblado. Los caballos y asnos están reposando y pastando como si nada hubiese ocurrido, pero las entradas a las tiendas se ven extrañamente arrancadas y abiertas. Al entrar cuidadosamente en las tiendas, finalmente comprenden que allí había ocurrido lo inconcebible: Por algún motivo desconocido, los sirios habían abandonado su campamento precipitadamente.

El «estrépito de gran ejército»

En el capítulo 6 el «gran ejército» de los sirios fue impedido de dañar a Eliseo por medio de un milagro «óptico» (fueron heridos con ceguera), mientras que aquí Dios se vale de un milagro «acústico» para poner en fuga al campamento sirio. El «estrépito» de ejércitos que se están aproximándose de diferentes direcciones les hizo pensar que los Israelitas habían sobornado a los hetitas y egipcios para que los asaltaran. Para Dios era suficiente el ruido – es decir la ilusión del «estrépito de un gran ejército» – para confundir un ejército, infundirles terror a la muerte y hacerles huir descabezados. Este hecho debiera infundirnos aliento en situaciones parecidas.

Los cuatro leprosos, muy cercanos a morir, hallaron salvación justamente en el lugar donde el enemigo había descansado tan seguro de obtener la victoria. Un par de horas más tarde Samaria, casi muerta de hambre, halló también salvación precisamente allí.

Muchos comentaristas han pensado en la victoria del Gólgota, al meditar sobre esta observación.

«Nadie estuvo con el Señor cuando destruyó el poder del enemigo. Samaria estaba en una situación desesperada y nada podía hacer. El Señor lo hace todo, y la ciudad recibe la bendición por su gracia sin medida. Nadie estaba con el Señor de gloria cuando fue a la cruz. Solo presintió los horrores del Gólgota, solo se enfrentó al enemigo; solo sufrió en la cruz; solo padeció el abandono; solo llevó el juicio. Pero los pecadores cargados con su culpa, que creen en Él ahora reparten despojos con Él. Esto es lo que vemos en la escena, porque los leprosos comieron y bebieron, hallaron plata y oro y vestidos» (Hamilton Smith).

El día de buena nueva

De la noche a la mañana los cuatro leprosos se habían hecho ricos. Bien podemos imaginarnos con qué alegría comerían y beberían hasta saciarse; cómo examinarían tienda por tienda con los ojos brillantes, enriqueciéndose con la cantidad inconcebible de despojo: oro, plata y vestidos en cantidades que jamás habían visto ni soñado en toda su vida.

Cambiaron sus harapos sucios por vestidos nuevos. Sus bolsas las llenaron de oro y plata. Finalmente pensaron también en el futuro y enterraron todo aquello que no podían llevar. Dos veces está enfatizado en el versículo 8 que *«fueron y lo escondieron»*. Aunque su esperanza de vida no se había alargado por la abundancia de riquezas, el «encantamiento del oro», sin embargo, los había cegado por algún tiempo.

¿Fue un error comer hasta saciarse y vestirse con dignidad?
¡Naturalmente que no!

Pero mientras iban y venían para esconder su botín, su conciencia se despertó pensando en las personas con tanta hambre en Samaria. Ellos tenían la muerte a la vista, mientras que ellos tenían más que de sobra. Nuevamente leemos como habla-

ron entre sí y se dijeron el uno al otro: «¡No hacemos bien!» De pronto sintieron su responsabilidad hacia los demás. «*Ser salvo hace que trates de salvar a otros también*». Conocían el «*día de buena nueva*» y sabían que callar significaría hacerse culpable. Así que se animaron mutuamente diciendo: «*Vamos pues, ahora, entremos y demos la nueva en casa del rey*».

Revuelo a medianoche

Y no esperaron hasta que llegara la mañana. En la misma noche se pusieron en camino y no pararon hasta haber despertado y convencido a todos los guardas de la ciudad de Samaria para que despertaran también al rey y a sus siervos. Casi no se les reconoce a los leprosos, pues se les había desvanecido todo el temor de las personas que antes siempre los echaban de todas partes para no ser contagiados por ellos. Es de suponer que aunque por su vestidura ya no se les reconociera como leprosos, no obstante, les sería imposible ocultarlo.

Además, el contenido de su mensaje era tan increíble, que casi nos asombramos de que no les mandaran de paseo por no creerlo. Pero osaron comunicar esta noticia tan asombrosa al rey. ¿Fue por causa de su vestidura diferente y extraña? ¿Fue por causa de su actitud convincente? ¿Habrían traído algunas pruebas para confirmar su mensaje y sacaron quizá algunas monedas de oro y plata de sus bolsillos? No lo sabemos, pero Dios se hizo cargo de que el mensaje increíble llegara a los guardas de forma fidedigna originando un alboroto.

El rey, aunque reaccionó con escepticismo, no obstante no mostró un rechazo total. Su lógica le hizo pensar que pudiera tratarse de una trampa. Pero permite que un sabio siervo suyo le aconseje a hacer una prueba y enviar a algunos mensajeros con caballos demacrados y dos carros a seguir las huellas de

los sirios. Éstos regresaron y confirmaron el testimonio de los leprosos. Y entonces el pueblo entero se precipita a salir por la puerta de la ciudad y saquear el campamento de los sirios, por lo cual los precios de los alimentos se rebajaron enormemente en pocas horas.

¡Dios cumple su palabra!

Una persona solamente no pudo disfrutar de esa gracia inmerecida: la mano derecha del rey, el burlador incrédulo a quien Eliseo había predicho el juicio. Fue aplastado por la multitud que se precipitaba a salir y murió *«conforme a lo que había dicho el varón de Dios»* (v.17). Dios no puede ser burlado. Es notable que este capítulo comience con la burla del capitán del ejército y termine con su muerte, narrándose la muerte trágica de este hombre dos veces en los versículos 17 al 20.

«En este día de júbilo y liberación Dios puso también una señal del juicio. Con ello mostró a su pueblo que no es algo insignificante oponerse abierta e intencionadamente a la Palabra de Dios con la impaciencia de la incredulidad. Su Palabra, que Dios nos ha dado con la Biblia, es solemnemente seria» (Rudolf Möckel).

El callar que genera culpa

En la Biblia hallamos al menos tres formas de callar que acarrear culpabilidad ante Dios:

- Cuando el «atalaya» (o profeta) de una ciudad no tocara la trompeta cuando viere venir al enemigo, o no amonestare a un «ímpío» por su pecado anunciándole el juicio de Dios y llamándole al arrepentimiento, entonces Dios «demandará la sangre de su mano» (Ez 33:1-9).

- Cuando un israelita viere pecar a su prójimo y no le amonestare, o no denunciare su culpa, entonces él mismo se haría culpable ante Dios con este comportamiento (Lv 19:17; Lv 5:1). Aquí vemos la responsabilidad que tenemos los unos para con los otros como miembros de la iglesia.
- Cuando en tiempos de hambre alguien atesore trigo para sí, sin tener misericordia de los hambrientos, entonces le vendrá maldición (Pr 11:26).

Aquí vemos la responsabilidad que tenemos nosotros como creyentes para con los incrédulos. Una canción dice así:

*Quien conoce el agua en el desierto y calla,
es culpable, si los moribundos no la hallan.
Quien en terreno cenagoso conoce el camino firme
y no lo muestra a los demás,
es culpable si otros se hunden allí.*

Los cuatro leprosos reconocieron claramente su culpa: mientras que ellos podían bañarse en el trigo, en Samaria había personas que morían de hambre. Su conciencia se despertó y los impulsó a volver el mismo día a Samaria, para dar lo más rápido posible la noticia de salvación a la población moribunda.

¿Callamos?

Esta historia dramática es un llamado encarecido para despertar nuestras conciencias. No fue incorrecto que los leprosos primeramente comieran ellos hasta saciarse. Pues necesitaban las fuerzas para las tareas futuras. Tampoco fue nada malo que tomaran del botín, se vistieran y tomaran del oro y de la plata. Dios había derrotado al enemigo y ellos podían beneficiarse de la victoria. Lo

peligroso fue cuando comenzaron a esconder para sí del botín. Y fue bueno que mutuamente se concienciaron acerca de su obligación frente a la población de Samaria que estaba muriendo de hambre. Tenían la obligación de aportar.

La analogía para nosotros es bien clara:

Necesitamos el alimento espiritual para poder servir a Dios y a los hombres, y es bueno y absolutamente vital que cada día nos alimentemos y saciemos con la Palabra de Dios para este fin. También sería trágico si no nos distinguiéramos de nuestros prójimos por nuestra forma de vida, nuestras metas y nuestro porte. De esto habla el «mejor vestido» que recibió el hijo menor después de su regreso al padre, y también los «vestidos» de Col 3:12-14, que reflejan los rasgos característicos por los que debemos ser reconocidos como hijos de Dios. También por «la plata» de la salvación y el «oro» de la justicia y pureza divina deberíamos alegrarnos diariamente.

Pero todas estas bendiciones divinas se nos convierten en fatales cuando las guardamos para nosotros solamente. Cuando empezamos a ocultarlas y no tenemos en cuenta que la mayor parte de la población mundial no conoce la Palabra de Dios, ni ha escuchado el evangelio – la Palabra de la cruz – ni sabe nada de las bendiciones espirituales de Dios.

¡Es *nuestra* obligación!

Las excusas no cuentan: «Soy demasiado joven»; «soy demasiado mayor»; «soy demasiado tímido, no estoy bien preparado para ello, ni tengo don para ello; a mí nadie me va a creer etc. etc.».

La misión comienza con cumplir el primer mandato que nuestro Señor dio en relación con la gran comisión:

«Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies» (Mt 9:37-38).

Para esta parte más importante de la colaboración en la misión mundial nadie es demasiado viejo o joven, o sin talento o enfermo etc.

Y aquel que empiece a pedir al Señor de la mies para que envíe obreros a su mies recibirá un interés cada vez mayor en la evangelización y la misión. Éste apoyará este propósito divino aun cuando en la patria esté colocado en otro lugar de la gran obra del Señor.

Cada creyente es una «Biblia andante sobre dos suelas...»

El evangelista ambulante, Wolfgang Dyck (1930–1970), que lamentablemente murió temprano, dijo una vez esta frase desafiante: «Cada creyente es un misionero, una Biblia ambulante que anda sobre dos suelas de zapato, una carta abierta, para ser leída por todos – ¡una carta urgente!»

Pocos días antes de su muerte, el fundador de las instituciones Betel y de la misión Betel, F. von Bodelschwingh (1831–1910) oyó que las personas en el Congo estaban sufriendo inmensamente por causa de los negociantes de esclavos. Las últimas frases de este hombre que moría, dirigidas al director de la misión que le acababa de contar de esta miseria en África, fueron palabras de estímulo con respecto al arduo e importante trabajo en la misión: «¡No tan lento, que se están muriendo!»

Si seguimos esperando «el mañana» y no comenzamos hoy, nos hacemos culpables. Quizá sería una ayuda colgar en grandes letras y bien visible en nuestra cocina, en el comedor o en el cuarto de trabajo – allí donde solemos estar – la siguiente amonestación de boca de los cuatro leprosos:

«Hoy es día de buena nueva, y nosotros callamos; y si esperamos hasta el amanecer, nos alcanzará nuestra maldad.»

Capítulo 20

Familiarizado con Dios

Habló Eliseo a aquella mujer a cuyo hijo él había hecho vivir, diciendo: Levántate, vete tú y toda tu casa a vivir donde puedas; porque Jehová ha llamado el hambre, la cual vendrá sobre la tierra por siete años.

Entonces la mujer se levantó, e hizo como el varón de Dios le dijo; y se fue ella con su familia, y vivió en tierra de los filisteos siete años. Y cuando habían pasado los siete años, la mujer volvió de la tierra de los filisteos; después salió para implorar al rey por su casa y por sus tierras. Y había el rey hablado con Giezi, criado del varón de Dios, diciéndole: Te ruego que me cuentes todas las maravillas que ha hecho Eliseo. Y mientras él estaba contando al rey cómo había hecho vivir a un muerto, he aquí que la mujer, a cuyo hijo él había hecho vivir, vino para implorar al rey por su casa y por sus tierras. Entonces dijo Giezi: Rey señor mío, esta es la mujer, y este es su hijo, al cual Eliseo hizo vivir. Y preguntando el rey a la mujer, ella se lo contó. Entonces el rey ordenó a un oficial, al cual dijo: Hazle devolver todas las cosas que eran suyas, y todos los frutos de sus tierras desde el día que dejó el país hasta ahora. (2 Reyes 8:1-6)

Hay diferentes opiniones sobre el momento preciso en que ocurrió esta historia tan interesante. Algunos comentaristas creen que este relato bíblico no ocurre después del capítulo 7, sino que la terrible hambruna anunciada sería la descrita en el capítulo 4 y versículo 38.

También el hecho de que aquí de pronto aparece otra vez Giezi como «criado del varón de Dios» hace suponer a algunos

comentaristas que este episodio ocurriera antes del capítulo 5, o sea, antes de que este quedara leproso.

Puede ser, pero para la importancia espiritual de esta historia no son tan esenciales estas consideraciones. Una cosa está clara: que no se trató de una hambruna local, como por ejemplo la que vivió Samaria durante el sitio de la ciudad (cap. 6:24 – 7:20), sino de una sequía que afectó a todo el país de Israel. Explícitamente se nos dice que el Señor mismo había hecho venir esta hambruna. Antes de ocurrir la catástrofe, Eliseo ya estaba informado. En Amós 3:7 leemos: *«Porque no hará nada el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas.»*

Qué familiaridad vemos aquí entre el profeta Eliseo y Dios, y con qué seguridad y firmeza fue Eliseo a donde la sunamita acomodada, de cuya hospitalidad había gozado y que ahora, al parecer, ya era viuda.

En aquellos días la sunamita había puesto a su disposición un cuarto con una cama, una mesa, una silla y una lámpara. Ahora Dios se preocupó de que ella y su casa fueran puestas a salvo ante la fuerte hambruna que iba a venir.

«Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún» (Hebreos 6:10).

Hay un himno alemán de Johann Jakob Rambach que describe muy bien esta propiedad de Dios:

*«El Señor es bueno y en Su gracia
valora el pobre servicio de los siervos que le aman.
Él da más recompensa de lo que se puede esperar
y ningún vaso de agua fresca ha quedado sin premiar.
Él lo premia con todo un torrente de bendición:
El Señor es bueno»*

Mientras que la sunamita experimentó todo el torrente de bendición y cuidado de Dios, no leemos en este capítulo que Eliseo saliera del país. Evidentemente Dios tenía para él otro plan y otra tarea. Él se quedó en el país – al igual que en el capítulo 4 – a pesar de esa gran tribulación. No hizo como Abraham, que trató de esquivar la hambruna yéndose a Egipto (comp. Gn 12:10).

Aquí vemos como Dios guía de forma individual a cada uno y que es sumamente importante no actuar según los propios pensamientos e ideas, ni tomar como pauta el comportamiento de otros para las decisiones personales.

El horario exacto de Dios

Dios le había informado a Eliseo sobre la duración exacta de la hambruna: siete años. Pocos años después, Judá es llevado en cautiverio a Babilonia por un período exacto de 70 años, y no hubo poderoso en el mundo de entonces que hubiese podido cambiarlo.

También vemos en el Apocalipsis que a la iglesia de Esmirna le es anunciada un tiempo de tribulación de 10 días, para dar a los creyentes de allí la seguridad de que no estaban expuestos a adversidades arbitrarias, sino que Dios había determinado para ellos un tiempo preciso de prueba y que Él velaría sobre ello.

Es notable que la sunamita no tuvo ninguna duda, ni hizo más preguntas, sino que partió *«como el varón de Dios le dijo»*. Había aprendido a confiar en Dios y en la palabra del varón de Dios y a obedecer sin más seguridades.

Al fin y al cabo era una mujer adinerada con responsabilidad para con sus criados, y salir del país seguramente conllevó bastante trabajo y molestias. Evidentemente no había esperado hasta ver los primeros indicios de un período de sequía, sino que obe-

deció a la orden de Dios sin observar los pronósticos y se fue para «vivir» en la tierra de los filisteos durante siete años.

Al leer esta historia nos da la impresión que pasó estos siete años «de puntillas» para no quedarse ni un día de más en la tierra enemiga. No se arraigó allí, sino que anhelaba volver a su patria y en todo momento estuvo preparada para salir de inmediato.

Nuestro testimonio cristiano crecería enormemente y tendría mucha más fuerza si nuestras casas, nuestras viviendas y nuestro estilo de vida mostraran claramente y a primera vista que estamos aquí solamente de paso y que confesamos no estar en casa en este mundo.

Relaciones extrañas...

Después de haber visto la relación ejemplar de confianza entre Eliseo y la sunamita, en los versículos que siguen la Biblia nos muestra las relaciones entre dos hombres de muy diferentes categorías. Estos contrastes en la Palabra de Dios siempre son muy sugestivos e interesantes. El objetivo siempre es que nos probemos nosotros mismos y veamos a qué categoría de «creyentes» pertenecemos.

Pero veamos primero brevemente el regreso de la viuda a su patria:

Durante su exilio, algunos israelitas naturalmente, y quizás con permiso del rey, habían tomado posesión de la casa abandonada. Por eso fue necesario solicitar una audiencia con el rey, para que él resolviera esa situación.

Seguramente habría oído que la sunamita era adinerada y propietaria de esa finca, y que su hijo fue resucitado de niño. También podemos dar por sentado que pagaba fielmente sus impuestos. Por estas razones posiblemente le fue otorgada sin problemas la entrada al rey.

Lo que ella no podía saber es que precisamente entró en la sala de la audiencia del rey en el momento en que éste estaba conversando con Giezi justamente sobre las «*maravillas*» que había hecho Eliseo. Fue claramente la dirección de Dios que Giezi estaba contando la historia sobre la resurrección de su hijo, en el mismo momento en que entró la viuda. Seguramente habría dado muchas vueltas a su cabeza acerca de cómo presentar al rey su petición de forma convincente y cómo debía portarse su hijo adecuadamente durante ese notable encuentro. Seguramente no se había movido mucho en esos círculos, ni tenía destreza diplomática para las negociaciones. Pero todas estas posibles preocupaciones se desvanecieron al momento, cuando a su entrada a la sala del rey no tuvo que buscar las palabras adecuadas.

Me imagino como Giezi totalmente entusiasmado se llevaría las manos a la cabeza al ver entrar a la sunamita con su hijo, balbuceando atónito: «*Rey señor mío, esta es la mujer, y este es su hijo, al cual Eliseo hizo vivir*».

«¿Recuerdas....?»

La Biblia describe aquí a dos hombres recreándose en sus recuerdos. Por una parte, Joram, el rey impío, que pocos capítulos antes lleno de ira había anunciado que iba a matar a Eliseo, llamándole «hijo de homicida» (6:32). Sentado a la misma mesa se halla Giezi, el que fue criado del varón de Dios y que en el pasado había vivido a su lado muchas maravillas, pero que ahora había conseguido ascender en la sociedad. Ya no seguía a Eliseo en abnegación y pobreza junto con los hijos de los profetas, sino que estaba en el ambiente del que siempre había soñado en secreto: riqueza, honor, influencia, lujo, deleites... (comp. 5:26-27).

Ambos hombres habían vivido experiencias trascendentales con Eliseo. Ambos habían visto milagros con sus propios ojos y

habían experimentado que Dios los había tocado en sus conciencias. Pero en algún momento de sus vidas habían encauzado sus vidas en otra dirección: sin Dios y lejos de toda clase de piedad...

Pero, a pesar de todo, no podían librarse del varón de Dios. A petición del rey, el tema de su conversación fue: *«Te ruego que me cuentes todas las maravillas que ha hecho Eliseo.»*

Hace unos cuantos domingos, mi esposa y yo salíamos de la iglesia y estábamos andando para ir a nuestra casa que se encuentra cerca del lugar de reunión, donde también se hacen campamentos para niños y jóvenes. De pronto paró cerca de nosotros un coche con matrícula extranjera y salió un hombre de mediana edad que me preguntó: «¿Te acuerdas de mí?»

Me era familiar su dialecto y su fisionomía, pero no sabía de donde le conocía. Entonces me contó que hacía 30 o 40 años había participado de niño en muchos de nuestros campamentos. Entonces caí y me acordé de todo...

No, no había venido al culto, pero quiso ver de nuevo este lugar donde en su juventud había vivido tantas cosas. Y cuando le pregunté si aún tenía una relación con Jesucristo, lo negó y dijo: *«Quita, quita, pero lo que oí y viví entonces, no se puede olvidar jamás»*. Y entonces se volvió a meter en el coche y se fue bastante pensativo.

Cuántas veces hemos tenido encuentros y conversaciones parecidas en los últimos meses. Los recuerdos de tiempos cuando aún se era un seguidor de Jesús, habiendo vivido muchas cosas con el Señor. Pero en algún momento vino la ruptura en la vida. La carrera o una amistad que tiró en otra dirección. A veces tan lentamente que casi ocurrió sin darse uno cuenta, pero otras veces también espontáneamente y de forma abrupta.

Pero, frecuentemente hay encuentros con el pasado, como aquí en la escena con Giezi y la sunamita. Pero lamentablemente, parece ser que este encuentro no produjo ningún cambio en la

vida de Giezi. Sólo fueron recuerdos de los buenos tiempos pasados. Es la última escena que se nos narra de su vida.

Restitución completa

Cuan diferente transcurrió, en cambio, la vida de la sunamita. El rey le pidió que relatara sus experiencias con Eliseo y eso conllevó que el rey se preocupó de que volviera a recibir su casa y su finca, y no sólo eso, sino también el valor de las cosechas que durante su ausencia había habido. Su historia en la Biblia concluye con el hecho de que su obediencia en la fe fue ricamente recompensada.

Jim Elliot, el misionero pionero, quien a la edad de 29 años fue asesinado por los aucas, nueve años antes había escrito en su diario la siguiente oración:

«Señor, haz que mi vida sea fértil. No aspiro a un alto rango, sino que mi vida sea una señal visible de lo que significa conocer a Dios» (Elisabeth Elliot, *La Sombra del Todopoderoso: La Vida y el Testamento de Jim Elliot*).

Eliseo, la sunamita, Jim Elliot y muchos otros hombres y mujeres de Dios conocidos y desconocidos nos han dejado sus huellas. El viento del tiempo no ha podido borrarlas. Nos animan a vivir una vida llena de confianza en la Palabra de Dios y Sus promesas y orientada hacia la eternidad.

Capítulo 21

El último viaje...

Eliseo se fue luego a Damasco; y Ben-adad rey de Siria estaba enfermo, al cual dieron aviso, diciendo: El varón de Dios ha venido aquí. Y el rey dijo a Hazael: Toma en tu mano un presente, y ve a recibir al varón de Dios, y consulta por él a Jehová, diciendo: ¿Sanaré de esta enfermedad? Tomó, pues, Hazael en su mano un presente de entre los bienes de Damasco, cuarenta camellos cargados, y fue a su encuentro, y llegando se puso delante de él, y dijo: Tu hijo Ben-adad rey de Siria me ha enviado a ti, diciendo: ¿Sanaré de esta enfermedad? Y Eliseo le dijo: Ve, dile: Seguramente sanarás. Sin embargo, Jehová me ha mostrado que él morirá ciertamente. Y el varón de Dios le miró fijamente, y estuvo así hasta hacerlo ruborizarse; luego lloró el varón de Dios. Entonces le dijo Hazael: ¿Por qué llora mi señor? Y él respondió: Porque sé el mal que harás a los hijos de Israel; a sus fortalezas pegarás fuego, a sus jóvenes matarás a espada, y estrellarás a sus niños, y abrirás el vientre a sus mujeres que estén encintas. Y Hazael dijo: Pues, ¿qué es tu siervo, este perro, para que haga tan grandes cosas? Y respondió Eliseo: Jehová me ha mostrado que tú serás rey de Siria. Y Hazael se fue, y vino a su señor, el cual le dijo: ¿Qué te ha dicho Eliseo? Y él respondió: Me dijo que seguramente sanarás. El día siguiente, tomó un paño y lo metió en agua, y lo puso sobre el rostro de Ben-adad, y murió; y reinó Hazael en su lugar. (2R 8:7-15)

En la última historia se nos narró como Eliseo se preocupó de una viuda y su hijo, para preservarles del período de hambre que duraría siete años. Ahora encontramos al profeta de camino a

Damasco. Allí debía efectuar el mandato que Dios dio a Elías (1 R 19:15-16) de ungir primero a Hazael como rey de Siria y luego a Jehú como rey de Israel.

Elías no pudo cumplir este mandato antes de sus ascensión al cielo. Pero había dejado a Eliseo su manto de profeta y con él también el mandato que aún sin cumplir, para que Eliseo lo ejecutara muchos años más tarde. Probablemente habían pasado décadas desde entonces, pero Eliseo no había olvidado ni reprimido este mandato tan explosivo y peligroso.

Es el último viaje que nos narra la Biblia de la vida de Eliseo. Y ese viaje le lleva precisamente a Damasco, el centro y la sede del gobierno de los sirios – en aquel entonces bajo el imperio de Ben-adad, enemigo probado del pueblo de Israel, a quien ya conocimos en los capítulos anteriores.

¿Por quién late nuestro corazón?

Como muchas otras veces durante su vida, hallamos a Eliseo caminando y preocupándose de aquellos que eran débiles y estaban afligidos, de los que no tenían un gran nombre. Contrastando con esto, la Biblia también nos narra encuentros donde Eliseo se encuentra ante personalidades de alto rango e importantes, como por ejemplo, reyes o generales del ejército. Y por encargo de Dios interviene en la política mundial y crea nuevos hechos. Sin embargo, siempre tenemos la impresión de que Eliseo no aspiraba a ser honrado y reconocido por parte de los grandes de este mundo. Su corazón latía especialmente por los bajos y despreciados de la sociedad, preocupándose por su bienestar.

Con ello revela una actitud que más tarde brillaría con mucha más claridad en la vida de nuestro Señor Jesús. Vemos como el Hijo de Dios habla de noche con un importante teólogo de su tiempo, pero un capítulo más adelante vemos como hace un largo

viaje para encontrarse durante el calor del día con una mujer despreciada y sola, con un pasado bastante negativo, y nuestro Señor hace ese largo viaje para cambiar la vida de esta mujer. Estos encuentros tan llenos de contrastes los podemos observar en los evangelios hasta las últimas horas de su vida. Por una parte está frente a un político corrupto como lo fue Pilato, dando testimonio de la verdad. Pocas horas más tarde – durante las horas más vergonzosas de Su vida – su atención es para un revolucionario y asesino crucificado a su lado; y a éste se lo llevará consigo al paraíso. También estuvo allí su madre María.

Esta actitud y forma de vida debería reflejarse en todo discípulo de Jesús: humildad, bajeza y un corazón abierto para con los pobres, los necesitados, los solitarios y los despreciados de este mundo, y también de entre el pueblo de Dios.

Cuando la cosa se pone seria...

De alguna manera le llevaron al rey de Siria la noticia de que «el varón de Dios» había llegado a Damasco. Seguro que no hizo falta el servicio secreto sirio, porque en todas las historias que hemos visto, Eliseo nunca iba por caminos secretos, sino siempre viajaba con toda franqueza, incluso por tierra enemiga. Dios le había dado un claro cometido y por eso no había lugar en su corazón para el temor a ciertas personas.

En los versículos 7 al 11 Eliseo es referido tres veces como «varón de Dios». Si conocemos el Antiguo Testamento, sabemos que este título es una distinción que pocos hombres de la Biblia recibieron. Expresa virilidad y autoridad. Allí donde Eliseo actuaba en público, la gente le reconocía como enviado por el Dios de Israel. Esa era su identidad y así le apreciaban, honraban, temían y amaban también. ¡Qué testimonio, pues, de boca de un rey pagano y enemigo probado de Israel!

Cuando Ben-adad aún no había enfermado, mandó un fuerte ejército para buscar y capturar a Eliseo (cap. 6:8-14). Ahora, en el lecho de muerte, busca su presencia y ayuda y se denomina a sí mismo: «Tu hijo, Ben-adad» (v.9). Frente a la muerte se da cuenta de su impotencia. La enfermedad le ha hecho humilde y por eso busca ayuda en aquel que en el pasado había perseguido como enemigo y cuyo nombre significa «Dios es salvación».

Es bastante espeluznante ver como comienza el segundo libro de los Reyes, pues comienza con el rey de Israel Ocozías quien estando en el lecho de la muerte envía sus mensajeros a Baalzebub, («dios de las moscas») – o sea, un ídolo de los filisteos – para que le diga si sanará de su enfermedad o no.

En nuestro capítulo, el rey de siria, un pagano, no va con esta misma angustia a sus propios adivinos, sino al «varón de Dios» de Israel.

Esto ocurre también de tarde en tarde en nuestros días, cuando algunos que durante toda su vida fueron blasfemos, aborreciendo la Biblia, en las últimas horas de su vida, sienten donde verdaderamente pueden encontrar la verdad. Entonces de repente, viendo llegar la muerte, piden una Biblia o llaman a una persona conocida como buen creyente fidedigno, buscando ayuda y salvación en Aquel, cuya existencia habían negado.

Insobornable...

Hazael, probablemente un oficial de Ben-adad o ministro de alto rango, recibe la orden de ir a Eliseo y preguntarle si sanará de su enfermedad o no. Para conseguir su favor le dice que le lleve un regalo a Eliseo.

Efectivamente, Hazael le lleva un presente de tal magnitud, que necesita 40 camellos para transportarlo.

¿No estaba informado el rey acerca del estilo de vida del varón

de Dios, o había olvidado quizá que su general Naamán había intentado en vano hacer que aceptara buena cantidad de oro, plata y mudas de ropas?

Las riquezas ofrecidas a Eliseo, ¿fueron realmente una tentación para Eliseo, ahora que había envejecido y pasado 7 años de hambre en la tierra?

¿Se debilitaría y cedería en la vejez ante el deseo comprensible de tener una jubilación segura con algo de prosperidad en el ocaso de su vida? ¿Se podría mantener firme ante elogios y halagos, habiéndose llamado el rey humildemente «tu hijo»?

El corazón de un varón de Dios

No, Eliseo sabía que Hazael era el asesino futuro de su rey Benadad, y que más tarde como nuevo rey de Siria haría atrocidades y actuaría con brutalidad contra Israel. Así que le miró fijamente hasta que este sintió vergüenza y Eliseo empezó a llorar explicando después su conmoción: *«Porque sé el mal que harás a los hijos de Israel; a sus fortalezas pegarás fuego, a sus jóvenes matarás a espada, y estrellarás a sus niños, y abrirás el vientre a sus mujeres que estén encintas».*

Hamilton Smith comenta así esta escena tan emotiva:

«La respuesta de Eliseo muestra claramente que sus lágrimas no surgieron por la enfermedad del rey, ni por la maldad de Hazael, sino por los sufrimientos que el pueblo de Dios tendría que soportar por mano de Hazael.

Eliseo concluye su ministerio público con lágrimas por un pueblo que permaneció indiferente ante todos sus milagros de gracia. Así es un ejemplo de un Señor mucho mayor que él, quien en los últimos días de su ministerio de gracia lloró por la ciudad que había desechado su gracia y despreciado su amor.»

¿De qué le hubiese servido a Eliseo esa carga innecesaria de regalos, sabiendo que pronto todo sería destruido por el fuego y que innumerables jóvenes, niños y embarazadas serían asesinados cruelmente?

Tal actitud ante las cosas pasajeras y la abundancia en nuestra vida, debería distinguirnos también a nosotros, para que podamos concluir los últimos circuitos de nuestra vida con la mirada puesta en nuestro Señor y la eternidad, para honra de Dios.

El fin de Ben-adad

La profecía de Eliseo, de que Ben-adad sanaría, pero a pesar de ello iba a morir, muchos por equivocación lo han interpretado como una verdad a medias.

Cierto es que el rey no murió de su enfermedad, sino que sanó de ella. Pero un día después de llegarle esta buena noticia, Hazeel asfixió al rey que seguramente aún estaba debilitado; y lo hizo con un paño mojado mientras dormía. No esperó a que llegara el momento fijado por Dios, sino que en su maldad le asesinó de esta manera cruel para tomar él mismo las riendas de la profecía de Eliseo sobre Ben-adad y sobre sí mismo como rey futuro de Siria.

«El ministro supremo se convierte en asesino y el asesino en usurpador del trono. Aquel hombre que llegó al trono mediante el asesinato, no dudará en defender este trono con violencia y crueldad. Tal y como lo había visto Eliseo de antemano, Hazeel llevaría fuego y espada al pueblo de Dios.»

Capítulo 22

El acorde final de una vida bendecida

Estaba Eliseo enfermo de la enfermedad de que murió. Y descendió a él Joás rey de Israel, y llorando delante de él, dijo: ¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo! Y le dijo Eliseo: Toma un arco y unas saetas. Tomó él entonces un arco y unas saetas. Luego dijo Eliseo al rey de Israel: Pon tu mano sobre el arco. Y puso él su mano sobre el arco. Entonces puso Eliseo sus manos sobre las manos del rey, y dijo: Abre la ventana que da al oriente. Y cuando él la abrió, dijo Eliseo: Tira. Y tirando él, dijo Eliseo: Saeta de salvación del Señor, y saeta de salvación contra Siria; porque herirás a los sirios en Afec hasta consumirlos. Y le volvió a decir: Toma las saetas. Y luego que el rey de Israel las hubo tomado, le dijo: Golpea la tierra. Y él la golpeó tres veces, y se detuvo. Entonces el varón de Dios, enojado contra él, le dijo: Al dar cinco o seis golpes, hubieras derrotado a Siria hasta no quedar ninguno; pero ahora sólo tres veces derrotarás a Siria. Y murió Eliseo, y lo sepultaron. Entrado el año, vinieron bandas armadas de moabitas a la tierra. Y aconteció que al sepultar unos a un hombre, súbitamente vieron una banda armada, y arrojaron el cadáver en el sepulcro de Eliseo; y cuando llegó a tocar el muerto los huesos de Eliseo, revivió, y se levantó sobre sus pies. (2 R 13:14-21).

Antes de entrar en la reflexión sobre el final cautivador de Eliseo, queremos mencionar aún una escena que se nos narra muy brevemente en 2 R 9:1-3. Allí se trata del último mandato de Dios para Elías, que aún no había sido realizado. Eliseo, su sucesor es quien lo lleva a cabo: unguir a Jehú por rey sobre Israel (1 R 19:16).

Parece como si este hubiese sido el último acto público de

su servicio, pero que él mismo ya no lo llevó a cabo, sino que autorizó para ello a un hijo de los profetas. Pues no leemos que Eliseo hiciera después más visitas u otras apariciones para mostrar al pueblo de Israel la gracia de Dios por medio de milagros semejantes a los que vimos ya en los últimos capítulos.

Este último mandato consistió en que Eliseo llamó a uno de sus discípulos, le dio su redoma de aceite y el mandato de ungir secretamente por rey sobre Israel a Jehú, lo cual era un acto peligroso. Durante este ungimiento debía transmitirle la orden de ejecutar el juicio sobre la casa de Acab y sobre su mujer Jezabel, cuando llegara a ser rey sobre Israel. Después de su toma del poder lo puso por obra sin piedad y cruelmente.

No sabemos por qué Eliseo no fue él mismo para ungir a Jehú por rey. Quizá hubiese sido difícil o imposible este ungimiento, si hubiese aparecido allí públicamente; de ahí que enviara a un hijo desconocido de los profetas, para llevarlo a cabo.

Los corazones de los israelitas no fueron cambiados por los milagros asombrosos de Eliseo, ni tampoco ejerció una influencia duradera sobre sus conciencias. Así, lo único que quedaba para ellos era el juicio, y parece como si Eliseo desde ese último mandato se hubiese retirado a una vida tranquila y apartada hasta su muerte.

Un conmovedor cuarto de muerte

Ahora llegamos a la última escena impresionante de este profeta tan ricamente bendecido. Había vivido ya la muerte de varios reyes: Joram, Jehú, y Joacaz. Ahora reinaba el rey Joás en Samaria. Pocos versículos antes la Biblia nos da el siguiente juicio sobre él: *«e hizo lo malo en los ojos del Señor»* (2 R 13:11).

Desde la última escena narrada del ministerio de Eliseo habían pasado más de 45 años. Mientras que en los primeros capítulos

a partir de 2 Reyes 2 se nos narra un ministerio acompañado de milagros, la Palabra de Dios guarda silencio sobre las últimas décadas de este hombre de Dios. ¿Se había retirado del servicio activo para llevar una vida de oración e intercesión aislada y tranquila?

¿O bien se puso él mismo en un segundo plano, sintiendo que su tarea era ser padre espiritual y consejero de los hijos de los profetas, para enseñarles con su experiencia y sabiduría? La Biblia no nos lo dice. Pero podemos deducir de esta última historia suya que Eliseo no había desaparecido en el olvido de la gente, porque la noticia de su enfermedad causó que se estremeciera incluso la corte del rey. El rey mismo no se conformó con enviar flores o un saludo al profeta moribundo, sino que fue personalmente – y al parecer – no acompañado para visitarle en el lecho de muerte.

Un ejemplo para los hermanos mayores

Aparentemente, Eliseo tuvo también de mayor una influencia bendecida sobre su entorno, aún durante su vida retirada. En esto es un ejemplo brillante para nosotros.

Para los levitas, los ministros del tabernáculo y después del templo, Dios había dado el mandamiento claro de que tenían que comenzar su ministerio con 25 años y retirarse con 50 años. Entonces debían aconsejar y acompañar a los levitas más jóvenes.

Si queremos aplicarlo para nosotros, no se trata de años determinados que deben marcar el comienzo y el final de nuestro servicio, sino que aquí hay un principio espiritual. Se trata de aprender que en el tiempo de nuestras mejores fuerzas físicas y mentales debemos ser activos en el servicio del Señor y hacerlo con todas nuestras fuerzas y entusiasmo.

Luego cuando con el tiempo nos falten las fuerzas, debemos tener la suficiente madurez y sabiduría para ponernos en

un segundo plano y animar a hermanos más jóvenes a servir al Señor, instruirlos y orar por ellos.

En Alemania ahora se habla mucho de la escasez de personal calificado. Es frecuente ver como algunas firmas tratan de volver a incorporar al personal que ya estaba jubilado, porque su experiencia y su consejo son de un valor enorme. El futuro y el éxito de una firma dependen de que los conocimientos específicos sean transmitidos de la generación mayor a la más joven.

En las iglesias, lamentablemente, la situación se presenta diferente:

- Los hermanos ancianos a veces no están dispuestos ni comprenden que deben retirarse a tiempo y delegar ciertos servicios a hermanos más jóvenes. Se aferran a sus posiciones y no se dan cuenta que con ello impiden el desarrollo de los hermanos más jóvenes, apagando así al Espíritu de Dios.
- Cuando por enfermedad o discapacidad no pueden seguir con su ministerio, o cuando Dios los retira por la muerte, a menudo dejan un hueco o un vacío difícil de llenar.

Aún en la vejez... fuerte, vigoroso y lleno de verdor (Sal 92:14)

¡Qué alentadores y ejemplares son por el contrario los últimos días de Eliseo. Aún como anciano y sobre el lecho de la muerte le vemos con su vigor espiritual cabal ¡qué bendición y qué poco visto! Hasta el final de su vida fue un portador de bendición. Toda su vida fue «de una sola pieza». Su ojo espiritual no se enturbió ni cegó, y los muchos desengaños y aflicciones no le llenaron de amargura ni cinismo.

La Biblia habla con sobriedad y brevedad de su fin: «*Y Eliseo enfermó de la enfermedad de que murió*» (v.14).

Nada se nos dice de que su enfermedad podría ser la consecuencia de una culpa personal o por tener poca fe, como lo

afirman de palabra y por escrito los carismáticos. Ni siquiera se nos dice que muriera «en buena vejez y lleno de días» (como David) en 1 Cr 29:28. No, su tiempo de morir había llegado y evidentemente no se aferró desesperadamente a su vida. No fue llevado al cielo sin morir como Enoc. Tampoco fue llevado espectacularmente en un carro de fuego y en un torbellino como su padre espiritual Elías. Dios había determinado que muriera de **su** enfermedad. Abnegado y sencillo como había vivido, así le vemos también en el lecho de la muerte.

Burlado y odiado – pero respetado por muchos...

No es nada extraño que reyes impíos en los últimos minutos de su vida en el lecho de la muerte, de repente hagan venir a un hombre de Dios. Tenemos ejemplos en el Antiguo Testamento y también en la historia eclesiástica.

El temible rey Enrique VIII de Inglaterra quien fue un hombre sin escrúpulos, ávido de poder, esclavo de sus pasiones y aspiraciones es un buen ejemplo de ello. En su lecho de muerte, cuando ya casi no podía hablar, hizo un último gran esfuerzo e hizo llamar al reformador Tomás Cranmer, quien fue la única persona entre todo su entorno que le dijo siempre la verdad sin adulaciones ni hipocresía.

Lo inusual en nuestro texto bíblico es que un rey impío y sano entrara en el cuarto de la muerte de Eliseo, pues entrar en tal cuarto siempre es algo que hace pensar en nuestra propia condición de seres mortales. Más extraño aún es que el rey Joás se pusiera a llorar ante el lecho de la muerte de Eliseo. ¿Cómo explicar este estremecimiento, recordando lo que la Biblia había dicho de él pocos versículos antes? «... e hizo lo malo ante los ojos del Señor; no se apartó de todos los pecados de Jeroboam...».

¿No se había dado cuenta hasta ese preciso momento del valor

de Eliseo para el pueblo de Dios? ¿Qué le impulsó a exclamar con lágrimas: «*Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!*»?

¿Conocía a Eliseo como un hombre que también había orado por él y de cuyo consejo paternal no había hecho caso? ¿Fue Eliseo quizás el único en su entorno que se había preocupado sinceramente por su alma y que le había amado a pesar de su impiedad?

No lo sabemos. Pero por esta exclamación conmovedora del rey podemos deducir que en su vida había habido escenas y encuentros importantes con el varón de Dios que habían dejado su huella en su memoria y en su conciencia, lo cual nadie había sospechado.

Un caso de conciencia

Al considerar esta escena surge una pregunta: ¿qué sentimientos y memorias suscitará en otros nuestra propia muerte?

¿Pudimos ser «padres» y «madres» para los creyentes jóvenes o no tan jóvenes? ¿o incluso para conocidos, vecinos y amigos incrédulos?

En su juventud, Eliseo había tenido un padre espiritual, y al verle ascender al cielo había exclamado: «*Padre mío, padre mío!*». Quizá fuera esa la razón por la cual Eliseo pudo ser un padre espiritual para «los hijos de los profetas» y también para reyes como Joram y Joás.

Joás era consciente de que no sólo iba a perder un padre espiritual, sino que este profeta había sido en el pasado algo como un poder protector («*carro de Israel y su gente de a caballo*») para Israel. Especialmente en ese momento, cuando los ejércitos sirios ya estaban de camino para invadir Israel.

Sirviendo por última vez

Casi no podemos imaginarnos que ante la muerte inminente Eliseo se hubiera alegrado mucho por ese reconocimiento. Las medallas de honor y las condecoraciones son nada más que un escarnio en el lecho de muerte. Lo que cuenta allí es sólo aquello que tiene un valor eterno.

Eliseo no le dio las gracias al rey por su interés. En esta última escena de su vida tampoco gira en torno a sí mismo, sino que su interés sigue siendo el futuro del pueblo de Israel y de su rey.

Eliseo sabía – igual que Joás en su profunda preocupación – que las fuerzas armadas sirias habían sido movilizadas contra Israel. Así que el profeta moribundo dio al rey de Israel una orden que debió dejarle confuso en ese entorno donde estaba: Debía ir por un arco y saetas. Después debía poner una saeta en el arco y tensar la cuerda. Entonces Eliseo puso sus manos sobre las manos del rey y la mandó abrir la ventana y disparar la flecha, dirigiendo Eliseo la mano del rey.

Una lección importante

Mientras la flecha volaba en el aire, Eliseo le explicó al rey el simbolismo de este acto inusual: *«Saeta de salvación del Señor, y saeta de salvación contra Siria; porque herirás a los sirios en Afec hasta consumirlos.»*

Es muy improbable que Joás hubiera comprendido el profundo significado espiritual de esta lección. Pero es de suma importancia para nosotros: Solamente cuando nuestras manos son fortalecidas y guiadas por las manos de Dios podemos vencer a nuestros enemigos.

Nuestra obediencia y nuestros actos sólo tendrán éxito cuando los realizamos en la dependencia con nuestro Señor y con su

fuerza y su dirección. Nuestra responsabilidad y la soberanía de Dios en su obrar no están en oposición, sino que va de la mano, por así decirlo.

Spurgeon explicó así este importante principio con su lenguaje tan gráfico: *«No debemos dejar las saetas en su lugar y decir: Dios hará su obra (...) eso sería pereza (...). Por otro lado, también es un error peligroso creer que podemos tomar las saetas y dispararlas sin Dios (...). Si he de comparar dos diablos el uno con el otro, no sé cuál es el peor de los dos espíritus malignos: El espíritu que perezoso dice: «déjalo en las manos de Dios», o el otro que pone manos a la obra de Dios sin confiar en Dios. O Señor de los ejércitos, no con ejército ni con fuerza, sino con tu Espíritu. No obstante, el amor de Cristo nos constríne a usar nuestras fuerzas y a agotarlas en su servicio.»*

Una victoria incompleta

El rey Joás quizás se sintió como un colegial ignorante al obedecer al misterioso y humillante mandato del moribundo profeta: *Toma las saetas y golpea la tierra».*

Fue positivo que se agachó, tomó las saetas y golpeó tres veces la tierra y paró. No se dio cuenta de que la dimensión de la victoria dependía de la cantidad de golpes en la tierra, hasta que vio la ira de Eliseo.

Aquí aprendemos otra lección importante para nuestro servicio: Nuestro celo y nuestra fidelidad determinan la medida de la bendición y de la victoria.

Ya hemos visto este principio en las primeras estaciones del ministerio de Eliseo. A una pobre viuda endeudada le había dado la orden de pedir vasijas vacías de todos los vecinos para llenarlos con la bendición que iba a venir: *«¡No pocas!»* Y la experiencia que hizo fue que la cantidad de vasijas vacías que trajo determinó la medida del aceite que fluyó para su mantenimiento.

Eliseo reaccionó decepcionado y airado ante el rey titubeante. Su poca fe hizo que no tuviera una victoria total.

Honramos a Dios, si confiamos en Él y si le tomamos por la palabra dando pasos de fe confiados en sus promesas.

«Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él» (2 Cr 16:9).

Cuando Jorge Müller, el conocido padre de huérfanos, comenzó su obra en Bristol, su deseo era mostrar que se puede confiar y reposar plenamente en las promesas de Dios, también en lo que se refiere a los asuntos materiales de la vida. Jorge Müller quiso demostrarlo mediante pruebas visibles para todos. El 25 de Noviembre de 1835 escribió lo siguiente en su diario:

«Si yo – siendo un hombre pobre – con la única ayuda de la oración y la fe, sin pedir nunca nada a nadie, recibo los medios para fundar y sustentar un orfanato, entonces este hecho fortalecería la fe de los hijos de Dios. También para los incrédulos sería un testimonio de la realidad de las cosas divinas (...). Por supuesto, que también quiero ser usado por Dios para ayudar a los niños pobres y educarles en los caminos de Dios. Pero la razón principal para esta obra es que Dios sea glorificado proveyendo Él todo lo necesario para los huérfanos que me son confiados, únicamente mediante la oración y la fe. Entonces todos verán que Dios es fiel y escucha las oraciones.»

Unos 62 años más tarde, en el año 1897, Jorge Müller testificó:

«Nunca me desamparó. Durante casi 70 años Dios proveyó para todo lo relacionado con esta obra. Los huérfanos – desde el primero que acogimos hasta ahora fueron 9.500 – nunca se sentaron a la mesa con un plato vacío delante de ellos. (...) Durante todos estos años fui capaz de confiar en Dios, en el Dios vivo, y en Él solamente.

(...) Espera grandes cosas de Dios, y recibirás grandes cosas. No hay límite para lo que Él puede hacer. ¡Alabado sea su santo nombre!».

Los misioneros pioneros Hudson Taylor, C. T. Studd y muchos otros hombres y mujeres fueron alentados por el testimonio de Jorge Muller y ellos también esperaron grandes cosas de Dios, como él. Fueron alentados a hacer grandes cosas por Él y no fueron decepcionados.

Al final de su vida, Hudson Taylor escribió:

«Tengamos muy presente a Dios para andar en sus caminos y aspirar a agradarle y glorificarle en todo, en lo grande y en lo pequeño. Tened por cierto que la obra de Dios, hecha a la manera de Dios nunca carecerá del cuidado de Dios.»

Muerte y entierro

La muerte y el entierro de Eliseo estaban en perfecta armonía con su vida de sencillez. No hubo una ascensión espectacular como con su precursor Elías. Ni tampoco fue un entierro pomposo como lo hubo con ciertos reyes de Israel y Judá, donde en su honor hicieron un gran fuego. Tampoco leemos nada de lágrimas, lamentos, duelo o una necrología conmovedora.

Durante un sermón, Spurgeon expresó una vez pensamientos valiosos y dignos de reflexión sobre la muerte deseable para un creyente. Y así fue justamente el final de Eliseo lo cual da a nuestra vida una luz de la eternidad:

«La muerte puede ser el fleco o la orla de la vida, pero debería ser siempre de la misma tela que el vestido completo. No podemos tener la esperanza de comer con el mundo al mediodía y cenar con Dios por la tarde (...) También sería muy deseable que la muerte fuera la coronación de toda nuestra carrera, es decir, que el creyente muriera cuando ya nada fuera necesario para completar la obra de su vida. Whitefield solía decir cuando se iba a la cama: «No he dejado ni un par de guantes sin recoger; si muero esta noche, todos mis asuntos temporales y eternos están en orden.» Vivid de tal forma, que la

muerte, cuando os llegue, sea un final deseable de un libro del cual hayamos escrito la última línea. Hemos terminado nuestra carrera y hemos hecho nuestro trabajo y nuestra partida al hogar eterno será entonces el final adecuado de nuestra vida.»

Vida de la muerte

El relato bíblico sobre la vida bendecida de Eliseo no termina con la muerte del varón de Dios. Con brevedad y objetividad se nos narra que durante otro entierro, de repente aparecieron bandas armadas de los sirios enemigos. Los asistentes, como es lógico, sintieron pánico y echaron al muerto en el sepulcro aún reciente de Eliseo, para en seguida huir y ponerse a salvo del enemigo.

En el momento cuando el fallecido tocó los huesos de Eliseo ocurrió un milagro, que excedió a todos los demás milagros ocurridos en vida de Eliseo: El muerto revivió al tocarle y saltó de la tumba. Dice un comentarista: *«Dios otorgó a Moisés el gran honor de enterrarle Él mismo. Sin embargo, es posible que guardara aún un honor mayor para Eliseo, pues – coincidiendo con su ministerio de la gracia – Dios utilizó su muerte, para ilustrar el mayor de todos los milagros de la gracia: el hecho de sacar vida de la muerte»* (Hamilton Smith).

Y Wilhelm Busch traza una línea al Nuevo Testamento aplicando esta notable historia a nuestra propia vida:

«... así que echaron a este muerto al sepulcro de Eliseo. En cierto modo estaba muerto junto con el profeta y junto con él estaba sepultado. Y eso le hizo revivir. Eliseo es un ejemplo o modelo de Jesucristo. Tocar la cruz significa por lo tanto que tengo que morir juntamente con Cristo y ser enterrado con Él. Y efectivamente, la Biblia habla así de la experiencia cristiana fundamental: Reconozco que la muerte que sufrió Jesús, en realidad era yo quien la merecía. Yo tendría que clamar: ¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desampa-

rado?» *Yo merezco toda la ira de Dios. Eso lo reconozco al pie de la cruz de Cristo. (...); Qué bien señala todo esto hacia Jesús! El mundo y el infierno triunfaron cuando inclinó la cabeza y murió. Pero ya vemos a un hombre que halla la vida por medio de su muerte: el centurión romano confiesa en alta voz su fe en Jesús, el Hijo de Dios.»*

Quizás podemos ir más allá aún y recordar que después de la muerte de nuestro Señor *«la tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron...»* (Mt 27:51-52). De esta forma Eliseo después de su muerte por última vez señala hacia nuestro Señor Jesucristo. En su actitud y en su servicio ya le había reflejado en muchas situaciones.

Un fruto maduro

Como broche final me gustaría citar otra vez a Hamilton Smith cuyo resumen de la vida de este hombre de Dios es tan significativo que es muy difícil expresarlo con más hermosura y acierto:

«Como un forastero celestial anda por su camino, apartado moralmente de todos, mientras que por gracia es siervo de todos, al alcance de ricos y pobres. Le encontramos en toda clase de situaciones. Entra en contacto con personas de todas las clases sociales. Unas veces atraviesa la tierra de Israel, otras veces sale de sus fronteras. Pero donde quiera que se encuentra, y cuales quiera que sean las circunstancias en las que se encuentra y con quien quiera que se relaciona, siempre está dando a conocer la gracia de Dios.

A veces se burlan de él, a veces no le hacen caso y le olvidan. Varias veces tomaron consejo para quitarle la vida. Pero a pesar de la oposición continúa con su servicio de amor, elimina la maldición, salva la vida de reyes, alimenta hambrientos, ayuda a aquellos que están en apuros, sana al leproso y resucita a muertos.

En sus caminos y su forma de vivir no admite nada que no sea

compatible con su ministerio de la gracia. Rechaza las riquezas de este mundo y los regalos de los hombres y se conforma con ser pobre y enriquecer a otros con ello.

Así llega a ser un ejemplo adecuado de uno sumamente mayor, por el cual vinieron al mundo la gracia y la verdad: Aquel que habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad: que se hizo pobre para que nosotros fuéramos enriquecidos; que sufrió la contradicción de los pecadores y al final dio su vida para que la gracia reinara por medio de la justicia.

Eliseo es una imagen de aquel Cristo que iba a venir. Pero también es un ejemplo para todo creyente en Cristo, pues nos enseña que en todas las circunstancias de la vida en un mundo lleno de miserias y problemas debemos ser representantes de la gracia que llegó a nosotros en toda nuestra indignidad, para finalmente hacernos subir a donde está el hombre glorificado, donde – semejante a Él – seremos para siempre para alabanza de la gloria de Su gracia.»

La muerte de Eliseo – una pregunta para nuestra vida

La muerte de Eliseo fue – de acuerdo con lo que dijo Spurgeon – el fin apropiado de una vida bendecida. A sus «hijos» y a nosotros nos ha dejado una rica herencia espiritual. La estela de bendición y sobre todo su ejemplo brillante de sencillez, abnegación y semejanza de Cristo, marcado por la gracia, permanecen, aún y cuando vivió siglos antes que Él.

Al final de estas reflexiones sobre la vida de Eliseo, la pregunta que queda plantearnos es con qué acorde final concluirá nuestra vida.

En una canción alemana titulada «En Cristo nuestra fe se inflama de nuevo», los autores (Theo Lehmann y Jörg Swoboda) nos han dejado una pregunta y una profesión, la cual deseo que todos nosotros podamos entonar con ellos en oración:

*«¿Quedará mi vida sin dejar huellas
como el vuelo de las aves,
o hago surcos para la simiente como el arado?
Quiero dar mis pasos en las huellas de Dios.
Entonces mi vida no será llevada
por el viento del tiempo.»*

El autor

Wolfgang Bühne nació en 1946 en Alemania y vive allí en Meinerzhagen.

En 1969 contrajo matrimonio con su mujer Ulla.

Han recibido el regalo y además el desafío que representan siete hijos, cinco yernos y nueras y catorce nietos.

Durante más de 30 años ha dirigido el ministerio entre los jóvenes.

Es autor de diferentes libros evangelísticos, apologeticos y edificantes, traducidos ya a diferentes lenguas.

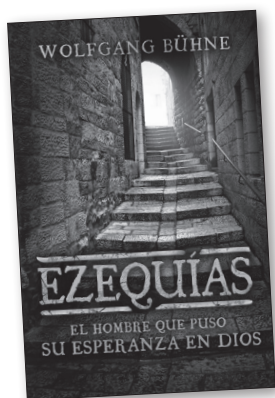
En el campo de la literatura sigue trabajando como editor.

Da conferencias sobre temas actuales a la luz de la Biblia en reuniones especiales y en diferentes iglesias alemanas y en el extranjero.

Wolfgang Bühne

Ezequías

clv



El hombre que puso su esperanza en Dios

176 páginas, libro de bolsillo

ISBN 978-3-86699-375-4

“En Jehová Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá.”

Esta es una calificación única de parte de Dios acerca de la persona y la vida del rey Ezequías. Pero, a pesar de esta condecoración excepcional, parece ser que Ezequías a menudo está en un segundo plano, eclipsado por otros personajes de la Biblia. Sin embargo, hay razones suficientes para estudiar la historia impresionante de este hombre, pues contiene lecciones importantes y retos que pueden resultar en una bendición para nosotros:

- Confiar en Dios en los altos y en los bajos – y también en la vida cotidiana normal.
- No apoyarse en sus propias fuerzas y sabiduría en las adversidades.
- Reconocer el engaño y los peligros de la prosperidad y de los buenos tiempos.
- No resignarse cuando hay tiempos de sequía espiritual en el pueblo de Dios, sino orar y contar con un avivamiento, honrando a Dios con una confianza inquebrantable que no vacila en las crisis.

Wolfgang Bühne

La Vida de Oración de Jesús



Estímulo y Reto

128 páginas, libro de bolsillo

ISBN 978-3-86699-374-7

Nuestra vida de oración – allí es donde queda reflejada nuestra pobreza espiritual, nuestra pereza y falta de fuerza; y hay pocos temas capaces de avergonzarnos y humillarnos más.

Pero hubo Uno, a Quien en todo momento habríamos podido preguntar acerca de Su vida de oración: Aquel que en verdad y con autoridad pudo decir de Sí: “mas Yo oraba”.

Este libro trata primordialmente del ejemplo impresionante y desafiante de Jesucristo – además de algunos otros ejemplos “más pequeños” de la Biblia y de la historia de la Iglesia.

El Evangelio de Lucas es el que más ampliamente describe la vida de oración del Señor en determinadas situaciones, y ella nos ofrece muchas aplicaciones prácticas y alentadoras. Porque, si hay algo que pueda motivarnos y animarnos a dar a la oración el lugar que se merece en nuestra vida, son los relatos conmovedores sobre la vida de oración del Siervo verdadero e Hijo de Dios, mientras estuvo aquí en la tierra.

Charles H. Spurgeon

La Batalla más grande en el Mundo



El Manifiesto Final de C.H. Spurgeon

112 páginas, libro de tapa dura
ISBN 978-3-86699-360-0

Un sermón predicado por Spurgeon en una conferencia en su «Colegio para Pastores» en el mes de Abril del año 1891, el cual fue publicado antes de su muerte en 1892.